

BB. DE LA R. Co 863.6 L66d1 EJ.1

LOS DOLORES DE...

ANTONIO J. LOPEZ

E. C. O.

Los Valores de una Raza



All Doctor

100

Eduardo García Osorio.

El autor,
Antonio López.

Wetzig (Suazirig), Macao 15/59.

CO 863.6
L66d1
EJ-1

ANTONIO J. LOPEZ

LOS DOLORES DE UNA RAZA

npr

Novela histórica de la vida real contemporánea del
indio Guajiro

Dic. 11/13

BLAD

Don: Liborio Sanchez

A: 669603.



CAPITULO I

BAILE Y CARRERAS DE CABALLOS.

A cuarenta kilómetros al Sur del puerto marítimo de Taroa, entre la punta occidental de la cordillera de Macuira y las faldas del ramal oriental de la serranía de Parashi se encuentra un hermoso valle con el nombre indígena de Irotsima. En el año de 1920 se hallaba allí ubicada una extensa ranchería de indios pertenecientes a la casta Epiyú, cuyo cacique se llamaba Talhlua, probable descendiente del histórico cacique —que según la tradición indígena— encontraron los Españoles del siglo XVI con el mismo nombre en aquel Puerto pintoresco, eternamente arrullado por las espumantes olas del CARIBE turbulento.

Los Españoles, embarazosos para pronunciar el sonido de la combinación de consonantes, de Talhlua tradujeron Taroa, así como de Waira adulteraron Guajira y más tarde Goagira, sin tener en cuenta que la G es una letra muda en los idiomas indígenas de la América. En la combinación UA es la doble W la que se conforma con la fonética para sustituir el sonido de la G, tal se contempla en Walhlej (Amigo), Walhlir (Zorro), Waámaya (Pavoreal), Walhlawalhlau (Nombre de lugar). Indudablemente que de ese vicio de traducción derivaron de Irotsima el Iroshima Japonés bombardeado por la Atómica Norte-Americana en la última guerra mundial. La rara analogía de Irotsima aquí —en la Guajira— y también Irotsima en el Imperio del Sol naciente, viene a darnos, al través de los siglos, una rotunda confirmación del crigen Asiático del poblador Indo-Americano.

Sigamos la historia de Talhlua. Los indios de la Guajira tienen la costumbre de celebrar sus fiestas de juego de cabritas, carreras de caballos y bailes de la chichamaya en los meses de Enero y Febrero, o sea después de pasado el invierno —por que para esa fecha es cuando tienen repletas sus trojas o graneros de cosecha y gordos los ganados. Tales expansiones son con el objeto de congregar a los vecinos y aprovechar sus brazos para las faenas de herrar los animales mostrencos, señalarles las orejas, castrarlos y domar los potros cerreros. Con esos móviles y a la vez adorar en público el "Walhlaj" —que heredado de sus antepasados tenía el

cacique Talhlua guindado en lujosa mochila de fino hilo en el techo de su rancho, se dispuso en Enero de aquel año —de 1.920— poner un baile y carreras de caballos.

El "Walhlaj" es un Idolo de oro, o mejor decir, un par, en figura de hombre y mujer, que por Ley de tradición, cada cuatro años debe exhibirse y adorarse en público, ofrendándole cada uno de los adoradores un collar de oro, una sortija, harete o cualesquiera otra prenda valiosa, amén de dañársele la vista y quedar ciego el que no le ofrenda —por que se le atribuye poderes sobrenaturales. Los pocos caciques que lo poseen son considerados y reconocidos como de alto linaje.

Mánde hacer el "Piouy" e invitar en mi nombre a los mejores tocadores de la Caja —le dijo Talhlua a su sobrino heredero Warralhlamatn— quién llamó en seguida una docena de esclavos de su servidumbre para transmitirle la orden del Cacique. Estos —a su vez— invitaron a otros indios y se dieron a la ejecución de los trabajos preparatorios del baile y la fiesta hípica. "El Piouy" es un placer redondo, de cuarenta metros de circunferencia, en cuyo centro se sitúa la pareja de bailarines —a danzar al son de la Caja, dando acelerados pasos de retroceso el hombre, en tanto que la mujer le avanza con igual rapidez, interesada en pisarle el pié y derribarlo al suelo. Una vez conseguido este objeto el hombre vencido se retira y otro más ágil lo reemplaza.

El indio Guajiro, honesto y recatado en sus costumbres baila independientemente de la mujer, libre de ese contacto voluptuoso con que el hombre civilizado viola el pudor femenino.

Mas allá se extiende el largo placer de la pista de carreras —que mide una longitud de mil doscientos metros— por cuarenta de ancho, en cuya extremidad se sitúa una multitud de estacas de madera para amarrar las parejas de caballos corredores.

Hechos todos estos menesteres durante el día, a las cinco de la tarde Warralhlamatn se acercó al cacique, diciéndole: "Tío, conforme a sus órdenes, todo está preparado para el baile". "Entonces que empiecen a tocar la Caja y se dé comienzo al baile —contestó Talhlua.

El Cajero se sitúa en la extremidad superior del redondel, con la Caja descansada sobre las rodillas, pendiente del hombro con una correa de cuero, en cuyo puesto es reemplazado cada dos horas —hasta las seis de la mañana. De esta hora en adelante, Cajeros, bailarines y espectadores se retiran al descanso, para reanudar en la próxima noche la alegre faena.

A las seis de la tarde el bronco sonido de la Caja rompió el si-



Jimaáy y Jivvolhua depositan una ofrenda en el platillo del
"Walhaj".

lencio profundo de la asoleada Pampa, despertando en la dormida sensualidad del indio el dulce sentimiento del placer: EL DIVINO arte de la Música, cualesquiera que sea el instrumento que lo presente y sea quien fuese el individuo que perciba su melodía sugestiva, siente al instante removerse en lo más íntimo de su espíritu vibraciones intensas que fingen transportarlo a las delicias de un nuevo Mundo, al Paraíso de la vida, al Mundo sin dolores de la ensoñación; diríase que liberada de la sensibilidad física su alma se remontara por un momento hacia las regiones ignotas de un plano ultra-terreno. Tal fué el estado de ánimo que experimentaron los indios de la vecindad de Irotsima al captar el monótono sonido de la Caja en la tarde del 10. de Enero del año de 1.920. Presurosos acudieron todos al centro del baile, luciendo las Majayuras (Señoritas) sus mejores mantas y los hombres el Carratse empenachado (Corona de lana tejida con penacho de vistosa pluma).

Jiwolhlua, hermana de Warralhlamatn, y Jiiwaya, hija de Talhlua, engalanadas con ricos atavíos y cortejadas con una docena de hermosas Majayuras presentáronse en escena, acompañadas de sus padres y algunos importantes miembros de familia tomaron asiento en los contornos del "Piouy". Saltó el primer galán y dijo "Jósey", desafiando a la pareja, con lo cual se dió principio al baile.

Jiwolhlua frizaba en los dieciocho años, ostentaba una manta de seda China, azul Celeste, pulseras de coral mezclados con granos de oro de filigrana adornaban sus belludos brazos y torneadas piernas; riquísimos haretos le colgaban de las orejas y pendientes del cuello, sobre el robusto pectoral le relucían cuatro hermosos collares de valiosa "TUUMA" (Roja piedra fina de la antigüedad indígena). Morena roja, cuerpo mediano, anchas caderas y espaldas, nariz aguileña, boca pequeña y labios delgados, pómulos salientes, frente espaciosa, cabellera abundante y encrespada, ojos grandes, cejas y pestañas pobladas, dientes marfilinos, senos pequeños y manos finas, tales eran los encantos femeniles que la Naturaleza había prodigado con largueza a la heredera de Talhlua cuando se presentó en el escenario del baile.

Jiiwaya rivalizaba en belleza con su prima Jiwolhlua, tenía un año más que ésta, de color bronceado y esbelto talle, de mirada penetrante y dulce sonrisa que incitaban al amor; era la viva encarnación de la BELDAD indígena.

Los moribundos rayos del sol se hundían en el confín profundo del APOCALIPSIS, dejando en el horizonte la estela blanque-

cina del crepúsculo Guajiro que cubría la ancha superficie de la abierta Pampa; la Luna, como reflector inmenso aparecía en la mitad del Cielo prodigando a toda la Creación su cariñosa luz; el eterno Alisio con lisonjero sopro refrescaba la frente sudorosa de los bailadores —que rebosantes de entusiasmo— en agitación constante — iban y venían de las tiendas al “PIOUY” y de éste a los ranchos, riendo, charlando y retozando; mientras más allá — meciéndose en los apacibles pliegues de sus chinchorros bajo la amplia Enramada — los vaqueros medio borrachos de “ISHIRUNA” (Chicha fermentada) referían cuentos de pasadas fiestas de otros casiques y bromeaban con las esclavas. Doble motivo de alegría los animaba: El deleite de la fiesta y la ocasión de exhibir en público su valor temerario y sus habilidades de domadores de los potros salvajes y tumbadores de los toros bravos.

Un ruido prolongado del lado del sur los sacó de la contemplación del poético panorama crepuscular: Al vorverse, divisaron al instante una muchedumbre de jinetes que se acercaba con un indio bien apuesto a la cabeza, sobre la dorsal de un brioso Alazán.

Es Joúmuna —el cacique de los Pushainas— insinuó Warralhamatn. “Anda a saludarlo a mi nombre y dígame que sitúe su tienda a un lado de la sabana —en frente”— le replicó Talhlua.

El sobrino fué en seguida a explicar las razones del cacique al recién llegado.

Momentos después fueron llegando diferentes parcialidades de indios de todos los contornos con sus caballos corredores, amadrinados con los respectivos hatajos. Instalados en sus tiendas y puestas a pastar las bestias en la sabana, fueron arrimándose al centro del baile y pidiendo cada cual sus parejas, las que fueron casando de acuerdo con sus categorías.

Entre los huéspedes recién llegados había un joven cacique de la casta Ipuana, llamado Jimaáy, dotado de muy buenas prendas morales y retoño de una acaudalada familia de Siapana, con él se emparejó Jiwólhlua; Jiiwaya bailó con el preponderante cacique Petnat —de la casta Woulhliu— en tanto que las cortesanas fueron tomadas del brazo por los otros caciques de las diferentes castas.

A las doce —cuando los bailadores se hallaban en el mayor entusiasmo — un Meteoro fugaz cruzó — de sur a norte — el cielo de la ranchería. El piache Aypiaki balbució: “Desgracia segura”. “Siempre sáles tú con tus tonterías” — le replicó Talhlua. “BOBADAS mías nó — “es el DESTINO que a cada cuál le marca su estrella” — contestó el Mago — convencido de que su pronóstico sería una realidad fatal.



Una pareja de bailarores en actividad.



El Corredor Winnatay amarrado en la estaca

Pónganse a pangar maíz para las arepas y la chicha y preparen los fogones — le dijo Jiiwaya a las sirvientas.

Los bailarores se turnaban sucesivamente toda la noche, yéndose unos a sus tiendas a descansar y otros a reemplazarlos en el placentero ejercicio.

Ya empezaban los gallos sus primeros cantos; la algarabía bulliciosa de la procesión de Alcaravanes que corrían de uno a otro punto de la sabana, turbaban de vez en cuando la monotonía de la Caja; relincha el caballo padrote y con paternal cariño recoge y rodea la yeguada que ya comienza a levantarse y diluirse por la estepa dilatada; al través de algunas pardas nubes se transparentaban en el oriente las blancas claridades de la aurora. Congregados los vaqueros debajo de la enramada, Cojokir —la esclava destinada especialmente a ese servicio— le va dando a cada cual su Totuma rebozada con tres litros de Cojos (Leche cuajada) que de antemano ha extraído del vientre de las Taparas que guindadas a sol y sereno conservan el líquido confortante y que ellos, sin pestañear se la acomodan entre pecho y espalda —por que esos hombres— de cuerpo y alma templados no volverán a echarles nada al estómago sino hasta las seis de la tarde — en caso de que no puedan dar pronta caza a los rebaños dispersos por la Pampa abierta.

Vamos muchachos — que ya nos va a amanecer aquí dando vueltas — les insinuó el Mayordomo Cawalhlouhle a sus compañeros, quiénes obedeciendo la orden montaron en seguida, disgregándose en número de veinte jinetes por los diferentes puntos de la sabana.

A las seis de la mañana Warralhlamatn mandó darle un toro a cada uno de los caciques hospedados y una tinaja conteniendo cien litros de ISHIRUNA. Rápidamente muerta y descuartizada la res, a los pocos minutos humeaban sobre las enrojesidas parrillas en el pecho y las costillas asadas, al lado de las arepas de maíz en todos los campamentos.

Cuando todos acababan de desayunar empezaron a llegar los vaqueros que habían salido en la madrugada, trayendo cada cual su rebaño de ganados — que partida por partida — Warralhlamatn iba contando y haciendo meter en los Corrales; repletos éstos y completo el número de vaqueros, Talhlua se acercó a Warralhlamatn, diciéndole: “Ordene que enlacen a los corredores y los amarran en los postes y avise a los caciques hospedados que hagan traer sus caballos al centro de la Pista — que ya se aproxima la hora de correrlos”. Warralhlamatn salió personalmente a transmitir las órdenes de su tío, visitando los diferentes campamentos y dirigiéndose luego al corral principal de las bestias, en donde todos

aguardaban sus órdenes y una turba compacta se arremolinaba en derredor de los hatajos.

Antes de todo enlacen mi corredor "Winñatay" para que lo emparejen con el afamado "Marhlihuna" del cacique Joúmuna Gushaina —ordenó Talhlua— dirigiéndose al lacero principal que ya estaba preparado con el lazo de cuero torcido en las manos. Y tú —le replicó a su sobrino— case tu caballo "CAMISETA" con el "COUSHOLJUYEN" del cacique Ipuana Jimaáy — que también goza de buena fama, y Joúner que le eche su "JUMARRIT" al "TOLHLONUT" del cacique Petnat Woulhliu. Casados así los mejores caballos de los principales caciques, empezaron las carreras a las nueve de la mañana.

Cuando el lacero tendió el lazo, el corredor "WINÑATAY" refundió rápidamente la cabeza en medio de la muchedumbre de bestias apretujadas en el corral, en vez de él aprisionó a una potranca cerrera. Aypiaki —el Piache— volvió con su pronóstico fatal — diciendo: "O vamos a perder la carrera o es segura la desgracia — por que ese lacero nunca pela el tiro".

La Cerrera dió un violento envión, cayendo derribada al suelo media ahorcada por el apretón del lazo. Varios indios se le precipitaron encima comprimiéndola contra la arena para libertarla, pero élla, sin darles tiempo para nada, con toda la furia de su histerismo dió tan fuerte revolcada que los pataleó y tumbó a todos, dando un salto y parándose sobre los temblorosos remos traseros con las pupilas encendidas en actitud amenazante. Dejaron pasar algunos segundos, nadie intentó desafiar su fiereza indómita, hasta que se enderezó en las cuatro patas, entonces uno de los más atrevidos le fué cobrando lentamente el lazo y arrimándosele hasta calcularle la distancia, de un brinco — con la agilidad de un Arángután — le cayó montado sobre la espina dorsal, encorvado encima del cogote, agarrados con la diestra los enrojecidos belfos y empuñada la crinadura del cráneo con la siniestra le retorció el pescuezo; la temible bestia cayó desplomada al suelo; inánime, sin sentidos.

El lacero tendió por segunda vez el lazo y cayó aprisionado el corredor. Era éste un caballo color bayo-arratonado, cabos negros, de siete cuartas de alto, bien tendido, con un desnivel muy pronunciado en la configuración dorsal: Bajo en la cruz y alto en las ancas, orejas lacraneadas, frente pancha, ojos saltones, pescuezo corto y ancho, crines abundantes, cabeza pequeña, canillas delgadas y cáscos redondos, tal era la famosa bestia — que era el orgullo de la tribu de Talhlua.

Provistos los caballos de sus sencillos aperos — que lo cons-



El lacero aprisiona al corredor Winñatay.



Los Walhajs en exhibición.

en un liviano esterillón de junco (paja seca) — especie de gualdrapa, una cobija de lana roja, doblada en cuatro encima de aquél y amarrada de la cincha, un freno de bocado delgado y el jinete un chinito de diez años, con camisa roja y corona de lana tejida del mismo color—frágil indumentaria expresamente hecha para no restarle al Corcel fogoso el empuje de la carrera.

Un par de jueces emparejan los corredores en el brinco inicial y los chinitos tendidos boca-abajo —a lo largo del pescuezo— rozando con la frente la dispersa crinadura cual CENTAUROS indomables discutiendo al viento la carrera. Parejas iban las bestias hasta los quinientos metros, los jinetes fustigábanlas con terquedad cruel ansiosos cada cual de obtener el premio, el “Marhlihu-na” empezó lentamente a perder las fuerzas, su contendor algo más rápido le tomó la delantera, llegándole a la meta jadeante, sudoroso con veinticinco metros de ventaja.

Jóumuna fué presa de una profunda pesadumbre, bajó humillada su pálida frente, dibujándose en el semblante una sonrisa melancólica. No te aflijas hermano —le replicó Juan José— que en la segunda carrera ganaremos; nuestro caballo es de mucho fondo, está acostumbrado a cansar los contendores más guapos.

Entre los Guajiros la costumbre es repetir la carrera con media hora de descanso, la segunda determina el triunfo. “MARLIHUNA” era la primera vez que perdía la carrera en tantas que le habían dado fama en la Comarca, de ahí provenía la nostalgia de su dueño.

Unas tras otras fueron corriendo las parejas de caballos de los distintos dueños. El “COUSHOLJUYEN” de Jimaáy Ipuana le ganó al “CAMISETA” de Warralhlamatn; el “TOLHLONUT” de Petnat Woulhliu perdió con el “JUMARRIT” de Jóuner Uhlhiana.

En tanto que los caballos corrían, había sido puesto el “WALHLAJ” sobre una mesa redonda en el centro del baile, con un cofre abierto al costado, en donde se le echaban las ofrendas. Los que no tenían para ofrendarle se privaban de mirarlo.

En la repetición de las carreras volvió a perder el caballo de Jóumuna, el triunfo y el premio le correspondieron a Talhlua.



Los Walhajs en exhibición.

CAPITULO II

HIERRA — CASTRACION — SEÑAL Y DOMA

Seis días duró el baile y las carreras, y el séptimo se dedicó a la hierra, castración y doma de los potros cerreros.

Después que la mochila del "WALHLAJ" con el Cofre repleto de ofrendas se guindó en el techo del rancho, se procedió a distribuir los trabajos conforme a las reglas establecidas. Al cacique Joumuna Pushaina se le destinó la hierra de bestias; a Petnat Woulhliu la de ganado vacuno; la doma de potros se le encomendó a Jimaáy Ipuana; y a otros caciques se le dieron las faenas de castración y señales, para cuyo efecto, cada uno de los caciques contaba con su cuadrilla de hombres especializados en tales trabajos.

Enlacen al potro castaño—lucero—hijo de la yegua baya—hermana del corredor "WINÑATAY"—ordenó Talhlua—dirigiéndose a su sobrino Warralhmatn. Este se encaminó al corral de las bestias insinuándole a Jimaáy que ordenara a su cuadrilla la doma del potro. Un indio se presentó en seguida con una garrafa de ron, diciendo: "Aquí les traigo el aguijón para los tumbadores". Un trago de cuatro dedos a cada uno—para que se le despierte el brío—y pierdan el miedo—dijo Jimaáy—dirigiéndose a uno de sus ayudantes. Después que éste hizo sorber a todos el estimulante sugestivo, el mejor lacero—gritó Jimaáy—al castaño—lucero—antes que se les enfríe el cuerpo. Cuatro de los mejores de la cuadrilla avanzaron al centro del corral con los lazos preparados—déjenme correr por el costado—dijo uno de ellos—haciendo un molinete en el aire con el lazo—a toda carrera se lo dejó caer sobre el pescuezo. La bestia salvaje—al sentirse aprisionada—dió un desesperado ronquido parándose en las dos patas, ciega de la furia se arrojó sobre los indios, dando tan violentos manotazos—que dos de ellos quedaron tumbados y privados en el suelo, mientras los otros corrieron a encaramarse sobre las trancas del corral. El potro quedó libre, arrastrando el lazo fué a refundirse en medio del apretujamiento de las yeguas que se arremolinaban en derredor de los laceros.

Después que levantaron y bañaron con aguardiente a los dos indios privados, cuatro hombres se arrimaron al cerrero, empuña-

ron la punta del lazo y poco a poco se le fueron arrimando hasta que uno de ellos—cuando ya lo tenía a una corta distancia se atrevió a empuñarle las orejas, pero no bien lo medio rozó con la mano cuando dió tan rápido y fuerte brinco que de un manotón lo derribó—rajándole la frente con la punta del casco y quedando privado con un bárbaro derrame de sangre, en tanto que los otros tres, en su atribulación, se encargaron ellos mismos de tumbarse unos con otros, aprovechando las yeguas de pasarles por encima en compacta multitud, fué tal su estropeo que los levantaron más muertos que vivos y durando más de un mes de cama para curarse las heridas. Por segunda vez conquistó el CERRIL su libertad, arrastrando el lazo fué de nuevo a unirse con las yeguas. Pónganle una trampa, enlazándole las muñecas para que caiga al suelo—les replicó Jimaáy a los de su cuadrilla. Estos tendieron un lazo en el suelo—a lo largo—por delante del animal y empuñada cada una de las puntas por un indio—ótro se encargó de aguijonearlo por detrás—al dar el brinco—los de las puntas cobraron simultáneamente—aprisionados los dos remos delanteros el salvaje indómito perdió el control, bamboleó y cayó de cogote al suelo medio privado. Diez indios se le arrojaron encima empuñándoles las orejas únos, ótros la cola metida por enmedio de las piernas; las crines del cráneo sembradas a pulso en la tierra, mientras los demás le acomodaban el cabezal-domador.

Aprovechen ensillarlo de una vez —gritó Talhlua— mas, cuando uno de los ayudantes de Jimaáy se le encimaba con el apero, el soberbio potro, haciendo un esfuerzo supremo dió tan tremenda revolcada que arrastró por tierra a todos los que le sujetaban, quedando plantado en las cuatro patas. De frente con los ojos relumbrantes, rojos los belfos y temblorosos los remos, amenazante y hostil esperaba impasible al primero que se atreviera a violar la virginidad de su lomo. Que un tumbador hábil—de un solo salto le gane el lomo—gritó Warralhlamatn—por que está muy bravo— si se le repite la operación de las muñecas puede desnucarse. Los indios—temerosos daban vueltas en derredor del cerril indómito, sin atreverse ninguno a luchar con él.

Qué es lo qué pasa?—Cómo que aquí no hay hombres?—Gritó Talhlua—dirigiéndose particularmente a su hijo Joúner—que de pié se hallaba a su lado, quién herido en su amor propio por la réplica de su padre, se encaminó inmediatamente adonde estaba el potro—con la rapidez de un gato montuno—de un ágil salto cayó montado sobre la nuca del Cerrero—retorciéndolo sin la ayuda de nadie lo desplomó al suelo, se le sentó en la tabla del pescuezo, le viró el hocico al cielo y apretada en tierra la crinadura del crá-

neo no lo dejó moverse, mientras otros llegaban en su ayuda.

Los espectadores prorrumpieron en una carcajada celebrando la fuerza física, el valor temerario y la extraordinaria destreza de Joúner.

Pónganle de una vez el apero—gritó Joúner— Amarradas las cuatro patas—con mucho cuidado le dieron una media vuelta situándole en tierra el abdómen, le acomodaron la silla, le atezaron la cincha y así echado se le montó el domador, quién al darle un fuerte puñetazo en la nuca—ya desatados los remos—fué tan tremendo el ronquido y el salto que le hizo dar que fué a caer de hocico a una distancia de seis metros; de ahí volvió a enderezarse se estiró a raz de tierra dando otro brinco igual al primero y siguió repitiendo saltos tras saltos hasta una cuadra, en dónde se paró un poco y luego continuó alternando los corcobeos con un galope suelto a toda Pampa. El hijo del cacique —sin moverse—estaba clavado sobre el apero como una estatua. Un observador desde lejos habría creído en la realidad del CENTAURO. Que dos jinetes sigan a su alcance—ordenó Jimaáy a los de su cuadrilla—éstos salieron a toda carrera en su persecución; a veinte kilómetros lo encontraron parado a media sabana, sin pico la silla. En la mitad de la carrera le había pasado por debajo a un Arbol, cuya gruesa rama le colgaba hasta besar el suelo, sin que Joúner hubiese podido refrenarlo a tiempo no le quedó otro recurso que tenderse boca-abajo—a lo largo—por encima de la paleta del salvaje animal—dejando clavada solamente una de las piernas—con todo el cuerpo afuera. La rama pasó como una cuchilla sobre el apero llevándose el pico y rozando de resfilón la pierna del jinete; también saltó por sobre un profundo zanjón—de seis metros de ancho—que una bestia mansa no habría podido salvar sin desnucarse caballo y jinete.

El potro, reconociendo su impotencia ante la hombría de Joúner, plantado en las cuatro patas, tembloroso y bañado en sudor estaba resignado a la quietud. Síganme por detrás—que no lo quiero acostumar a la madrina—que así queda malcreado—le advirtió el domador a los dos indios. Dócil a la rienda, al trote sosegado marchaba rumbo a la casa. Detenido al pié del BRAMADERO, Joúner se le desmontó tranquilamente sin ayuda de nadie, lo amarró y se dirigió a su padre—que ya lo esperaba con ansiedad—diciéndole: “AHI ESTA EL CERRERO, manso como una oveja”. Así quería verte hijo—le respondió Talhlua— probar tu hombría ante el público—por qué— conforme dominas al salvaje—así mismo vencerás al hombre. “Al hombre no lo vencerá tan fácil—por que él sabe ingeniarse la defensa—refunfuñó Joúmuna lleno de

rencor por la pérdida de su corredor.

Cawalhluhle—házte cargo del pótro—le dijo Warralhlamatn al Mayordomo—póngalo en manos de uno de tus mejores domadores, a fin de que quede bien manso y sin defectos—y sobre todo—evitar que lo cancen—por que así no serviría para la carrera—teniendo en cuenta que él ha de sustituir al “WINÑATAY”.

En la puerta del corral yacían tumbados una docena de cerros, muñequados y aplanados a raz de tierra, esperando el candente hierro que los ayudantes de Joúmuna sacaban de la hoguera rojo como una Amapola. Se les incrustaba en la paleta y sobre el músculo superior de la pierna, arrancándoles ronquidos lastimeros, desesperados pataleos y revuelcos, al tiempo que el cuchillo les cortaba de un tajo el pedazo de la oreja a la yegua destinada a la procreación.

Vamos a ver como van los trabajos del ganado—le dijo Talhlua a Warralhlamatn—se acercaron al corral de los vacunos y allí, en medio de una inmensa gritería, los tumbadores aguijoneados por el excitante acicate del alcohol, sin el menor escrúpulo subían y bajaban sobre la abultada nuca del toro salvaje, como pudieran hacerlo en una escala de madera. Tengan un poco más de cuidado—que en una pestañada pueden caer ensartados en los cuernos del toro—les replica el cacique Petnat—pero ellos no hacían caso del consejo, por que aquellos ejercicios, que a otros les parecía temerarios, para el Guajiro es un torneo lisonjero en dónde se disputa el puesto para exhibir sus habilidades de jinete y tumbador. ¡Parentesis feliz en medio de su vida llena de privaciones y amarguras; oásis refrescante en el corazón de la calcinada Pampa!

El ronco bramido de los toros, el mugido lastimero de las vacas y el triste balido de los becerros hacían coro con la bulliciosa gritería de las Cuadrillas ébrias. El toro era sometido al triple martirio de la cruel cuchilla que lo condenaba a la impotencia de la hombría del rebaño, al máximo dolor del candente hierro y a la mutilación de la oreja.

Diez días de constante batallar, de peligros y de sustos emplearon las hábiles Cuadrillas de los distintos Caciques para vencer la fiereza de los cuadrúpedos; hubo derroche de bebidas y alimentos para todos; a las sirvientas se les encallecieron las manos en el duro ejercicio de la piedra de moler, pangando el maíz para la chica y la arepa. Se herraron, señalaron y castraron mil toros y vacas; una cantidad igual de caballos y yeguas; se domaron doscientos Cerreros; y luego de repartir garrafas de aguardiente a los caciques y sus acompañantes—como bandadas de palomas emigrantes—dispersos por los cuatro vientos de la sabana abierta—desfila-



Un grupo de bestias saliendo del corral.

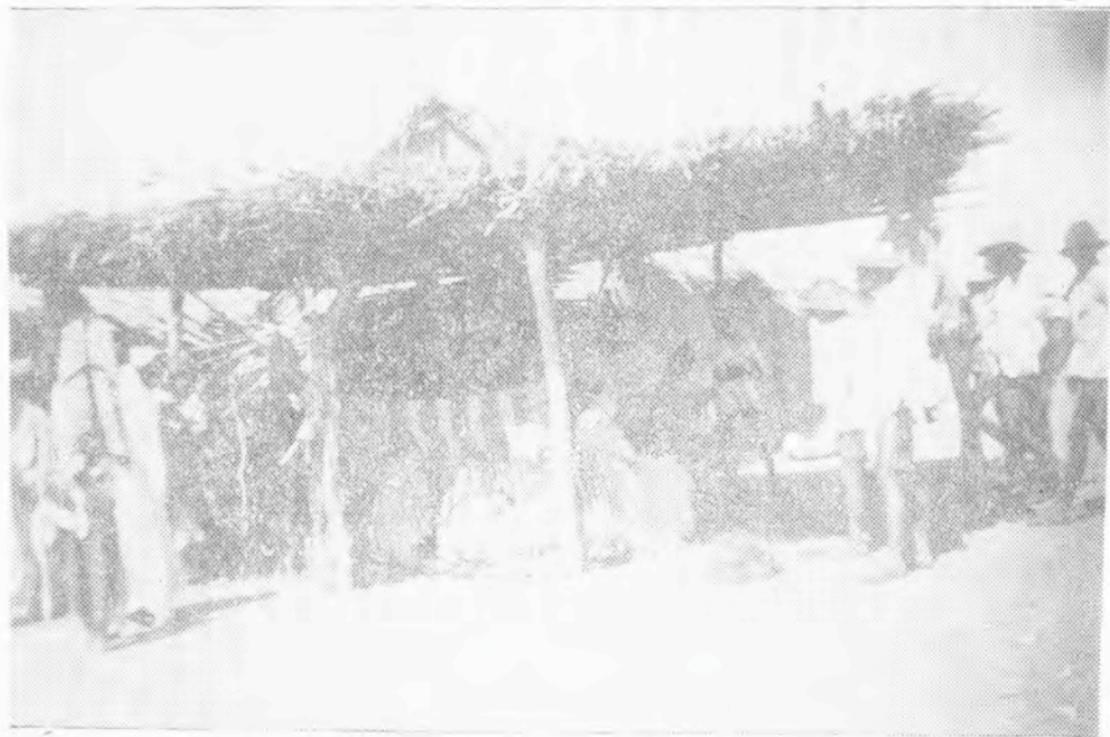
ron rumbo a sus hogares, borrachos, contentos y cantadores.

Solo Joúmuna Pushaina se había quedado dando vueltas después que sus compañeros se despidieron. Se dirigió de improviso al sitio donde se encontraba Warralhlamatn montado en su mula predilecta "La Coqueta", se detuvo a su frente, diciéndole: "Vamos a bebernos el trago de la despedida—que ya me voy". El digno heredero de Talhlua, con su característica bondad extrajo de la bolsa del Cojín de su montura un litro, sonriente y afable le sirvió el trago en un vaso de cuerno—echando en seguida el otro para él. En el instante de llevarse el vaso a la boca, Joúmuna aprovecho desenfundar la carabina, dirigiéndole rápidamente la puntería al pecho soltó el tiro atravezándole el corazón. Se desplomó de boca sobre la nuca de la bestia, ésta dió un salto y el cadáver rodó inmóvil por el suelo, en tanto que Joúmuna, dándole rienda suelta a su Alazán ligero ganó la Pampa.

No dejen escapar al asesino —gritó Talhlua balbuciente— presa de la emoción terrible que intempestivamente lo sorprendía cuando se creía más feliz.

Cincuenta jinetes salieron prestos en persecución del homicida; a todo galope —con velocidad fantástica sorbían la dilatada inmensidad de la llanura— sin que pudieran acortar la distancia de quinientos metros que les aventajaba. Canantutshi, uno de los esclavos favoritos de Warralhlamatn fué de los últimos en salir; sobre la vertebral del corredor "WIN-NATAY", llevando por todo apero una liviana gualdrapa de paja, un suave bozal sin freno deslisábase como una exhalación, dejando atrás en pocos segundos a sus compañeros iba a cuatrocientos metros adelante; estirado el flexible cuerpo del ágil jinete a lo largo del pescuezo del corcel ligero, momento por momento le ganaba terreno y ventaja a Joúmuna, el Alazano no podía resistir la potencialidad del Campeón. Ya habían emparejado la carrera, al tiempo que Canantutshi levantaba el fornido brazo con el acerado puñal para clavarlo en la espalda del asesino de su amo, un tronco los hizo rodar al suelo, caballo y jinete quedaron desnucados.

Joúmuna ganó la sierra, vino la noche y no pudieron sus perseguidores alcanzarle, ni con los caballos, ni con los proyectiles, sano y salvo se escapó; el caprichoso Destino le reservaba la vida para la tragedia. Sus enemigos desconsolados tuvieron que regresarse con las bestias congestionadas del cansancio, varias murieron en el camino y otras se desplomaron al llegar a la ranchería, mientras él buscaba en la montaña el asilo hospitalario de las DRIADAS.



Un aspecto del velorio de Warralhamatn.

CAPÍTULO III

VELORIO Y ENTIERRO DE WARRALHLAMATN

Puesto el Ataúd sobre una mesa, debajo de la enramada, se le arremolinaba en torno una inmensa muchedumbre: Prostrados los hombres, cubiertos bajo el rebozo de sus mantas y las mujeres echadas a rász de tierra, arropadas las cabezas con negros pañolones, con llanto quejumbroso hacían la ofrenda del dolor ante el cuerpo yacente del gran muerto!

La infausta nueva circuló con rapidez extraordinaria por todos los ámbitos. Las numerosas parcialidades de indios que apenas acababan de irse retornaron otra vez como en los primeros días del torneo Hípico, con la alegría de entonces trocada en melancolía profunda.

Warralhlamatn era el hombre más importante de la tribu de Talhlua: Sus invaluable méritos lo habían situado por encima de sus contemporáneos, sus amigos lo lloraban por que con ellos había sido leal y generoso; los esclavos habían encontrado en él a un protector que los amaba con paternal cariño; nunca había contrariado las ideas de su tío; jamás le daba motivos de queja a sus padres; y las tranças de sus Corrales estaban siempre abiertas para ayudar a los vecinos y familiares al pago de la reparación de los daños ocasionados por sus incontinencias y parrandas. Nadie que se acercara a pedirle un favor se regresaba sin ser solicitamente servido; con los caciques de las distintas castas había conservado las más cordiales relaciones de amistad; cuando llegaba a presentarse algún caso que pudiera enturbiar aquellas relaciones y provocar un conflicto —él tenía la filantropía de renunciar a la mayor parte de sus conveniencias —sobre todo— las económicas, que las estimaba en muy poco, a favor de la parte contraria. Tales eran los recuerdos que arrancaban del pecho de aquellos hombres fogueados los gritos del dolor!

Warralhlamatn era hijo primogénito del cacique Uhlhiana Santanawa y de Moulhluanat Epieyú —hermana materna de Talhlua; era el legítimo heredero de éste— porque el indio Guajiro —en su rara ideología— considera que la maternidad

es de indudable procedencia, mientras que la paternidad bien puede ser de origen sospechoso. Era pues —el universal sucesor de los bienes materiales y del dominio de la Tribu de Talhlua.

El indio Guajiro tiene una ciega creencia en la inmortalidad del alma; justifica que los bienes económicos del difunto deben gastarse con derroche en su velorio, para que sea debidamente honrada su memoria —por qué si nó— su alma inmortal mandará desde ultra-tumba una epidemia que acabe con esos bienes, para que los que egoístamente no han querido gastárselos sean privados de gozarlos, a la vez que el alma de esos animales-transportados en alas del espíritu viajen hacia las regiones supra-sensibles de la inmortalidad a hacerle compañía a su antiguo dueño.

El llanto duró toda la noche alrededor de la Caja mortuoria; los veloriantes se turnaban, sucesivamente iban y venían de la enramada a las tiendas. En lugar del café y el pan que el civilizado acostumbra en tales ceremonias, de vez en cuando se les repartían tragos de aguardiente —no para emborracharlos— sino para quitarles el sueño y atenuarles el dolor moral que los sumía en la melancolía profunda.

Vinieron indios amigos de todas partes, no sólo a depositar a los pies de Talhlua el tributo de sus lágrimas —que es un deber obligante entre las tribus— sino también a ofrecerle sus servicios personales en la persecución de la venganza del atentado criminal de que era víctima. Uno por uno — a todos los caciques les daba las gracias con lisonjeras frases de cordialidad y agradecimiento.

A la hora del Alba ya estaban los corrales repletos de ganados. Rubén —dijo Talhlua— dirigiéndose a su segundo heredero —que desde luego reemplazaba al muerto en el cumplimiento de sus órdenes— haga que repartan las presas a los veloriantes. El sobrino montó enseguida y se dirigió a los campamentos a contar una por una las distintas parcialidades, luego regresó, ordenando a sus ayudantes el reparto de la gratificación de las lágrimas derramadas. Se les dió un novillo a cada uno de los caciques y un carnero a los más pobres, simultáneamente se procedió a la distribución del aguardiente — una garrafa de veinticinco litros y un litro a cada cual de los pobres.

Tales faenas duraron hasta el medio-día.

Ya están despachados todos los veloriantes —de presa y bebida— le dijo Rubén a su tío—. Cómo se trata de un caso

de asesinato —le contestó el cacique— tenemos que alterar las reglas establecidas para la muerte natural— es preciso hacer hoy mismo el entierro, para ocuparnos mañana en otras cosas.

Enlacen “La Coqueta” le dijo Rubén al Mayordomo Cahlhoulhle —refiriéndose a la mejor mula del difunto—, para que en ella haga la última jornada al Cementerio. Este quedaba a diez kilómetros de la ranchería hacia el occidente; y qué también abran la Caja para que le acomoden el bastimento al difunto. El mayor-domo hizo abrir el Férero, a los costados del cadáver le pusieron un litro de aguardiente, unas arepas de maíz, carne y una botella de chicha.

Amarrada la Caja, después de clavarla, sobre el lomo de la mula, un indio llevándola del ronzal y cuatro por las bandadas sujetándola con los brazos, desfiló la fúnebre procesión de jinetes, rumbo a la Necrópolis. A la salida se hizo una descarga de proyectiles y luego siguió a paso lento hasta el frente de un mausoleo blanco como el alma del difunto; allí se detuvo la pesada carga, se desmontó y se introdujo en el sitio destinado en la bóveda, en cuyo frontis aun puede leerse este epitafio: “YACE AQUI WARRALHLAMATAN EL BUENO—ASESINADO POR ENVIDIA A SU RIQUEZA Y SUS VIRTUDES”.

Dos mil indios bebieron para despedir al hermoso muerto; en una planada —frente al Cementerio— pusieron una botella de blanco al tiro, Jouner la voló del primer disparo, pusieron otra, la voló Rubén —y otra y otra, hasta disparar quinientos tiros en honor a la memoria del yacente.

Después —bebiendo y llorando a gritos como los niños— la multitud se disgregó por la sabana abierta, cada cual rumbo a su ranchería.

Quinientos novillos, mil carneros y tres mil litros de aguardiente fueron repartidos a los indios de las varias castas que vinieron al velorio, para con ello honrar la memoria de Warralhlamatn y dejar tranquila y satisfecha su alma.

CAPITULO IV

LA GUERRA

Al siguiente día del velorio, Talhlua mandó convocar a su numerosa familia. Reunidos bajo una amplia enramada, viejos, jóvenes y mujeres, con las frentes bajas guardan un sepulcral silencio, esperando la palabra del Cacique, quien sentado en un chinchorro en medio de la compacta muchedumbre, con las manos comprimiendo la atormentada cabeza y los ojos mirando al suelo mantúvose mudo por largo rato, hasta que al fin se incorporó, dando una rápida ojeada a su alrededor manifestó lo siguiente: "Hemos sido atacados en nuestro propio corazón, lo más precioso de nuestra sangre ha sido cruel e injustamente derramada. No ha habido precedentes, ni motivo ocasional siquiera, que diese lugar al horroroso asesinato consumado en la persona de vuestro Jefe—mi sobrino heredero Warralhamatn— con los caracteres más viles de premeditación y alevosía, por Joúmuná el cacique de los Pushaina. Nuestro deber y dignidad nos imponen pedir la cabeza del asesino o declarar la guerra a la casta Pushaina. Vosotros todos —ya conocéis suficientemente vuestros deberes de familia y vuestra lealtad de súbditos; en cuanto a mis hijos —como la Ley no los obliga— sino que los ampara y autoriza al pago de indemnización por daños y perjuicios, Joúner puede sustraerse al combate y dejar que sólo vayan los dolientes maternos de la sangre vertida. Ahí están mis bienes —mis rebaños y todo cuanto me pertenezca —replicó Joúner— colérico en contra de la Ley fatal de la Tribu, que creía injuriar su honor, cohibiéndole en la defensa personal de su padre — qué en buena hora los tomen los que se crean con derecho a mi sangre— que mi dignidad de hombre me obliga a morir con mi padre.

Soy yo y tus hermanos a los únicos que la Ley autoriza para reclamar tu sangre —contestó Santanawa, tío de Joúner y padre de Warralhamath— anda a morir al lado de tu padre, vengad la sangre de mi hijo y quedaréis exonerado de los gravámenes de la Ley.

Vienen cuatro hombres montados de a caballo del lado del sur —dijo uno de los espectadores— todos se volvieron para aquel lado. El que viene adelante es el cacique Ipuana Cayantouway y el que le sigue es Jonjurria —su sobrino— dijo Joúner —reconociéndolos— a los otros no los conocía, pero sus vistosas mantas y ricas cabalgaduras denunciaban en ellos su alto rango y la dignidad de su misión. Se desmontaron —amarraron sus bestias en los bramaderos y tomaron asiento al frente de Talhlua; después del saludo acostumbrado y de algunos cortos preámbulos, el más anciano de los cuatro —Cayantouway— dirigiéndose a Talhlua manifestó:

Venimos como emisarios de paz a comunicaros, en nombre del cacique Walhliraltñ Pushaina —tío de Joúmana— que él llora con Uds., como dolor propio la muerte de vuestro sobrino, dándoles por nuestro conducto —pública satisfacción por agravio tan inaudito, haciendo constar al mismo tiempo ser él completamente ajeno a su voluntad y al de toda la Comunidad Pusahaina que representa; qué ese atentado criminal— no fue otra cosa que el fruto maldito del alcohol que trastornó la cabeza de Joúmana; que él está resuelto a entregar todos los rebaños de vacunos, cabríos, lanares, caballares, mulares y asnales, las mochilas repletas de alhajas y aún el Walhlaj — como máxima indemnización para restablecer la paz turbada entre las dos tribus vecinas y amigas; que espera por nuestro conducto que Uds. le den aceptación satisfactoria de los dones que ofrece, citándoles la hora y día de recibirlos.

Talhlua —que era de pasífica idiosincrasia— quedó un tanto conmovido por el sentimental razonamiento transmitido por Cayantouway y robustecido por los tres compañeros de éste. Talhlua con la frente gacha, haciendo rapitas en el suelo con la punta de una vara que tenía en la mano, se hallaba sumergido en una cavilación profunda; tenía concentrado todo su ser espiritual en el magno problema que tenía planteado; su pensamiento vagaba sin brújula en un mar de incertidumbre, sin poder hallar orientación posible. Dos sentimientos contrarios oprimían fuertemente su lacerado corazón: Le indicaba el uno el camino de la paz y el otro el de la guerra; de un lado el estigma de la ignominia y del otro el orgullo de su linajuda estirpe.

Si aceptaba la indemnización, contaba desde luego con el disgusto de su hermana **Moulhluanat**, de Jiwolhlua y de los demás sobrinos sobre-vivientes y aún el de los esclavos que

como los perros leales —aullaban desconsolados y hambrientos de venganza sobre el olor de la sangre del bondadoso amo — que tanto los había mimado — a la vez que se haría el blanco de la burla y el escarnio del vulgo-Juez inexorable que arrojaría sobre su pura frente el baldón de la cobardía; si obtaba por la guerra — era destruir en un instante todo cuanto había construido en medio siglo de labor incansable; ese brusco remolino que todo lo arraza y aniquila con una furia incontenible arruinaría sus haciendas, desaparecerían por encanto sus rebaños, acabaría con su tranquilidad y el reposo de su familia y concluiría, después de todo, legando a los retoños inocentes de su prole la fatal herencia del rencor y el odio. Largo rato permaneció inmóvil, mudo, perplejo en el fondo de esas enmarañadas cavilaciones. Hay un espantoso estado de ánimo en el hombre — en que despierto le parece estar dormido — en que la luz del sol se le torna en noche tenebrosa — en que embotados los sentidos no oye, ni ve, ni siente; Talhlua había llegado a ese estado de somnambulismo promovido por las ideas encontradas que se removían en su atormentado cerebro, cuando reaccionando de golpe levantó la frente, con las pupilas encendidas se dirigió a sus sobrinos presentes Jiwolhlua, Rubén, Sulhlumuca, Cuaiwa y Althlayat, en los siguientes términos: “Sin el consentimiento de Uds. nada puedo resolver sobre la oferta de paz que me propone el cacique Walhliralth Pushaina; son Uds. los verdaderos dueños de la sangre vertida de su difunto hermano y los únicos autorizados para dictaminar acerca de la paz o la guerra”.

Los cinco hermanos se levantaron de sus asientos y a una voz proclamaron la venganza, la guerra implacable; nada hacemos —replicó Rubén— con esos rebaños que se nos ofrecen— por que lo tenemos de sobra.

Nuestro Mayor —recalcó el Mayor-domo Cawalhlouhle acompañado de cincuenta vaqueros —poniéndose de pie al frente de Talhlua— queremos que nos conceda una gracia —autorizándonos para que exclusivamente vengamos la muerte de nuestro amo. Tengan un poco más de calma contestó el cacique que para todo ya habrá tiempo— en el momento estamos atendiendo a la exigencia de un caballero, que hasta hoy ha sido un cordial amigo de nosotros.

Dirigiéndose en seguida a su hijo Jouner le dijo: “Llame a cuatro ancianos caciques neutrales, de reconocida honestidad, para que formen un Jurado que estudie y califique el hecho

criminal que nos ocupa, a fin de ver si la Ley permite algún recurso de conmutación. Aquí tenemos al frente —contestó Jouner— al honorable cacique de la casta Woulhliu Petnat, a Matsarawa-cacique de la casta Uhlhiana, Germán cacique de la casta Jayalhliu y Torria Ipuana, todos de insospechable honestidad.

Los cuatro caciques tomaron asiento frente a Talhlua — en el centro de la enramada.

La muchedumbre se apretujó a oír el dictamen del Jurado. Petnat Woulhliu, el más anciano y versado en Leyes fue el primero en tomar la palabra, expresándose de la manera siguiente: “El asunto —dijo casi nada tiene que investigársele, está muy claro— el asesino no tuvo discusión, ni desaveniencia alguna con la víctima; llamó al heredero de Talhlua en sano estado para exigirle un trago de despedida, éste se lo sirvió y aquél lo aprovechó cuando se tomaba el suyo, disparándole un tiro de carabina, con el cual le atravesó el corazón, quitándole la vida instantáneamente y dándose al escape a toda carrera en su caballo, lo que da plena prueba que fue un asesinato a sangre fría con premeditación. La conmutación es una gracia que la Ley concede en un caso de propia defensa; Joúmuna está inexorablemente condenado a muerte.

Matsarawa Uhlhiana, confirmando la tesis de Petnat Woulhliu, manifestó: “Hay en la cuestión una circunstancia grave —y es la de que— Joúmuna despidió a sus compañeros con un intervalo calculado con anticipación, diciéndoles: “Sigán adelante que ya los alcanzaré voy a despedirme de Warralhlamatn” quedándose de esa manera solo en la ranchería, expédito para el previsto escape, haciéndolo todo en su sano juicio, sin borrachera manifiesta — lo que revela en su naturaleza el refinamiento criminal y la bien pensada premeditación, por lo cual queda privado del beneficio de la conmutación”.

El Jurado Germán Jayalhliu —robusteciendo las tesis de sus compañeros de comisión confirmó: “La sana razón que interpreta la Ley es la justicia de Dios y los hombres no podemos contrariar ese fallo Divino; Joúmuna —a la luz de la Ley— está irremediabilmente perdido; la pena capital no se le puede conmutar.

Torria Ipuana dijo: “Nada podemos hacer en favor del infortunado homicida —sino lamentar su desgracia”.

Ya han presenciado mis esfuerzos —balbució Talhlua em-

bargado por la emoción— dirigiéndose a los emisarios del cacique Walhliraltn— he agotado el último recurso para ver de conseguir la conmutación de la pena de muerte de Joúmuna por la de indemnización y con éllo el imperio de la paz de nuestras castas —más como habéis visto por vuestros propios ojos— los indeclinables dictados de un Jurado honesto han podido más que los deseos de mi corazón. Trasmítid a Walhliraltn ese dictámen sagrado y decidle a mi nombre que la paz solo podrá sellarla la entrega de la cabeza de Joúmuna y, que en caso contrario, prepare sus huestes guerreras para que reciban las mías en franca lid.

Los emisarios —cabiz-bajos— melancólicos, no se atrevieron a importunar a Talhlua, con un ligero ademán de cortesía se despidieron y montaron rumbo a la ranchería de Walhliraltn, a quien encontraron sentado en su chinchorro bajo la enramada, rodeado de toda su familia, amigos y vecinos, con una febril ansiedad que se les reflejaba en sus rostros meditabundos —por saber qué habría— si la guerra o la paz.

Talhlua —manifestó Cayantouway— ha hecho todo lo humanamente posible por lograr la conmutación de la pena corporal de Joúmuna por la de indemnización económica y nada ha podido conseguirse; se estableció un Jurado y éste dictó la sentencia de muerte del homicida. Los hermanos de Warralhamatn y toda su familia y aún los esclavos piden unánimemente la guerra. Talhlua mandó decir que la cabeza de Joúmuna sellaría la paz y evitaría la guerra.

Dos gruesas gotas de lágrimas rodaron por las mejillas sombrías del venerable anciano Walhliraltn y luego —dirigiéndose a su sobrino Joúmuna— en tono balbuciente le dijo: Ya habéis oído lo que se ha dictaminado en tu contra? Tu muerte —piden tu cabeza y desprecian mis haciendas. Mi dignidad me impide entregarte; prepare la gente para que en campo abierto reciban la invasión de Talhlua— que ya viene; quinientos hombres de combate amanecerán al rayar el alba rodeándonos la ranchería. Yo no huiré —moriré tranquilo— ya que así tu lo has querido. Que se internen las mujeres y los niños hacia los montes.

CAPITULO V

EL COMBATE.

Talhua mandó llamar al Ouhlacuy —individuo especie de MAGO —que predice los acontecimientos del futuro— por medio del humo caprichoso de cierto trozo de madera especial prendido. Aquí está —le dijo Jouner a su padre— el famoso Unuúrralhlay— refiriéndose al Adivino que acaba de llegar de una de las rancherías vecinas.

Queremos —dijo Talhua— que nos prediga si triunfaremos o nó en el combate de mañana; si morirá el asesino Joúmuna y qué peligro nos amenaza. El Mago sacó de una mochila que traía terciada al hombro un acesito de madera color rojizo; lo desenvolvió y extrajo un trozo de veinte centímetros de largo y una pulgada de diámetro, lo prendió y lo puso sobre la pierna derecha con la candela para el cielo, le dió una rociada con la saliva de la enorme mascada de manilla que le llenaba la boca. Empezó a despedir un hilo delgado de humo que hacía curvaturas caprichosas en el aire; el Mago —sin pestañar— tenía la vista clavada en el trozo como un jugador de esgrima— distraiéndola con largos intervalos para mirar el cielo. Así se mantuvo por media hora, hasta que apenas le quedaba en la mano un cabo del trozo de diez centímetros, lo apagó entonces y dirigiéndose a Talhua —le dijo: “El combate será sangriento — pero el triunfo lo obtendrán Uds.; Joúmuna no huirá, morirá como valiente; tu hijo Jouner saldrá herido”.

Pasa revista —le ordenó Talhua a su sobrino Rubén — para ver con cuántos combatientes podemos contar. Rubén y Jouner salieron en seguida a reunir la gente de los ranchos vecinos y luego después de contar los hombres aptos para la batalla — volvieron a decirle al cacique — contamos con trescientos arqueros y doscientos tiradores de carabina, más un contingente de cincuenta hombres de mi padre y otros cincuenta que espontáneamente nos ofrece el cacique Ipuana Jimaáy, en total seiscientos combatientes. Con ese número te-

nemos para pelearle al —centenar de Pushainas de Walhiraltn — objetó Talhlua.

Le ház advertido a Jimáy —observó Talhlua— los inconvenientes de la Ley —qué en caso de muerte o herida de uno de sus familiares, no se nos cobrará caro? Sí, fué lo primero que le dije —replicó Rubén— y él me respondió diciéndome que descuidáramos por esa parte. Reconozco —manifestó Talhlua— que Jimaáy es un gran caballero y leal amigo de nosotros.

Más que lealtad era una pasión amorosa lo que lo movía, estaba locamente enamorado de Jiwolhlua, y este amor ardiente lo llevaba hasta el sacrificio de su vida y la de su gente. El amor es el poderoso resorte que mueve con más facilidad las energías del hombre.

Entre los Guajiros, además del Ouhlaccuy, que predice las cosas del futuro, existe el Lania, especie de Talismán, para amparar al individuo del enemigo y de cualquier género de peligro, procedente de las manos del hombre o de las fuerzas naturales. Es un pedacito de madera talado en forma de una capsulita, bendito y conservado por los indios de la antigüedad, del tamaño de la uña del dedo, empolvado con un colorante rojo que se llama entre ellos “Paliíse” y que el civilizado le ha dado el nombre de Vija. Proviene ese polvo de un vegetal medicinal de raras propiedades curativas y alimenticias; se le dá a los niños recién nacidos mientras no puedan ingerir la leche materna —como alimento sintético hervido, lo mismo que a los enfermos muy debilitados, así como secante y germicida poderoso para llagas o heridas infecciosas-internas o externas.

El Lania ó Contra —como lo llaman los civilizados— bien embadurnado con el colorante se halla metido en una bolsita de lana o hilo tejido de colores; el indio rico —que es quien exclusivamente lo tiene —en época normal lo guarda guindado en una mochila en el techo del rancho y en momentos de guerra lo lleva en la cintura pendiente de la faja.

Fue a ese Talismán al cual se refirió Talhlua cuando le dijo a su hijo Jouner —manda a bajar la mochila del Lania para inmunizar del peligro a los combatientes antes de marchar; a la mochila descolgada del techo del rancho se le hizo arrojar del vientre cuatro Lanías: Uno con virtud de darle valor y serenidad al combatiente, otro para darle precisión al calibre del fusil o puntería de la flecha, otro para adormecer

al enemigo y el último para conjurar las fuerzas de la naturaleza

Alineados los combatientes, el "Outshi" o Piache toma el Lanía en sus manos y uno a uno les va dando golpecitos con él, por todo el cuerpo, desde los tobillos hasta la cabeza, soplándoles al mismo tiempo con la espesa salivada del manilla (Tabaco).

El indio Guajiro, como todos los pueblos del Planeta, tiene también sus agüeros y supersticiones —qué en el fondo— no es otra cosa que la fé religiosa de que se arma el hombre civilizado contra todo peligro; esa fé es la brújula de orientación en su peregrinar constante en el proceloso mar de las calamidades humanas; confortante espiritual —que vigorizándole poderosamente la voluntad lo capacita para llevar a cabo las más árduas empresas; ese engaño voluntario que el hombre se hace así mismo; mentida ilusión que él conviene en traducirse como verdad, ha sido siempre su poderosa "COTA DE MALLA" en los combates y su estimulante sugestivo para avanzar al través de todos los obstáculos.

Confortadas con esa fé sencilla —después de la ceremonia del "Lanía"— en la misma tarde de la revista —marcharon las huestes de Talhlua rumbo a la ranchería de Mastau, en cuya cercanía pernoctaron y desde dónde dispusieron el ataque a la hora del Alba.

Rubén con cien carabineros de a caballo marchaba ocupando el ala derecha, Joúner con otros cien tiradores cubría la izquierda, en tanto que Talhlua avanzaba por el centro a la cabeza de cien arqueros y cien con proyectiles de fuego; la retaguardia con doscientos hombres de diferentes armas se le confió al joven cacique Ipuana Jimaáy —admirador de la encantadora Jiwolhlua.

Hagamos un rodeo general a la ranchería —les ordenó Talhlua a sus lugartenientes —las tres columnas marcharon al tiempo hacia el punto indicado, pero a tres kilómetros fuera de la ranchería fueron intempestivamente sorprendidas por una descarga de cuarenta tiradores que Joúmuna había emboscado en línea de guerrilla a lo largo de una cañada, en donde amparados por la barranca y guarnecidos por gruesos troncos de árboles ribereños, se hacían invulnerables a las balas y flechas del enemigo, en tanto que éste a pecho descubierto le propiciaba barata presa. Los valientes guerrilleros estaban de tal manera tan bien apostados que una patrulla que poco antes había venido a inspeccionar la cañada

regresó informando al Estado Mayor que allí no se encontraba nadie. Ese descuido —que no fue de Talhlua— sino de los patrulleros, le costó a los invasores quince muertos y veinticinco heridos.

Talhlua mandó a su gente retroceder en seguida para corregir la falla; en una sabana al frente se detuvieron.

Jóuner —le dijo a su hijo— Toma cincuenta hombres de los cien de mi caballería— agrégalos a los tuyos y con un total de ciento cincuenta jinetes abra rápidamente una media luna por el flanco izquierdo— traspasando por el lado oriental el Arroyo estratégico de la línea de Joúmuna y ataque a la ranchería por aquella parte— que al oír él las descargas —se verá obligado— a destacar su gente del sitio que ocupa para auxiliar el punto atacado y entonces, nosotros lo aprovecharemos cargándoles simultáneamente por todos los flancos. Mientras tu ejecutas ese movimiento de conversión nosotros simularemos atacar de frente a los guerrilleros de la cañada, entreteniéndolos con disparos salteados desde lejos, a fin de darte tiempo a ganar la ranchería.

Los hábiles jinetes de Jóuner, a rienda suelta corrieron con la velocidad del rayo a la ejecución del plan de su padre; en pocos minutos traspasaron la Cañada, con la furia del huracán le cayeron a la ranchería de Mastau, atropellaron y barrieron con los cascos de sus caballos a los centinelas y entraron al poblado a fuego y sangre.

Como lo había previsto Talhlua —al oír Joúmuna el estruendo de la fusilería— levantó su gente de la cañana y corrió a la ranchería; lo acuchillaron por detrás y por los flancos, hasta reducirlo a la ranchería a unirse con los setenta combatientes que allí había dejado a cargo de su hermano Juan José. Sitiados pelearon heroicamente, cuerpo a cuerpo, con una desventaja enorme, de uno contra seis y con inferiores armas; Joúmuna y Juan José, juntos a pié firme combatieron con encarnizamiento hasta lo último; las balas de sus enemigos iban disminuyendo lentamente el número de sus combatientes, hasta que ya apenas le quedaban veinte hombres heridos y extenuados de los cien con que empezaron la batalla. Se les pidió rendición y contestaron que acabaran de una vez; Juan José herido con siete balazos y dos flechas envenenadas se desplomó al fin, una turba que le cayó encima lo remató a machete y cuchillo; Joúmuna con la manta pasada por cincuenta balas y cien dardos, sin rasguñarle el cuero, se mantenía firme y sereno, pero cuando vió que quince es-

clavos que le quedaban se entregaron, viéndose perdido se destapó el seso con un tiro de su carabina.

Las huestes vencedoras, aventajadas por la superioridad numérica, y mejores armas rodearon y tomaron la ranchería; allí, debajo de la enramada —sentado en un chinchorro— el cacique Walhliraltñ— como Julio César ante el puñal de Bruto, resignado, impasible, cubierta la venerable cabeza con el rebozo de su manta esperaba la infalible muerte a que él mismo voluntariamente se había condenado. Uno de los esclavos resentidos que tanto lloraba la muerte de Warralhlamath lo tenía ya apuntado con su carabina cuando Jouner le gritó: Váis a matar al anciano? Te olvidas de la orden de mi padre? que nos recomendó que se respetara la vida de los ancianos, mujeres y niños? El octogenario se descubrió al grito y viendo que se le dispensaba la vida como una limosna no pudo resistir a la humillación, sacó del cinto un revólver, se puso la trompetilla en la cien derecha, apretó el gatillo y se voló el cráneo. El esclavo de la tentativa refunfunó resentido: “No lo dejan a uno saciar su venganza”.

Los invasores entraron a saco: Descolgaron del techo de los ranchos las mochilas repletas de ricas alhajas; destrancaron los corrales hartos de ganados y en el momento en que unos esclavos con los cuchillos afilados en la mano pretendían destronconar la cabeza de los dos caciques muertos y llevárselas como máximo trofeo, les gritó Talhlua, diciéndoles: “Respeten esos cadáveres —que el odio no es para los muertos”.

Jouner —dijo— haga que le den honrosa sepultura a esos cadáveres y que arreén los rebaños y los prisioneros —que en éstos si nos da derecho la guerra. Ya iha Jouner a ejecutar la orden de su padre, cuando un indio desconocido lo haló por el brazo diciéndole: “Se van y dejan lo mejor? Cuánto me dan para llevarlos al sitio en donde se encuentra todo lo que puede indemnizarles sus muertos y recompararles sus molestias? “A qué cosas te refieres? —contestó Jouner. Al más rico botín —replicó el denunciante— sesenta mujeres y niños que están ocultos en esa cañada —al travéz de ese montículo que ves al sur. Cuatro vacas paridas de esas que están allí será tu recompensa— le conestó Jouner. Es muy justo —dijo el indio— que también me den una chinita de pecho punta-brava (en el período de formación de doce a catorce años) —por que— de haberles callado se les habría escapado ese tamaño bocado —apenas esperaban la noche para marchar a la frontera Venezolana— rumbo a Maracaibo. Bueno

—le dijo Joúner— también se te dará la chinita y vamos allá. Luego dirigiéndose al padre le dijo: Voy con este hombre a recojer unas mujeres y muchachos — que él me dice se hallan por ese monte. Anda con él —le dijo Talhlua— y llévate cien tiradores y abra bien el ojo— no sea que se trate de una trampa.

Cawalhlouhle —dijo Joúner— llamando al esclavo —mayordomo— asegúreme a este hombre —llévelo amarrado— para que si acaso tratare de huirse le descargan todas las bocas de fuego.

Joúner salió y rodeó con su gente el monte de la cañada indicada por el vaqueano —denunciante y efectivamente estaban allí— como los conejos al ahullido del lebrél de caza— aquellos infelices estirados en el suelo a lo largo de la cañada, inánimes reteniendo el resuello. Joúner tuvo el cuidado de dejar apostada la gente a cierta distancia, avanzando tan solo con unos pocos de sus compañeros de confianza, sin hacer el menor ruido hasta llegar adonde ellos estaban y cuando lo sintieron dieron todos un grito espantoso tratando de correr, pero él les dijo: “No corran —que estan rodeados— así los tiran”. Temblorosos, con los ojos saltones se quedaron petrificados los desgraciados. Joúner le hizo una señal a sus compañeros para que avanzaran y los condujesen a la ranchería, al tratar algunos esclavos de empuñarlos prorrumpieron en llanto quejumbroso echándose y revolcándose en tierra desmayados. Déjenlos libres —grito Joúner— Llévenlos por delante sin ponerles la mano. Hay tres majayuras muertas —dijo Cawalhlouhle— que no presentan señales de vida. Rubén y Joúner se arrimaron a examinarlas —efectivamente estaban heladas— el susto les llevó la vida; los otros que estaban atontados reaccionaron con baños de aguardiente, sólo les quedó un temblor en todo el cuerpo.

Cawalhlouhle —dijo Joúner— dirigiéndose a su inseparable Mayordomo—. Ordena a unos esclavos que rápidamente hagan un hueco cuadrado para enterrar esos muertos aquí mismo. Acatada en seguida esta orden, antes de media hora estaba listo el trabajo, se arrastraron al hueco las tres púberes y se les amontonó arena encima; simultáneamente condujeron a los demás a la ranchería.

Con éstos que hemos traído —significó Joúner a su padre— y los que rendimos en el combate— tenemos ochenta prisioneros, entre hombres, mujeres y niños.

Hagan una inspección al campo —replicó Talhlua— y pa-

sen revista a los vivos y a los muertos— para saber cómo hemos salido en el juego. Rubén y Joúner salieron con algunos Oficiales a cumplir la orden, dando un rápido recorrido por el campo de batalla, inspeccionaron uno por uno a los muertos de ambas partes y contendientes y volvieron a decirle al cacique: “Hay ochenta y cinco muertos de los Pushaina y cuarenta de los nuestros”.

De los Pushaina no quedó vivo ningún herido —por qué la soldadesca de Talhlua les remató a todos —aún que no habia la orden de consumir tal asesinato— que los Jefes lamentaron más tarde por no haber podido evitarlo.

Joúner salió con dos heridas leves —una entre cuero y carne— por el brazo izquierdo y otra por una pierna; Rubén con una leve también por debajo de la tetilla derecha; Cawalhoulle salió con dos costillas mallugadas; de los Ipuas de Jimaáy hubo un muerto de baja ralea y dos heridos; dos esclavos murieron del contingente de los Uhlhianas de Santanawa y tres heridos leves; el resto de muertos y heridos correspondió a la gente de Talhelua, quien al igual que los Pushainas también tuvo ochenta bajas.

Ochenta y cinco muertos —balbució Talhlua como hablando para sí mismo— dos mil vacunos y caballares, cinco mil cabras y ovejas, varias mochilas de alhajas y el “WALHLAJ” constituyen indudablemente una buena recompensa.

Luego dirigiéndose a Rubén y Joúner les dijo: “Hagan mancomunar bien a los prisioneros, poniendo hombres con hombres, mujeres con mujeres y niños con niños, para que junto con los ganados los arreén”. Formaron una mancorna de cuarenta mujeres, una de niños de diez a doce años, otra de infantes de nueve años para abajo —varones y hembras— y la cuarta la constituían los quince hombres que se rindieron en el combate.

Momentos más tarde marchaba la inmensa muchedumbre camino a Irotsima con los varios RACIMOS de seres humanos apretujados en el centro. Cuando llegaron a la ranchería Rubén —dijo Talhlua— llamando a su segundo heredero—. Aún cuando Jamaáy no nos cobra nada es muy justo que le indemnicemos los daños y molestias que ha sufrido en nuestra compañía, de su gente hubo un muerto y dos heridos, entregale de ese ganado de los Pushiana cincuenta vacas, cincuenta caballos, una buena mula para su cabalgadura y trescientos cabríos y lanares —que él distribuirá entre sus compañeros de armas. Del contingente de tu anciano padre Santa-

nawa murieron dos personas y salieron tres heridos, retribúyalo con doscientos vacunos, una cantidad igual de caballos, cuatrocientas cabras y ovejas, dos mulas especiales para su silla y cuatro chinitos (varón y hembra), a Jimaay también le regalas con otros cuatro de éstos; para tí y tus demás hermanos se reservan para su servidumbre una docena de varones y una de niñas impúbres y el resto de las mujeres se las reparte equitativamente a los esclavos, a quiénes también da en partes iguales dos mil cabras y ovejas y mil vacas, en remuneración de sus buenos servicios.

Rubén y Jouner repartieron el botín en la forma indicada por el cacique y todo quedó concluído.

CAPITULO VI

EL FRUTO DEL ODI0

El caballo para el indio Guajiro no tiene un valor económico especulativo —hijo predilecto de su esfuerzo— lo cría y lo forma como el compañero inseparable de sus andanzas, fuerte, incansable, ágil, brioso y entrenado siempre para la carrera y para el drama; se halla a toda hora al alcance de sus manos para los menesteres de la guerra y como el corcel indómito del inmortal Rui Díaz-arrogante y temerario no reconoce límites a su arrojo en la empresa peligrosa —que el tentador ambiente de la PAMPA LIBERRIMA le propicia eternamente con coloridos sugestivos.

Cuando el caballo Marhlihuna perdió la carrera, Joúmuná fue atacado por un violento acceso de iracundia, se sintió mortalmente herido en su amor propio; los latigazos con que el chinito fustigó el caballo lo experimento en carne viva; su corredor no había perdido nunca, estaba reputado como el campeón insuperable de la llanura; por primera vez perdía la carrera y la fama que tanto honor le había dado a su dueño. Durante los seis días del baile y el torneo hípico, Joúmuná no pudo conciliar el sueño, ni le fue posible ingerir alimentos; una pesadilla inquietante se apoderó de su alma atormentada; no pudiendo hallar remedio a la sangrante herida interior que lo consumía —apelaba en su desesperación al alcohol maldito, cuya enardeciente acción en connubio horrible con el ayuno y el insomnio, concluyeron por llevarlo a un estado de enajenación mental.

Sintió que en su interior se libraba un combate terrible: Su naturaleza animal se había rebelado en contra de su ser racional; reconocía momento por momento que su frágil personalidad pensante doblegaba miserablemente ante la brutal —potencia de aquella— mas no estaba en él resistir al furibundo ataque —la herencia fatal de la sangre indómita del ancestral CARIBE —que todo Guajiro lleva en sus venas— hizo erupción en su cerebro dislocando — entorpeciéndole sus nobles facultades con el odio iracundo lo condujo hasta al pa-

roxismo de la demencia; cuando maquinalmente esgrimió el arma homicida había perdido ya el uso de la razón; el hecho criminal no fue el homicidio común perpetrado por un hombre, fue el crimen de la RAZA.

Quién será capaz de creerse con la autoridad suficiente para juzgar al hombre en ese estado de conmoción interna, sin temor de equivocarse? Podrá el mísero criterio humano vanagloriarse de penetrar hasta el fondo del tenebroso abismo del corazón y descubrir las íntimas causas que producen el efecto exterior? Podrá dictarse el fallo definitivo que condene a Jóumuna como criminal empedernido? Habrá la razón suprema de creer que el hecho homicida ejecutado por sus manos fue una emanación congénita de su naturaleza salvaje? O fué la resultante importuna y ciega —pero infalible de las misteriosas cosas del DESTINO? Si el entendimiento humano pudiera despojarse de todo prejuicio, fácil sería creer que Jóumuna no mató por puro apetito animal. El se sintió ofendido, injuriado en su honor procedió en propia defensa. Cuando el hombre odia no ve, ni oye, ni siente; convulsionadas todas sus facultades físicas y mentales llega a un estado de embelesamiento completo que lo hace insensible al dolor y a la conmiseración, en ese estado de desviación mental la muerte misma no la sentiría.

Jóumuna fue víctima del odio, más desgraciado que culpable. El odio iracundo, una enfermedad congénita de la naturaleza humana; nadie ha podido sustrarse a su maligno influjo; grandes y pequeños —indistintamente han sido los hombres juguetes miserables de esa pasión terrible. El odio Judaico — personificado en Anaás y Caifás — llevó a la cruz del Calvario a merecer la más afrentosa de las muertes al más puro de los hombres; los magnates de la Judea creyéndose ofendidos en su amor propio y perjudicados en sus intereses creados con la propagación de la sacrosanta Doctrina de Jesús, atacaron inmisericorde al sublime Apóstol, escarneciéndole con la infamante saliva del Sayón creían equivocadamente que cortaban el hilo vital del ideal Cristiano; enceguecidos por el odio aseguraban que matando a un hombre perecería con él la idea — que a pesar de toda la iracundia humana ha sobrevivido veinte siglos en toda la redondez de la tierra. Así —todos los que odian caminan ciegos al abismo de la perdición y del crimen.

Jóumuna y Walhliraltu —más dignos que el Judío— supieron sostener su orgullo hasta los umbrales de la tumba—

tuvieron el heroísmo de morir como pro-hombres. Como Hitler y como Goering— para no dejarse manchar con las profanas manos del verdugo buscaron el suicidio como única manera honrosa de morir; su alma, ennoblecida por el martirio voló en las alas del Apocalipsis a las regiones inconmensurables de la eternidad; sus enemigos sólo pudieron ensañarse en los despojos gangrenosos de la vil materia.

Como los héroes de la Leyenda Mística —prodigaron con largueza la parte corruptible de su personalidad para obtener la glorificación espiritual; compraron con los míseros despojos del barro vil la eterna libertad de su alma grande; dando la materia corroída salvaron el honor y el orgullo de la RAZA.

El Judío abyecto no tuvo nunca el gesto heroico de los indómitos hijos de la Pampa, cobarde y miserable lloró como mujer sobre la ruina de sus templos derruidos el castigo de su necio orgullo— y errante como hoja dispersa por los cuatro vientos del mundo— paga eternamente el tributo de su ODIO maldito.

Tal es el concepto material que desde el punto de vista jurídico puede emitirse en el proceso de Joúmuna, en cuanto al aspecto moral se nos presenta un abismo; considerado el hecho en su íntima naturaleza hay una incógnita profunda. Los pronósticos del Piache Aipiaki con relación al Aerólito y las predicciones del Mago Unuúrralaj se cumplieron exactamente: El más meritorio de los hombres de la tribu de Talhlua —su sobrino Warralhmatn— víctima del asesinato — fue en verdad una desgracia inaudita; el triunfo de la batalla de Mastau lo obtuvo él, su hijo Jouner salió herido y Joúmuna fue muerto. Que hay en el fondo de la cuestión? La razón humana es impotente para descifrar el enigma. Fueron esas predicciones obra del acaso? Producto de una mera casualidad? O fueron la promulgación de una ley oculta de la DIVINIDAD, para cuyo efecto el Piache y el Mago sirvieron de Médium? Nadie sabe. Pero cualesquiera que haya sido la fuente generadora de la fatal tragedia, Joúmuna más que culpable fue el uguete miserable de esa fuerza oculta que se llama **DESTINO**.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VII

UNA SOMBRA SINIESTRA.

La guerra Civil Colombiana de los mil días dejó desangrado al país, arruinado el Erario y desacreditada la República. La obstinada intransigencia de los dos partidos Políticos tradicionales amenazaba ser indefinida; los hombres representativos con tenacidad fanática se disputaban en el Congreso el predominio del poder público, sin otros miramientos que asegurarse cada cual la ejemonía partidarista, bastardeando los sagrados intereses de la Patria y adulterando los fundamentales principios del Credo Político. Propiciando el dorado verbo altisonante al servicio del histerismo de la pasión enfurecida de la política interna y persiguiendo solamente finalidades de particular conveniencia relativas al partido cuya bandera enarbolaban, se olvidaron de lo más esencial: Descuidaron los problemas externos vinculados al alma misma de la Nación.

Existía un tratado público solemnemente celebrado entre Colombia y la gran Nación NORTE-AMERICANA, relativo a la cuestión itsmica de Panamá. La absorbente República-Gigante representada por el Presidente Teodoro Roosevelt, considerando que la fractricida pugnacidad cruel de los partidos políticos Colombianos podría lesionar los intereses de su Gobierno, apartando a un lado —con cínico descaro las consideraciones de alta política que la obligaba a garantizar la soberanía Panameña—según las cláusulas perentorias del pacto sagrado subsistente entre las dos Repúblicas—através con fruición de fieras avara—con sus monstruosas garras aquel jirón infortunado de la nacionalidad Colombiana.

Los resplandores científicos de la aurora del Siglo XX presenciaron entonces el más repugnante **abuso de la FUERZA**: A plena luz meridiana y en presencia de todas las Naciones civilizadas del Orbe —el Omnipotente Roosevelt— de la noche a la mañana — sin hacer un tiro — consumó la brutal mutilación — arrancándole a Colombia de su tricolor pendón la estrella de mayor magnitud. Panamá pasó sin fórmula alguna a ser ahijastra advenediza de la UNION AMERICANA y desvinculada totalmente de

la madre patria, sin que un solo acento de reprobación saliera del seno de la Europa civilizada para vituperar la conducta del inhumano violador y defender los fueros del derecho y la justicia ultrajados en una Nación materialmente impotente para defenderlos, antes por el contrario—el bárbaro Atila de los días del Avión, el Cine y el Radio fué aplaudido y glorificado con el premio **NOBEL**, adjudicándosele el título honorífico de representante de la fraternidad humana y la paz mundial. Tal es la rara psicología de los Pueblos: Prosternarse de rodillas a reverenciar el **EXITO**, cualesquiera que haya sido el medio para alcanzarlo y sea quien fuese la individualidad que tenga la dicha de coronarlo.

Ante ese sarcasmo del cruel destino que condenaba a Colombia a la quietud y la humillación de la **FUERZA BRUTA**, los Pueblos de Sur-América temblaron de coraje y de impotencia. El Presidente entonces de Venezuela, General Cipriano Castro cerró las puertas al usurpador audaz, rechazando con entereza varonil las proposiciones de las Compañías Norteamericanas que pretendían explotar el petróleo del Lago de Maracaibo, prefiriendo privar a la Nación de un hermoso renglón económico que exponerla al despojo y a la humillación. Pero desgraciadamente, dolencias físicas lo obligaron a sustraerse al mando y marchar a Europa; la política taimada del despojador implacable — colándose al través de la cortina de la estancia del Vice-Presidente encargado, General Juan Vicente Gómez le sonrió, halagó y sedujo. El Vice-Presidente desconoció la autoridad del General Castro y reasumió el mando supremo, dando acceso a las Compañías de la "Tropical" y la "Goolf" para la explotación del petróleo del Estado Zulia.

Establecidas las Compañías, solicitaron brazos para la instalación de sus múltiples y pesadas maquinarias; con el estímulo de altos jornales sustrajeron a los campos de la agricultura la masa proletaria, se enmontaron las Haciendas y los Patronos se vieron en el borde de la quiebra; escaseados los productos sobrevino la carestía de la vida del Estado. Los plátanos que antes se vendían en el mercado de Maracaibo a un ciento por Bolívar, se vendieron entonces a diez; el maíz de un centavo el litro subió a ocho; el kilo de panela y azúcar de cuatro centavos alzó a quince y veinte; el frijol, la yuca, la leche, el queso, la mantequilla, la carne, etc., etc., montaron a diez veces su valor primitivo.

El pueblo que creía desquitarse y resarcir las pérdidas con el oro de las Compañías se vió muy pronto defraudado en sus vanas esperanzas —por que detrás de los petroleros venían las empresas automoviliarias a recojer el dinero y remesarlo al mercado de su

origen. Al campesino Zuliano—después de todo— solo le quedó la fiebre automovilística que lo sustrajo de los campos productivos a manejar el automóvil de la urbe.

Tal era el estado de la atmósfera social y comercial de Maracaibo en la época en que sucedían los acontecimientos que historiamos en esta Obra. Para ser fieles a nuestra narración se hacía necesario este recuento—porque el vil comercio de carne humana que más tarde se incrementó en la Pampa con caracteres alarmantes fué una lógica consecuencia del advenimiento de las Compañías Petroleras. Los hacendados de las regiones de Perijá, Encontrados, Santa Bárbara y la Costa se vieron precisados a buscar en la Guajira los brazos que debían reconstruir sus arruinadas Posesiones. Pusieron sus bolsas en las manos de comisionistas que llegaron al puerto fronterizo de Castilletes con la propaganda del pingüe negocio de compra de indios. Mil Bolívares por un indio! Corrió la fantástica noticia con la celeridad del rayo por los cuatro vientos de la sabana.

Un Colombiano del Departamento de Santander --llamado Francisco Troncoso integraba la famélica Comisión—. Soldado del Gobierno Conservador en la sangrienta contienda fratricida de los mil días —fué herido en el histórico combate de PALO-NEGRO— una bala Liberal le rompió una pierna y quedó rengo, pero lo ascendieron a Coronel. Terminada la guerra, se hizo el reparto de los puestos públicos—más como eran muchos los que habían derramado su sangre—no alcanzaron para tantos—el Coronel quedó vacante y marchó a mendigar un pan a la vecina madrastra. Arrimado a la zona agrícola de Encontrados y relacionado con los hacendistas Negrón y Compañía obtuvo de ellos la bolsa para adquirir indios. Fué así como llegó a las Pampas —ostentando pomposamente el grado militar — muy bien ganado por cierto — porque le costaba la renguera. Los pueblos han sido siempre los peores amos—desconocen y olvidan con facilidad a sus servidores.

El Coronel Troncoso—representante de la rica Casa Negrón, un tal Juan Colmenares era el agente de la hacienda Colmenares y un Señor Temístocles Falcón asumía el cargo de comisionista de la Posesión "EL CHAO", del General Juan Vicente Gómez, bajo la administración del Coronel Juan José Canelón. Tales eran los tres personajes más visibles que constituían la peregrina comisión que arribó a Castilletes con la rebozante cornucopia de MOROCOTAS. Habían otros de menor categoría—que no vale la pena de consignar sus oscuros nombres.

Aquellos representantes del vil comercio traían un salvo-conducto firmado por el Cónsul Colombiano de Maracaibo—General M. N. Leal—en el cual hacía constar que el Consulado los facultaba para llevar indios a trabajar en las haciendas—a base de remunerador jornal y amplias garantías. Con documento de contenido tan liberal, originario de una alta autoridad Oficial y unos pocos centavos con que se sobornaban a los empleados fronterizos quedaba expedita la vía para la extracción del importante factor humano.

CAPITULO VIII

EL FESTIN MACABRO

Una noche, en un baile que se celebraba en Wählerpa para graduarse de Piache una Señorita (Majayut), un indio de la casta Uhlwana dió muerte violenta de unas puñaladas a otro de casta Jayalhliu, sobrino del cacique Venezolano Cachueroushi. Al recibir éste la noticia se marchó a la casa de su primo-hermano Luis Fernández, cuya ranchería se hallaba situada en Wincua, en la ribera bulliciosa del Caribe Gigante, al pie de un blanco médano de arena que semejaba a un fino brillante montado sobre el anillo de azules ondas marinas que circundan el Golfo de Maracaibo. Pintoresca mansión digna del Cacique Supremo de los indios que poblaban la angosta faja de territorio Fronterizo que se extiende desde Castilletes—a lo largo de la Península—hasta "EL ALTO DEL CEDRO". Centinela de la Soberanía Venezolana en aquella región—el Gobierno del General Juan Vicente Gómez tuvo el acierto de confirmarle Oficialmente su Jefatura de Fronteras—regalándole el título de General y dotándolo con una centena de fusiles "MAUSSER", su espada y auto-camión.

Luis era mestizo—hijo de Venezolano y de india de pura raza. Despreciando irónicamente en su progenitor a la civilización no llegó a usarle nunca su traje, a pesar de que le dominaba muy bien el idioma. Tenía predilección por el "SHEI" de sus antepasados (Manta típica) y la "QUIARA" ó "CARRATSE" empenachada, indumentaria con la cual le fué honroso presentarse ante el General Gómez el día que le hizo una visita en Caracas. Asimilando tan sólo los vicios de la civilización era audaz, inteligente, astuto y taimado.

Primo — vengo a informarte — le denunció Cachueroushi — que un indio de la Casta Uhlwana, de Wählerpa, mató a un sobrino mío y es necesario que estrenemos en esos miserables los "MAUSSERES" que nos regaló el General Gómez — por que ellos no tienen rebaños de ganados con que pagarnos esa muerte. No primo — le replicó Luis — Cómo qué ignoras que a Castilletes han llegado unos hombres con las Mochilas repletas de Morocotas

—Que pagan mil bolívars por un indio? Si vamos a matar esos desgraciados no haríamos otra cosa que matar con ellos los miles de Bolívars que habrían de ingresar en nuestras bolsas. Tenga un poco más de calma y deja ese negocio a mi cuidado—qué ya le daremos la solución que se merece.

Era éso lo que yo quería—poner en tus manos el negocio y tu reconocida inteligencia hará lo demás—le recalcó Cachueroushi—yo me voy, tú me avisarás en el momento dado.

Luis mandó a llamar una india de la casta Uhlhiana, con la cual tenía buena amistad y vivía bastante retirada de su vecindad para no dar lugar a sospechas. Aquí tienes hija—le dijo— poniéndole en la mano un hermoso collar de oro y corales y doscientos bolívars en dinero efectivo—y contarás a tu regreso, después de cumplida la comisión, con algo más que te encime. Manda a cargar en unos burros esas garrafas de ron y vete a Walhletpa, a la ranchería de los indios de la casta Uhllewana prodigándoles fiada esa bebida a condición de que te la paguen en cabras de cría cuando llegue el invierno, y cuando hayan aceptado el negocio—después que estén hartos y borrachos todos, mandarás entonces, con el mayor sigilo al peón que tú lleves, que debe ser persona de tu confianza—que también le retribuiremos bien—para que venga a avisar que los ratones están metidos en la ratonera. Descuida todo—que quedaréis satisfecho de mi comisión—arguyó la india—aceptando incondicionalmente la empresa macabra. Se marchó en

seguida, llegó a la ranchería de su destino, lo hizo todo como se le indicó, y los indios Uhllewana como moscas hambrientas en un panal se amontonaron sobre las Garrafas a beber hasta emborracharse, aprovechando la liberalidad del largo plazo. Cuando estaban todos dormidos, vencidos por la deprimente acción del alcohol, al caer la noche, la vendedora mandó al peón, de acuerdo con lo convenido, a dar la buena noticia de su misión; en la mitad del camino encontró a Luis que ya iba a la cabeza de trescientos jinetes bien armados; le dió la consigna y la caballería redobló la marcha; amparada por la sombra de la noche llegó a Waletpa a las dos de la madrugada sin haber sido vista por nadie. Rodearon la ranchería y simultáneamente aprisionaron a todos sus pobladores, lamentándose solamente la muerte de seis indios, que menos borrachos que los otros saltaron de sus chinchorros al sentir el paso de los invasores; al tratar de empuñar las armas fueron ultimados por las bocas de fuego de los asaltantes.

Lástima que se quemaron con la pólvora estos seis mil bolívars—lamentó Luis al contemplar los muertos, que yacían tendidos

sobre la arena. Aseguren bien a los prisioneros—dijo arrimándose a la cuadrilla que se ocupaba en amarrarlos—mancórnenlos un hombre con una mujer y los niños con varon y hembra, a fin de dificultarles la carrera en caso de que se les antoje fugarse; miren que esa mercancía tiene muy buena demanda y alto precio.

Mientras unos se dedicaban a estos menesteres, otros requizaban minuciosamente los diferentes ranchos descolgando de los techos las mochilas de prendas, en tanto que los demás desalojaban de los corrales los rebaños, y luego después de todo marcharon rumbo a Castilletes con las mancornas de seres humanos confundidos con los cabrios y vacunos. Acamparon en la sabana, algo distante del pueblo, desde donde mandaron un emisario a darle aviso al Coronel Troncoso. Este vino en seguida con la bolsa repleta de Morocotas.

Aquí le traigo—Coronel—le dijo Luis—un bonito surtido de la mercancía que Uds. buscan con tanto interés, los tiene al escoger: Cuarenta hombres, sesenta mujeres y ochenta niños de diferente sexo y edad. General Fernández—en dónde se ha armado de tanta mercancía? Coronel—le voy a contar lo que ha pasado: Nuestras leyes son seguramente más duras que las de Uds. por que es el medio-ambiente quien las impone. Uds., los Arijunas o civilizados tienen sus poblaciones concentradas en puntos dados, en donde cada esquina de la calle la cuida un Policía para prevenir los crímenes o aprehender al delincuente, con Tribunales especiales para juzgarlo o castigarlo conforme a la sanción de sus Códigos. Nosotros no tenemos nada de éso; para imponer la moralidad y el orden social tenemos que valernos de Leyes rigurosas al parecer, pero buenas para nuestro medio. Un indio de esta familia Ulhlewana asesinó a uno de mis sobrinos y se fugó para Venezuela; ellos son de baja clase y nosotros somos de alta categoría; un muerto nuestro vale por un millar de los de ellos. Nuestro deber era arruinarles sus haciendas y darles muerte a todos, pero ya que Uds. le dan un valor económico le conmutamos la pena capital vendiéndoselos por dineros. Dígame ahora Coronel—si procedemos bien o mal?

Muy bien, General Fernández, Ustedes al dispensarles la vida a estos desgraciados se han inspirado en un sentimiento eminentemente humano, ojalá que siempre procedieran de ese modo—que yo a mi vez me siento feliz y congratulado con Uds. por rescatarles de la muerte a tanta gente infeliz.

Pues bien—mi querido General—entremos en materia de negocios: De acuerdo con las instrucciones que traigo de mis patronos, puedo pagarle indios jóvenes y sanos, de 18 años hasta 40, a

razón de mil bolívares; de 18 para abajo, hasta 12, a quinientos bolívares; de esta edad para abajo, a trescientos; y en cuanto a mujeres, no tengo instrucciones para comprar. El Señor Temístocles Falcón, Agente de la Hacienda "EL CHAO", compra las mujeres, puede entenderse con él al respecto.

En seguida, el Coronel Troncoso examinó la edad de los indios, resultando treinta de 18 a 40 años y diez ancianos de sesenta para arriba. Estos —dijo— no podemos pagarlos sino a doscientos bolívares, a precio de niños, por que apenas servirán para barrer los patios y para cocineros; de los ochenta niños escogió cuarenta de los más grandes, a quinientos bolívares. Entregó todo el dinero en oro Americano, era la época de la inflación petrolera. En Maracaibo corría más el oro que la plata.

Anda a llamar a Falcón para las mujeres y el resto de los niños—le significó Luis a uno de sus servidores. Este salió en seguida y al poco rato se presentó el Agente de "EL CHAO". Aquí le tengo sesenta mujeres y cuarenta niños — le dijo el General Fernández, haciéndolos formar a todos en línea como los soldados en una revista. Hay aquí 15 que no me sirven—objetó Falcón—distinguiendo las que pasaban de treinta y cinco años. Pero mujeres como esas que tú rechazas son relativamente jóvenes—replicó el Coronel Troncoso—que aun se hallaba presente. Si, pero para el fin que las deseamos son viejas—por que la Hacienda las necesita para la fecundidad, refunfuñó Falcón. Luis—terciando en el debate añadió—las mujeres indias son fecundas y productivas hasta los cuarenta y cinco años, todo lo contrario de las Arijunas o civilizadas que a esa edad de treinta años ya son unos forros resecos que no largan aceite. Bueno General—para negociar las sesenta hagamos una rebaja, dejándolas a cuatrocientos bolívares y los cuarenta niños, unos con otros, a trescientos bolívares, en total, treinta y seis mil bolívares. Aquí los tienes General—dijo Falcón—arrojando el montón de Morocotas sobre un pañuelo grande en el suelo. Queda cerrado el negocio—contestó Luis—procediendo a recoger y contar el dinero.

Ahora tienes que llevarnos esta gente hasta el Puerto, General—dijeron los dos comisionistas al tiempo. Y el Corregidor no nos pondrá inconveniente? — Replicó Luis. Ya éso lo tenemos perfectamente arreglado con él, a veinticinco bolívares por cabeza. Si éso es así—vamos—dijo Luis.

El General Fernández dió a guardar el dinero a su mujer—que era su Cajera y lo acompañaba cabalgando en una buena mula. Echen por delante esta gente para llevarla hasta el Puerto—le ordenó a los compañeros. Estos cabalgaron en seguida y arrea-

ron a los prisioneros como mapadas de carneros. Cuando iban cerca a la Corregiduría, un muchacho, portero de la Oficina, vino a darle al Coronel Troncoso, por orden del Señor Corregidor, la consigna de no llegar allí con la gente, que lo esperaba a él solo.

Siga de largo con la gente—le dijo a Luis—que yo voy a inteligenciarme con el Corregidor.

Coronel—le dijo el Corregidor a Troncoso—no vuelva Ud. a repetir lo que ha hecho, de venirse con tanta gente a la Oficina; siempre que haya de pasar esas cuadrillas, lívela por allá con más disimulo, por que ese negocio no se puede hacer así tan al público. Cuántos lleva hoy? —le dijo. Llevamos ochenta míos y ciento del Señor Falcón, en total, ciento ochenta. Aquí tiene Ud. cuatro mil quinientos bolívares, por el pase, a razón de veinticinco bolívares por cabeza—le replicó Troncoso, poniéndole la bolsa sobre la mesa. Ya éso estará muy bien contado—refunfuñó el Corregidor—guardando el dinero en la gaveta del Escritorio.

Hasta luego, Señor Corregidor, voy a embarcar la mercancía en las Goletas "AURA RAQUEL" y "ANA ISOLINA"—que salen hoy para Maracaibo. Salió para el Puerto y allí encontró al General Fernández con la mercancía amontonada en la playa.

Vamos Capitán, a embarcar esta gente de una vez, para que abordo reposen sin peligro. A qué horas zarparán los barcos? A las 11 de la noche, Coronel, contestó el Capitán. Entonces todo queda a su cargo, desde luego. Sí, pero es mejor que no se vayan sino cuando toda la gente esté abordo, encerrada en las bodegas, bajo candado, por que son muchos y tiene uno que precaverse de una posible sublevación—objetó el Capitán. Vayen desenmancorando, pues, y embarcando simultaneamente—que ya le hemos hecho perder demasiado tiempo al amigo General Fernández.

Cuatro horas duraron las faenas de embarque a Cayuco, por falta de muelles.

Ya volveremos—le dijo Troncoso al Capitán—y dirigiéndose al General Fernández le agregó—vamos mi querido General—hasta la Tienda del Señor José del Carmen Villalobos, para despedirlo con unos palitos de "Brandy".

Desfiló la caballería hacia la Tienda y el Coronel Troncoso iba adelante, a pié rengueando. Haga el favor, Señor Villalobos—le dijo al de la Tienda—de poner de mi Cuenta una caja de "BRANDY" a la orden del General Fernández. Este le significó a su Secretario Julio Báez que se encargara de ordenar los servicios. Se Gescolcharon las botellas simultaneamente y se chocaron las copas en alegre camaradería. En Maracaibo no pondrán cebo para el tráfico de esa gente? balbuceó el Señor Villalobos. Ya éso lo tene-

mos arreglado; las autoridades de alfa saben que la gente se necesita para reconstruir las haciendas, que estaban al borde de la ruina y de la quiebra, yacian perdiéndose por falta de brazos—replicó Troncoso—Sólo sí, que hay que pagarle al Cónsul Colombiano por el pase de cada uno cien bolívares.

Cuando ya habían libado varias copas y exaltados los ánimos, el bachiller Julio Báez le dijo a Troncoso—de qué le vino esa renquera, Coronel? Eso me lo causó una bala de los Liberales en el memorable combate de "PALO NEGRO". Pero, dígame una cosa Coronel—recalcó Báez—qué originó esa sangrienta contienda de hermanos contra hermanos? Por la defensa de los principios de nuestro partido—respondió Troncoso. Pues bien—replicó Báez—quiero que Ud. me diga qué diferencia hay entre los principios de Ustedes y los que sustenta el partido Liberal? No son Uds. todos hijos de una misma República Democrática? No los inspira acaso idénticos ideales de superación hacia el mejoramiento de la vida Colombiana? Por qué luchan entonces? En dónde está la causa legítima para ofrendar sus vidas caprichosamente en los campos de batalla, abandonando su trabajo honrado, su hogar y su familia, por seguir ciegamente el Pendón enarbolado por una loca Demagogia? Sí, Señor Bachiller Báez—contestó Troncoso un poco melancólico y casi derrotado por la Lógica acabada del Secretario del General Fernández—efectivamente los principios son al parecer iguales en la teoría, pero muy distinto en la práctica. El Partido Liberal es amigo del desorden, la impunidad y su sistema de Gobierno es la Oligarquía; nosotros, los Conservadores preconizamos el principio de autoridad y con éllo el establecimiento del orden y gobernamos con todos los partidos.

La Historia lo desmiente—contestó Báez— las guerras civiles Colombianas han sido siempre promovidas por el fanatismo de los nombres—qué las supersticiones han enarbolado como bandera de combate. Cuando un hombre o un reducido grupo de hombres representativos se les ha antojado perseguir un propósito, cazar una particular conveniencia, con la sonoridad de su verbo sugestivo han seducido las masas inconscientes y conducido al sacrificio de la inmolación infructuosa de las revoluciones. Uds., Coronel Troncoso—perdóneme que tenga que decírselo en sus propias barbas—pero lo hago a título de amigo y en el vivo entusiasmo de la camaradería de los palitos, nunca han sido los apóstoles del pretendido ideal, ni fueron al combate como soldados de una causa justa, sino como lebreles de caza de intereses bastardos; Uds. consumaron el sacrificio de sus vidas, renunciando a lo que más amaban por defender los intereses y las ambiciones de una casta que se le

antojó perpetuarse en el poder, considerándolo como patrimonial exclusivo de su propiedad. Y no es que yo sea apasionado, Coronel, ni que sea amigo o admirador del Partido Liberal, no, lo digo por que es la purísima verdad; ámbos partidos han sido víctimas de una enfermedad fatal: La voracidad del mando. Mas de una centuria de pugnacidad cruel por el predominio del poder público demuestra tristemente la intransigencia de los dos partidos y los señala como idénticamente vaciados en un mismo molde ideológico. Por qué —qué consiguieron después del obstinado batallar de hermanos contra hermanos? Al través de una lucha encarnizada de tres años alcanzaron alguna conquista plausible? Serenado el Cielo de la Patria Colombiana, disipado el humo de los combates, arruinada la República, cabado el cimiento de la DEMOCRACIA, injuriado el noble ideal de Patria que soñaron los libertadores—qué les quedó—digo—a uno u otro Partido? Solo les advino un déspota a ocupar el Sillón del que antes azotaba sus espaldas con el látigo implacable de sus esbirros; un omnipotente autócrata cien veces peor que su antecesor; que pisoteando con cruel descaro la CONSTITUCION y las Leyes de la República erigió el Cadalso y condujo a él a plena luz meridiana en urbe Capitalina, sin fórmula de juicio, a los mismos ciudadanos que les sirvió de pedestal para alcanzar la omnipotencia de la fuerza bruta de que abusaba. Y llevando el cinismo hasta lo inconcebible, hizo lo peor aún, convirtió el Erario de la Nación en propiedad particular: Los cueros de res recogidos en todos los Municipios del País como contribución por el concepto de degüello, exportados para Inglaterra con la doble inicial del nombre del déspota "R. R.", fluían como "Rentas Reorganizadas", en tanto que su Agente de ultramar los recibía y vendía a título de propiedad particular de Rafael Reyes. Despierte—Coronel— que ya es anticuada la época nefasta del letargo de ignorancia de los Pueblos; incorpórese al movimiento constante del progreso que toca a nuestras puertas; levante airosa la vista hacia el horizonte y verá transparentarse en lontananza los colores risueños del porvenir cercano; nadie podrá detener la marcha vertiginosa de la civilización, pues que con élla pasa lo que a la ola incontenible del mar en invadir la arenosa playa. Desprecie con entereza al Idolo caduco y no vuelva a ser carne de cañón de esos Caciques—que en tanto que Uds. pagan con su sangre las copas rotas del festín macabro de PALO NEGRO—éllos liban en Bogotá en galantes **Restaurantes** el delicioso vino de la glorificación.

Bravo, mi Secretario inteligente—gritó el General Luis Fernández—pidiendo la servida para celebrar la derrota del Coronel

Troncoso—quién declarándose vencido por el verbo contundente del Bachiller Báez quedó mudo, perplejo. Después de sorber un trago que pidió para rehacerse, dijo en tono balbuciente: En verdad, nosotros fuimos unos niños incautos que nos dejamos conducir a los campos de la carnicería solo por la costumbre de nuestros antecesores; ya no volveremos a hacerlo.

Basta Bachiller—deje tranquilo al Coronel—dijo Luis—por que sea lo que fuese, con todo lo que habéis dicho, Colombia es un País libre, puesto que lo que estamos ejecutando aquí no habríamos podido hacerlo en el nuestro—por que allá la libertad está limitada por la Ley, mientras que aquí el hombre puede hacer y deshacer a su libre albedrío todo cuanto se le antoje, sin más limitación que la que le marque su fuerza.

Libemos gordo el palo de la despedida—dijo Luis—y montaron en seguida, camino a Wincua.

Cuando iban por el frente del Mojón Internacional de Juyachi, los caballos pararon las orejas y volvieron la vista para el lado del Norte—los CACHACOS—gritó uno de los jinetes—(Cachaco llaman al soldado o Policía de cualquier País)—todos se volvieron para el lado de donde salía el ruido y detuvieron las cabalgaduras. Vamos a internarnos para dentro de la línea de Venezuela—advirtió Luis—. Un momento General—contestó el Bachiller Báez—son los camiones contrabandistas, esperémoslos aquí, en la trilla. Al instante llegaron veinte vehículos cargados de distintas mercancías, procedentes de las Islas de Aruba y Curazao, refrenaron al pie de ellos. Qué hay muchachos, de dónde vienen?—les dijo el General—saludándolos cordialmente. Venimos de los Puertos de la alta Guajira—contestaron. Qué carga llevan y hasta dónde van? Traemos cigarrillos "LUCKY", Brandy, Whisky y algunos otros corotos, y seguimos para la Provincia de Padilla, Fundación, Barranquilla y Ocaña. Y cómo pasan con los retenes que hay en la vía? Ah! Todo éso es solventable, General Fernández, aquí le llevamos a esos hombres de las Alcabalas sus litros de Brandy, sus cartoncitos de cigarrillos y sus pesos en dineros para las cervezas—magnífico!—contestó el General. Véndanos algunos 38 y unas cajas de cápsulas—que seguramente deben llevar—les dijo. Sí, llevamos un poquito de esas frutas—cómo cuántas necesitan—contestó uno de los contrabandistas. Necesitamos veinticinco revólveres y dos mil tiros. Qué precios tienen unos y otros?

A quinientos bolívares los revólveres y cincuenta la caja de cápsulas. Mándalos a sacar entonces. El que hacía de director de los camioneros le dijo a los ayudantes que rompieran una caja y

sacaran los artículos solicitados, los cuales entregados al General y previamente examinados, fueron en seguida cancelados en oro Americano—con la suma de catorce mil quinientos bolívares.

Ahora si podemos comprarle a Talhlua los ochenta indios que cogieron prisioneros en el combate de Mastao—dijo Cachueroushi al General Fernández—para revenderlos a doble precio al Coronel Troncoso en su próximo arribo. El otro día no me los quiso vender por el dinero, pero por armas y municiones si los venderá enseguida que se le proponga.

Hasta la vuelta General—dijeron los camioneros marchándose por su vía y los jinetes se enrumbaron hacia Wincua.

CAPITULO IX

EL TRASBORDO

Al siguiente día del embarque en Castilletes, al través de las marinas brumas dibujábanse en el Horizonte las pálidas siluetas de las dos naves piráticas, zarandeando el tardo andar al vaiven constante de las azules ondas del profundo Golfo Marabino ¡Ironías del cruel destino! ¡Esas mismas ondas que cariciaron con su arrullo lisonjero la Marina heroica del glorioso Almirante José Prudencio Padilla en su empresa temeraria del abordaje sangriento —tornándose inversa la fortuna veleidosa— servían entonces de lóbrego escenario de un drama horripilante! ¡Si aquellos Patricios que tiñeron con su sangre generosa las aguas apacibles del gran Lago tuviesen el poder de incorporarse desde ultra-tumba y contemplaran de irraudada su obra magnánima y adulterado el grandioso ideal de liberación que los llevó al cruento sacrificio, como el Divino Nazareno, verterían lágrimas de sangre y horrorizados se desplomarían de nuevo al fondo del abismo sin fin de la eternidad!

Cuando los barcos fondearon en el puerto de Maracaibo, los dueños de la mercancía humana lo tenía todo preparado. La carga fue trasbordada al vapor fluvial "MARA". Al poco rato — a la hora del crepúsculo nocturnal— el vapor se deslizaba veloz sobre la tersa superficie de las aguas, rumbo a la desembocadura del Río Catatumbo — hacia la Zona agrícola de Encontrados.

Los indios yacían tumbados sobre la cuebierta del barco, sombríos, macilentos y borrachos del mareo. Algunos pasajeros civilizados que llevaban destino a las ciudades Andinas, abrumados por la atmósfera afixiante de la Urbe y hambrientos de aspirar el aire oxigenado del Mar se despojaban de la pesada indumentaria que le impone la vanidad de la civilización; en pecho de camisa abierta y en pantuflas, desembargados de la corbata opresora y libres de la tiranía de las botas, en el salón de la proa de la Nave daban rienda suelta a su voluptuosa sensualidad en amena charla juvenil. Coronel Troncoso? —preguntó un joven Agente de la Casa Comercial "BOULTON Y COMPAÑIA" — De qué modo adquieren Uds. esos pobres in-

dios- Muy fácil —contestó el Coronel— en la Guajira son permanentes las guerras entre las Castas; las pudientes exterminan las más débiles y los prisioneros los venden, y nosotros al comprárselos no hemos hecho otra cosa que humanizarles el cruel sistema, rescatándoles con el dinero los que de otra manera habrían de ser consumidos por las balas y el fuego; y cuándo no es así, las familias pobres venden los hijos por no verlos morir de hambre, puesto que éllas carecen del medio lícito de ganarse la vida. Y para qué existe entonces el Gobierno de Colombia? No está obligado por derecho y por humanidad a remediar la suerte de esos infelices que son tanto o más Colombianos que los mismos que asumen el poder? La pugna eterna de los dos partidos políticos disputándose el poder les quita todo tiempo y no le permite acordarse de la vida de estos pobres indios —objetó Troncoso. ¡Caramba! —Balbuceó otro de los viajeros— es más la bulla que la cabuya, se pulula tanto que Colombia es un País avanzado, que es el gran exponente de la Democracia, que Bogotá es la **ATENAS** de América; todo resulta al revéz, un Estado que olvida los problemas que están íntimamente vinculados al alma misma de la Nación por darle primasía a cosas personales revela síntomas alarmantes de decadencia; nuestra vecina madrastra está tan atrasada como nosotros —porque élla— debería por lo menos hacer lo que ejecuta el Gobierno de Venezuela, que se desvela por darle vida placentera a los indios que le pertenecen; desde Castilletes —a todo lo largo de la Frontera— les tiene pozos con Molinos de Vientos, Jagüeyes, Represas, Escuelas con Restaurantes, Cuerpo de Médicos, Sanidad, Veterinarios y todas las demás comodidades del vivir, inclusive seguridad de vida y hacienda. En verdad no puedo explicarme lo que está pasando —contestó el Coronel Troncoso— corrido por la dura réplica que se le hacía en su barba de Colombiano.

Cuando vuelven Uds. a comprar otro lotesito de esos semovientes humanos? —continuó preguntando el viajero impertinente. Volvemos en seguida —por que cuando salimos de Castilletes se nos informó que los indios de la Casta Woulhliu tenían pelea con los Jitnu y que estos últimos no resistirían a los primeros, y que —además— un tal Cacique Talhlua de la Casta Epieyú en un combate que libró con los Pushainas de Mastao tomó ochenta prisioneros, para cuya venta nos espera allá.

Ya estamos llegando al puerto de Encontrados —gritó el Contra-maestro— señalando la luz del Faro enfrente. Aliste

las amarras —advirtió el Capitán— y mucho cuidado con los indios no vaya a escaparse alguno.

A las seis de la mañana fueron trasbordados del Vapor a los Wagones del "GRAN ERROCARRIL DEL TACHIRA", en cuya plata-forma se apretujaban como una manada de carneros dentro de un Corral, pisándose los unos a los otros y profiriendo chillidos lastimeros —que herían la sensibilidad de los pasajeros del Wagon vecino —acomoden bien a esos infelices— gritó uno de ellos —condoliéndose de su miseria. Al tercer grito de la máquina locomotriz arrancó el tren y en el kilómetro 15 —ubicación de la hacienda "EL CHAO"— se detuvo para dejar allí los cien indios del negocio de Temístocles Falcón, y luego siguió hasta el 65 —hacienda de los Negrón— con los ochenta del Coronel Troncoso.

Cuántos crinudos haz conseguido? —le inquirió el Coronel Canelón a su colega Falcón, al saludarlo. El Coronel Troncoso me anduvo adelante con ochenta indios buenos, sólo me dejó estas mujeres y muchachos que aquí traigo, pero hay una nueva guerra de los Woulhliu con los Jitnu en la cual deben haber extinguido los últimos por más débiles y seguramente serán numerosos los prisioneros que nos tengan guardados, así como también nos informaron que en la Alta Guajira del Nordeste un afamado Cacique Talhlua tenía para la venta ochenta más— que tomó en un combate que tuvo con los indios Pushaina. Así que interesa que yo regrese a la Guajira lo más pronto para aprovechar unos buenos ejemplares de esa gente. Troncoso ya está convenido conmigo para partir por mitad lo que consiga. No será que ya te untaron la "CONTRA"? —refunfuñó el Coronel Canelón en son de chanza. Yo no creo en esas bobadas —contestó Falcón— lo que pasa es que —en la Guajira— el hombre anda como el caballo salvaje en el llano, sin jinete, dueño absoluto de sus antojos; haciendo y deshaciendo a su gusto lo que a bien tenga, sin que haya nada que pueda controlar su libre abedrió. Allí no se conoce el principio de autoridad, ni el Policía, ni el Soldado, ni el Cura, ni menos ese fantasma que se llama sociedad llega a perturbar el sueño en esa tierra libertina, en donde el hombre, rebozante de las alegrías del vivir no se preocupa por temer a la muerte— que lo asecha insomne por todas partes: Una bala, una flecha envenenada o un puñal puede en un instante cortarle el hilo de ese vidón, sin que él lo sienta siquiera. Pero —dígame Coronel— en dónde es que no se juega la vida como moneda de cuartillo? —Pues bien vale la pena de disfrutarla en los brazos de una hermosa Majayura.

Bueno Falcón —dentro de dos días te despacharemos para que goces de todos los deleites de esa Tierra bendita.

El Capataz de la Hacienda —Angel Fuenmayor— vino a interrumpir el coloquio de los dos amigos, informando que tres peones se habían fugado en la noche. Monta en seguida —le ordenó Canelón— y vete a propagar en toda la vecindad que se pagarán trescientos bolívares por el rescate de cada uno de esos Crinudos. El Capatáz cabalgó y se fue en seguida a difundir la noticia de la propina y de la fuga de los indios.

Al siguiente día, a las nueve de la mañana, seis hombres de machete en mano se presentaban con los fugitivos amarrados con gruesos mecates al rededor del cuello y atadas las manos. Toma esos bolsudos y sométalos al tormento —le impuso Canelón al Capatáz— y reciban Uds. —le dijo a los capturadores— poniéndoles en la mano novecientos bolívares por el rescate.

El Capatáz condujo a los prisioneros a un Tambo, les mando quitar los pantalones a los tres, ordenó que les metieran las dos piernas en los huecos de un Cepo montado en dos horcones a un metro de altura, bocabajo con las plantas de las manos en tierra, en cuya macabra posición empezó el verdugo a contarles latigazos en las nalgas desnudas, desde uno hasta veinticinco; al llegar a este número, un muchacho ayudante se apareció con una ponchera de agua de limón con salmuera y una brocha en la mano. Dales brochazos en las nalgas —le ordenó el verdugo. El muchacho ejecutó la inhumana operación, pasando la brocha varias veces sobre la sangrante nalga; la víctima se contorsionaba como una culebra herida, dando desesperados gritos de misericordia. Sácalo de ese Cepo y mételo en el del suelo —le ordenó el Capatáz a los verdugos— éstos obedeciendo la orden subieron simultáneamente el otro indio al Cepo del tormento para recibir el mismo castigo; después de los veinticinco latigazos y los brochazos lo bajaron para subir al tercero, quién después de castigado lo bajaron también para meterlo en el Cepo del suelo.

Ya están atormentados los fugitivos, mi Comonel —le dijo el Capataz a Canelón. Téngalos metidos por ocho días en el Cepo —contestó— repitiéndoles todos los días el mismo castigo, hasta completarles doscientos latigazos a cada uno, a dos de ellos, y al que hizo de jefe de la fuga lo llevan ahora mismo al Vijagal de la esquina del Potrero y lo despacha para a qué San Pedro. A los dos sobrevivientes lo racionan diariamente con un boyo de pan y un vaso de agua, de mañana.

medio-día y tarde.

El Capatáz llamó en seguida a dos hombres de su confianza, se dirigió al Cuarto de los Cepos, ordenó que sacaran al indio sentenciado y se le proveyera de un cavador y una pala, indicándole que los siguiera a ejecutar unos trabajos en el Potrero. Así marcharon al sitio indicado por el Coronel Canelón y cuando llegaron al pie del Vijagual se detuvo la infernal comitiva, Angel Fenmayor trazó con la punta del machete unas rayas en el suelo, ordenándole al indio que hiciera un hueco de esas dimensiones. La víctima empezó el trabajo y cuando el hueco tenía metro y medio de profundidad, en el instante de agacharse para sacar la arena con la pala, le acestó un formidable machetazo destronconándole la cabeza y cayendo ambas piezas divididas en el fondo del hueco. Colmen de arena la excavación —le dijo a los compañeros, de los cuales, a uno que era de alma sensible se le salieron unas gotas de lágrimas— como que también tenéis ganas de viajar con ese bolsa? —le replicó regañón el empedernido Capataz— aquél sacó un pañuelo del bolsillo, se limpió las lágrimas y balbuceó retirándose a un lado: “Este es un oficio demasiado duro, al encontrar la oportunidad me libentaré de este martirio”.

Después de llenar la sepultura con el montón de arena excavada los endurecidos oficiantes regresaron a la Casa. Ya está cumplida la orden, mi Coronel —dijo el Capatáz— cuadrándose ceremoniosamente ante Canelón. Muy bien —queda el escarmiento para cuantos se les antoje fugarse.

Provea a los indios que no tengan mujeres con las que acaban de llegar de la Guajira —dijo el Administrador— dirigiéndose al Capatáz Fuenmayor —porque interesa que éllas produzcan a la Hacienda.

Coronel —informó un Sierviente— acaba de llegar por el Tren un caballero con su Señora y algunos otros compañeros. Que pasen adelante. ¡Ah! Señora Dorila, Señor Montero —dijo Canelón— dirigiéndose afablemente a los visitantes— qué viento los trae por aquí? De dónde vienen? De Mérida, Coronel —le contestaron— dándoles el apretón de manos. Y qué los trae por estas lejanías? Ha llegado a nuestros oídos la sensacional noticia de la cría de indios que dicen que Ud. tiene aquí muy próspera y nosotros estamos urgidos de unos vichitos de esos. Por cuánto tendría la amabilidad de vendernos un paresito? No es tanto como le han ponderado a Uds. —si es verdad que tengo aquí una pequeña cría y tratándose de la vieja amistad que nos une, ya podría cederles el paresito que necesitan, pero

eso sí un poquito caro, por cuatro mil bolívars 4.000. Coronel —eso es muy caro— Veinte años de servicio de un hombre y una mujer les parece caro? ¿Y cuántos años tienen? El varón tiene nueve y la mujercita siete. Esa es la edad precisa que nos conviene. Mi buen Coronel háganos una rebajita, dejándonos ese par de vichitos por tres mil bolívars. Está muy bien Señor Montero —yo no voy a discutirles a Uds. una miseria —confirmó Canelón, haciendo llamar y formar en línea sesenta niños de ambos sexos, desde tres hasta de catorce años, de entre los cuales se extrajeron los dos contratados. El Señor Montero, previo examen sanitario de la mercancía, entregó la suma convenida y se llevó las dos infelices criaturas para Mérida.

Cuando los visitantes acababan de subir al Tren, apareció un Señor montado en mula. Cómo está el Señor Urdaneta? —saludó Canelón— apretándole la mano al nuevo huésped. Muy bien— le contestó. En qué puedo servirle? replicó Canelón. Coronel, dijo el recién llegado —he sabido que le han venido de la Guajira unos indios y encontrándome urgido de uno o dos, me he atrevido venir hasta aquí, para implorarle me los venda. Estos indios salen muy caros —por que hay que irlos a comprar más allá de la Frontera, en Territorio Colombiano, pagándoseles el pase a las autoridades y luego volverle a pagar al Cónsul de Maracaibo, además de los transportes marítimos, fluviales y terrestres. Coronel —estoy perdiendo la leche de mis ganados por falta de peones; cédame los dos indios a cualquier precio. Fuenmayor —gritó Canelón— llamando al Capatáz de la Hacienda — tráigase a Ricardo, aquel indio que Ud. me dijo que no pintaba, por que la esterilidad no es inconveniente para Urdaneta, puesto que a él no le interesa que el padrote engendre o no; a él únicamente le bastan los brazos, y también le busca otro de los más haraganes que haya. El Capatáz salió en seguida a obedecer la orden y al poco rato se presentó con los dos indios. Ahí los tiene Urdaneta —dijo Canelón— dos mozos jóvenes y robustos, por la suma de ocho mil Bs. 8.000. —Muy buenos— asentó el comprador satisfecho de la calidad de las hermosas bestias humanas que acababa de adquirir rogadas. En seguida extrajo de uno de los bolsillos del pantalón un paquete de billetes, contó y entregó la suma pedida y luego hizo seguir a pie —por delante los indios, hasta su Posesión que quedaba no muy lejos de “EL CHAO”.

Ya le distes la consigna a los indios nuevos? —inquirió Canelón— dirigiéndose a Fuenmayor. La consigna era que —a

cada indio se le destinaban dos hectáreas de terreno para cultivarlas en maíz, plátanos, yuca y frijoles para alimentarse con el producto y vender el excedente de los frutos al mismo hacendado, al precio caprichoso que él quisiese comprarle, a fin de revenderlos a precios más altos. También se le daba al indio un cordel y unos anzuelos para pescar los domingos en las horas de la mañana, salar los pescados y con ellos proveerse para toda la semana; del medio día para abajo se les destinaba al laboreo de la parcela donada. Con el raro sistema, el hacendado quedaba exonerado del gasto de alimentación del peón.

CAPITULO X

MATRIMONIO DE JIMAA Y CON JIWOLHLUA

Cuando Talhlua regresó a su hogar—después del combate de Mastao—le dijo a Rubén: “Forma aquí los prisioneros Pushaina—para ver qué hacemos con ellos”. El heredero del Cacique se encaminó en seguida hacia el TAMBO en donde yacían atadas de los postes las mancornas de las ochenta víctimas de la fatal tragedia, las hizo soltar de las estacas y conducidas a la presencia de su tío, formáronse en línea de mayor a menor, dejando apartes las del sexo femenino—aquí están—dijo dirigiéndose al Cacique—Dale a mi hijo Jónner cuatro varones y cuatro hembras—replicó éste—para que tome él—para su servidumbre la mitad y la otra mitad la done a sus padres y tú repartes doce entre todos tus hermanos, y los sesenta restantes los lleva hoy mismo al General Luis Fernández a intercambiarlos por armas de fuego y cápsulas, por que ya tú sabes que entre nosotros es infamante emplear el dinero de esa procedencia en otros menesteres que no sean elementos bélicos. Y en cuanto a los muertos que pertenecen a las castas amigas que fueron al combate, distribuya entre sus deudos o representantes la mitad de los ganados —tomados a la familia extinguida— como justa indemnización.

Rubén armó en seguida una caballería de cincuenta hombres y cincuenta arqueros esclavos y camino a Wincua se arrearón por delante los sesenta prisioneros para la venta. El General Fernández los recibió con amable cortesía, satisfecho de que la buena suerte le llevaba a sus puertas una ganancia que no bajaría de trescientas “MOROCOTAS”, cuando él menos lo pensaba.

Aquí le traigo por mandato de mi tío Talhlua—y por exigencia tuya—un lote de sesenta hombres, mujeres y niños—para que a tu buen criterio los justiprecies y le envíes conmigo representando su valor en armas de fuego y cápsulas—le significó Rubén—presentando la mercancía. Muy bonita cuadrilla—contestó Fernández—disimulando su alegría interior, con la presentación de un litro de Brandy que puso en manos del distinguido huésped. Ya te despacharemos a tu gusto por la mañana con las mercancías que desea el amigo Talhlua, por ahora necesitan descanso y alimento,

ahí tienes un novillo para que lo mandes beneficiar para la cena y una garrafa de ron para tus compañeros.

Cenaron y bebieron con fruición avara y durmieron a pierna suelta al abrigo de una hermosa enramada. El General Fernández se les presentó muy de mañana a saludarlos.

Ven Rubén —dijo— a recibir lo que le mando a tu tío—que creo quedará satisfecho con éllo. Lo condujo al Cuarto de las armas, acompañado de su Secretario Bachiller Báez. Le entregó veinte rifles "Maussers", veinte "Carabinas", veinte revólveres "Smith y Weesom", calibre 38, con una detación de cincuenta tiros por cada arma. Llévale también el trago a mi buen amigo —dijo— entregando una caja de "Whisky"—y que siempre me prefiera en la venta de esa mercancía—que yo le pago mejor que ninguno.

Marcharon los de la comisión y Fernández se dirigió a Castilletes con la Cuadrilla de prisioneros para venderlos al Coronel Troncoso, a quién se los tenía ya anunciados de antemano.

El luto material—que no es otra cosa que la exteriorización del dolor interno—quedó desvanecido con la venganza colmada a gusto de la familia agraviada; muerto el ofensor se olvidó la ofensa, la paz y la alegría volvieron de nuevo a sonreír en los hogares.

Sólo el gusanillo inquietante del amor turbaban la paz y el sueño de Jimaáy. Desde el primer instante en que tuvo la dicha de contemplar la hermosura de Jiwohlua sintió el dolor punzante en su corazón; en la tarde aquella del baile fué víctima de la incurable herida que había de sustraerle su tranquilidad y su reposo; cuando élla se le presentó con la galanura exuberante y la magia arrobadora de sus encantos virginales, experimentó una radical transformación en su naturaleza interna: Juguete frágil de la pasión terrible—como la débil encina a la violencia del huracán—le era imposible resistir al cruel tormento de aquel amor.

Jiwohlua, a su vez, era presa también del mismo mal; al cruzarse las miradas emocionantes representaron dos nubes cargadas de electricidad contraria—que al chocar—produjeron el rayo fulminante que destrozó el corazón de ámbos. Los dos corazones latieron desde entonces impulsados por una misma fibra con igual intensidad.

El amor es el gran drama de la creación; la síntesis del ideal humano y el máximo anhelo del hombre es el amor a la mujer, en cuya ara santa ofrenda lo que más estima, los bienes, el reposo y aun la vida; tal fué la ciega impulsión que llevó a Jimaáy al sacrificio del combate.

Pocos días después del drama sangriento, Jimaáy se presentó a las puertas del hogar de Talhlua. Jiwolhlua rebozante de voluptuosidad le salió al encuentro prodigándole una acariciadora sonrisa y arrojándose tiernamente en sus febriles brazos. Qué te habías hecho, qué tanto te hacías esperar? —le dijo—. Por ahí estaba—le contestó él—tenía importunarlos en sus luctuosos días. Por el contrario—le replicó ella—tú presencia aquí nos es de gran satisfacción. Llamó en seguida a una de sus esclavas favoritas ordenándole que colgara debajo de la enramada una de las mejores hamacas para repesar el noble huésped y le brindara una fresca chicha. Ahí tienes —le dijo—para que descanses al aire libre.

Al poco rato Talhlua y los demás familiares vinieron a dar la bienvenida al distinguido visitante; después de una larga conversación se despidieron y sola quedó Jiwolhlua con él. He venido —le dijo— con el propósito de inquirir tu consentimiento para casarme contigo; ya debes haber comprendido que he estado locamente enamorado y la mejor prueba de ello lo demostré cuando fui al combate acompañando a tu tío y tu padre y tus hermanos; fui voluntario a ofrendar mi vida en aras de ese amor, y por lo tanto lo he ganado buenamente y me pertenece. Muy bien, valiente Jimaáy, aun cuando no hubieras ido a ese sacrificio yo te amaría siempre, pero con tu generoso proceder haz adquirido en verdad doble derecho a mi amor. Yo se lo comunicaré ahora mismo a mis mayores—que creo se sentirán complacidos con esa noticia. Salió en seguida a desempeñar la amorosa comisión, comunicándoles a los padres los propósitos del digno visitante.

Talhlua mandó llamar a su cuñado Santanawa y su hermana Moulhluwanat y los hermanos de Jiwolhlua, ante quiénes congregados todos esa misma tarde, manifestó lo siguiente: “Los he invitado para comunicarles que el joven Jimaáy Ipuana, heredero de uno de los más ricos Cacicázgos de la casta Ipuana de Siapana, solicita en matrimonio la mano de vuestra hija Jiwolhlua, quien personalmente se ha permitido comunicármelo, recalcando que ana con delirio al joven pretendiente. Quiero saber si todos Uds. estarían contentos con ese matrimonio o tienen algo que objetarle; yo, en lo que me concierne, no tengo nada que tacharle al pretendiente: Es un hombre bien nacido, de comprobada honestidad, un cumplido caballero y un leal amigo de nosotros, cuya sinceridad acaba de probarlo exponiendo su vida en un trance terrible, por lo tanto merecedor cien veces de la mano de mi sobrina.

Yo tampoco tengo motivo alguno—confirmó Santanawa— para desviar los deseos de ese bondadoso amigo nuestro, los votos de

mi mujer se únen a los míos para que nuestra hija encuentre en él a un tierno marido y amante padre de sus hijos.

Todos nosotros estamos también muy complacidos—confirmaron a una voz los hermanos de Jiwohlhua—de que Jimaáy ingrese en nuestra familia.

Jimaáy hijo —le dijo—Talhlua—acercándose a la enramada en donde reposaba el pretendiente—ya me informó mi sobrina Jiwohlhua de tus deseos de matrimonio y estamos toda la familia de perfecto acuerdo para que se cumplan tus anhelos cuando a bien lo tengas, puedes ir a informarlo a tus mayores y allá concertarás con ellos el día de las bodas. Aquí están las prendas para garantía del pacto—contestó Jimaáy—poniendo en las manos del Cacique dos hermosos collares de TUUMA—dentro de tres días estaremos aquí con los ganados.

El galán montó en seguida dando rienda suelta a su Corcél fogoso a todo viento por la Pampa abierta, rumbo a sus dominios de la ranchería de Siapana. Informó a sus padres del contrato celebrado con Talhlua y luego ordenaron recoger los rebaños y traerlos a los Corrales para de ellos entresacar los mejores ejemplares y satisfacer el compromiso conyugal.

Sesenta novillos, cuarenta caballos de las mejores tallas y diez preciosas mulas fueron los dones con que Jimaáy se presentó—en la ranchería de Irotsima para dar cumplimiento al pacto contraído con Talhlua. Con su Comitiva de cincuenta jinetes fueron instalados en la amplia enramada, se les colgaron lujosos chinchorros, se les regalaron dos novillos para la cena y varias garrafas de ron, seis esclavas fueron puestas a su servicio e instaurado un baile para celebrar las bodas.

Los novillos y los caballos fueron recibidos por Talhlua y Santanawa sin objeción alguna, y luego repartidos entre la numerosa parentela paterna y materna de Jiwohlhua. A los padres casi nunca les queda nada de esas dádivas; solo se toman la molestia de darles una equitativa distribución.

Los civilizados han tenido hasta hoy un concepto equivocado de esos dones. Se han imaginado, de buenas a primeras, que es una venta real y enajenación perpetua que los padres hacen de la hija, como mercancía común. Si así fuera—el marido tendría el derecho de vender su mujer a un tercero—, y pasa lo contrario—un hombre que se atreva a vender su mujer es condenado a muerte por la ley Guajira. El padre, el tío o el hermano está autorizado a darle muerte impunemente al violador en defensa de su honor. Esa erogación económica con que el cónyuge consagra el matrimonio no es propiamente un pago; es una especie de caución o

fianza para garantizar la estabilidad del matrimonio, sin la cual el lazo conyugal no sería más que un hilo frágil expuesto a romperse al menor soplo de viento. En el momento en que al hombre o la mujer se le antojase decir: "Còja tu camino y véte"—quedaría disuelto el vínculo instantáneamente sin derecho a reclamo y la sociedad rodaría al abismo de la inmoralidad. Esa prenda económica es un refreno para sujetar las incontinencias del hombre en su voluptuosa sensualidad y un seguro soporte de la fragilidad de la mujer.

Cuando la mujer Guajira viola el santuario del hogar con el adulterio, el hombre tiene el derecho de repudiarla y entregarla a sus padres, y éstos obligados a devolver al marido damnificado el depósito completo e indemnizar con un tanto más su honor herido. Las personas a quienes se les repartió el pago se obligan a su vez, cada cuál a pagar lo que tomó. Ley dura y terrible, pero moralizadora, sin que tampoco sea capaz de privar a los cónyuges de su autonomía individual. Tanto la mujer como el hombre—puede en cualquier período de la unión conyugal pedir el divorcio mediante la exposición de motivos justos y comprobados, entonces, solo se le devuelve al marido divorciado la mitad del pago o depósito. Y cuando la mujer Guajira enviuda, no puede casarse en segundas nupcias sino cumplidos los cuatro años de muerto su marido, con el sobrino por la línea materna del difunto, siempre y cuando que tengan hijos, pero si no tienen, está autorizada a unirse con el que ella quiera, pagando si a los herederos de su finado marido una pequeña indemnización, que nunca podrá pasar de la décima parte del depósito, y devolviéndosele éste completo. Así queda demostrado que lo que a primera vista aparentaba ser un pago, resulta apenas un depósito, reembolsable por el cónyuge al casarse la primera hija o en el agravante caso del adulterio y aun después de muerto, en las segundas nupcias de la viuda.

Contemplado el caso por el aspecto meramente material, la mujer Guajira, sin ese depósito, indefensa, no sería más que un juguete miserable de todas las contingencias, fácil presa del aventurero anónimo, fruta jugosa al alcance de todas las manos y de cierto placentero del atrevido Tenorio que más presto anduviese en seducirla. Sin tal requisito indispensable no habría hogar, ni el establecimiento de la familia sería posible; apenas se viviría en un estado degradante, peor que el del salvaje de siglos ya caducos. Ese depósito es la consagración del matrimonio, ha sido su amparo y su seguridad y será siempre su mejor garantía mientras la sociedad Guajira no pueda hacer su transición definitiva a un nivel más alto de superación en la vida civilizada, dentro del ambiente

colombiano. Mas que el individuo es el medio riguroso quien impone esa Ley, al parecer grave y severa para el civilizado, benigna y protectora para el indio.

El hogar y la familia civilizadas se creen seguros bajo el amparo de la Religión y la salvaguardia del Estado Civil, aun cuando en la rigurosa realidad no lo fuese así, ellos son optimistas en creerlo, por estar connaturalizados con aquel ambiente. Otro tanto le pasa al indio, considerándose dichoso bajo el imperio de sus Leyes, no por que sean buenas o malas, sino por que son las suyas.

Tales eran las condiciones sociales, bajo las cuales celebraba Jimaáy sus bodas con Jiwolhluo. Alcanzada la meta de sus aspiraciones, aquella noche se hallaba satisfecho, rebozante de felicidad en los brazos de la máxima belleza femenina, mientras sus compañeros, en alegre orgía, cantaban y bailaban bajo la sorda monotonía de la Caja.

CAPITULO XI

UN RAPTO

Wotconot, una Señorita de la Casta Jitnu, de la Sierra de Macuria se le antojó un día darse un paseo a la ciudad de Maracaibo. Hospedada en la Casa de una parienta suya en "Tierra Negra", ubicación de una ranchería indígena en los aleros de la populosa Urbe, se le arrimó allí un galán a proporcionarle matrimonio. Interpretadas por la parienta las sugerencias del seductor respondió que élla no estaba dispuesta a ser presa de ningún advenedizo —que bien podía irse con su música a otra parte. Un tanto herido el pretendiente por la dura réplica, en su maligno afán de desquitarse, llamó aparte a un lado la parienta, poniéndole en la mano un billete de cincuenta bolívares —le dijo: "Llévame por la mañana esa mañosa al Restaurant de la esquina del Mercado para hacerle ver que no es élla quien manda aquí sino nosotros. Tomó el billete y le respondió que a las ocho de la mañana estaría con élla en el sitio indicado.

Prima —le dijo a la huésped levantándose muy de mañana —vamos al Mercado a proveernos de algunos víveres para el almuerzo. Apúrate que ya sale el Autobús. Se vistieron y peinaron el cabello y se embarcaron. Se tardaron ¿dijo el hombre saliendo a la puerta del Establecimiento a recibir las con un par de vasos de Pepsi-Cola. ¡Ah qué bondadoso! —exclamó taimadamente la traidora prima. Ingirieron con deleite la gaseosa bebida y se sentaron. A los tres minutos, Wotconot se quedó profundamente dormida en el taburete, el hombre se precipitó sobre élla, la levantó en los brazos y la condujo a una alcoba reservada, en donde ya la esperaba una cama, despojándola de su vestidura, tendida bocarriba desnuda como una estatua Griega, con la fruición avara de la hambrienta fiera, dando rienda suelta a su voracidad lujuriente se arrojó sobre la presa, devorándole hasta hartarse.

Unas horas después, la infeliz Guajira, desvanecida la maligna acción del narcótico, vuelta del pesado sueño, con dolorosa pesadumbre reconoció qué de la fruta capítosa, expri-

mido el jugo, sólo quedaba el cascarón. No imaginé jamás — exclamó con las lágrimas derramadas— qué en esta maldita tierra hubiera tanta corrupción. Toma hija —le replicó el galán— poniéndole en la mano un billete de cien bolívares— perdónalo todo y sólo tenga en cuenta que esa es la vida de la Ciudad.

Wotconot volvió a su tierra, pero al través de un par de meses sintió que en su vientre se movía un ser viviente. Más tarde le nació el fruto del paseo: Un hermoso niño de finas facciones, blanco como los Médanos de la Costa Guajira y los ojos azules como el agua del gran Lago Marabino, le sonreía y procuraba el néctar de su amoroso seno. Lo crió con cariño y con esmero, y cuando cumplió los siete años viajó con él a Maracaibo. Solicitó por el progenitor, lo buscó hasta conseguirlo —luego le dijo: “Aquí te traigo al hijo que sin mi consentimiento tuviste el crimen de engendrar en mi vientre; tu obligación es levantarlo y hacerlo un hombre, vístalo con tu indumentaria y hazte cargo de su educación.

El padre lo tomó voluntario recordando que pocos días antes había oído decir a una Señora vecina que estaba interesada en la consecución de un chinito para el servicio doméstico. Conducido a la Casa de la buena Señora, le dijo: Aquí le conseguí lo que tanto deseaba, me costó mil bolívares, sírvase reembolsarme ese dinero y hágase cargo del muchacho— que lo menos que le servirá serán veinte años. La señora quedó altamente agradecida del imprevisto hallazgo y entregó satisfecha el dinero, se hizo cargo del niño, lo crió con benévolo y maternal cariño hasta hacerlo un hombre hábil en todos los menesteres. El padre le regaló el nombre a cambio de la suma recibida por su importe, se llamaba Antonio Echeto.

Al frente de la Casa de la Señora había una Escuela nocturna, en élla recibía el niño dos horas de clase, de siete a nueve, todos los días después de satisfechos los servicios domésticos. Muy pronto aprendió a leer, escribir y contar, pero cuando llegó a los dieciocho años se acordó de la madre y de la tierra natal, se acercó a la Señora diciéndole hasta hoy la acompañó, desapareció y se fué.

En los días del baile y las carreras de Irotsima dió su aparición en la Guajira, concurrió a la fiesta y fue allí donde nació su tierno idilio con la encantadora Catalina Woulhiu, sobrina heredera del renombrado Cacique Petnat, aquél que fué el Jurado principal en el proceso de Joúmuna. El muchacho era buen-mozo, inteligente, culto y recatado. Catalina,

con tres años más que él, más conocedora del mundo le sonrió primero, le descubrió las encantadoras formas de su belleza física, le clavó en el fondo de su alma pura la incandescente zaeta de sus pupilas, removió su inocente sensibilidad, como un poderoso imán lo atrajo hacia sí; él no pudo resistir a la tentación carnal, casto y puro se entregó vencido; élla sensual, libidinosa devoró su corazón; desde entonces él no tuvo más mundo que élla sola. Su amor no fue el producto de una conquista o seducción taimada, fue el justo homenaje rendido al mérito del civilizado por la Beldad indígena. Catalina fue una mujer enamorada y no seducida.

Cómo hacemos? —le dijo él un día— Aquí la Ley es rigurosa, sin poseer cincuenta novillos, cincuenta caballos y mulas, collares de Tuúma, &, no podemos casarnos, y aún cuando tuviera todos esos menesteres tu elevado rango sería siempre un obstáculo, y si resolviésemos irnos para Maracaibo renunciando a volver a ser indios, para casarnos allá por las Leyes Civiles de aquel País, entonces tu familia cobraría caro a la mía el inaudito atentado. Mi indefensa Casta sería totalmente extinguida por la poderosa tuya, como hace poco hizo la Casta Jayalhiu del General Luis Fernández con la Uhwana y como sucedió con el Cacique Talhlua y los Puhainas. Catalina bajó la frente pálida y sombría, llena de infinita congoja no pudo pronunciar palabra alguna, las lágrimas resbalaron a torrentes por la tersura de sus mejillas. Lo que Echeto le decía era la verdad desnuda, severa sangrante. El, enternecido también lloró con élla su desgracia, la estrechó entre sus brazos, la abrumó de caricias y de besos. Luego reaccionando un poco, élla balbuceó, limpiándose las lágrimas con el pañuelo: “Qué camino nos queda entonces”? El suicidio de los dos será nuestro único camino de salvación? —exclamó él con palabras entre-cortadas, presa aún de la emoción terrible. Busquemos en el mundo de la eternidad la dicha que aquí se nos niega —que allá— ricos y pobres todos seremos iguales.

De nada serviría el sacrificio —objetó Catalina un tanto repuesta de la atribulación— por que entonces mi familia cobraría doble mi honor y mi muerte. Tengamos calma, repóstate un poco, que todo tiene remedio en la vida. Mejor hagamos una carta para mis mayores, tu escribes y yo redacto. Hagámosla en seguida —confirmó Echeto arrebatándole las palabras lleno de ansiedad terrible. Tienes papel y lápiz? Aquí tengo en el bolsillo. Diga a mi tío Petnat: “Que yo, Catalina

su heredera, no ha podido resistir a los impulsos del amor, que poniendo a Dios por testigo me voy casada contigo para Maracaibo; qué renuncio a mi patrimonio económico a favor de mis padres, para que de él sustraigan lo que baste a llenar la fórmula de mi matrimonio, es decir, satisfacer la cuantía del pago o depósito legal; y que pido mil perdones a mi tío, a mis padres y hermanos y que reconozcan todos que yo soy mujer hecha para el hombre”.

Terminada la carta la puso en manos de una sirvienta de confianza, diciéndole: “Entrega esto en propias manos de mi tío Petnat”. Montaron en seguida en un autobús de pasajeros, rumbo a Maracaibo.

La noticia del rapto circuló por todas partes, se comentó en todos los hogares como un suceso extraordinario. Petnat congregó a toda la familia para deliberar sobre el penoso caso. Ante todos hizo leer el contenido de la Carta y luego exclamó abrumado por la terrible emoción: “Está bien que Catalina autorice que de su patrimonio se sufrague el depósito de su matrimonio, y la deshonra, cómo se atenúa? El hombre con quien se ha ido es el producto impuro de las aventuras de su madre, no se le conoce padre, ni bienes de fortuna. Cómo queda la reputación de mi Casta ante los demás? Ha de quedar mi familia a la intemperie, expuesta al antojo del que impunemente quiera repetir el mismo caso? Nó, imposible. El precedente no puede quedar impune, vejamen tan inaudito sólo debe lavarse con sangre.

Arme la gente y vamos a reclamar la injuria a la familia del raptor —exclamó colérico dirigiéndose a García, su primo hermano y segundo en la Jefatura de la Tribu. La misma tarde se armó una caballería de cien hombres —que acompañada de doscientos infantes arqueros marcharon al rayar el Alba hacia la Ranchería de Mekijanau, en donde se hallaba la familia de Echeto, quiénes informado de antemano del próximo asalto pudieron internarse a los bosques abandonando el poblado.

Los invasores encontraron la ranchería desierta, buscaron por todas partes y no encontraron alma viviente, retornaron a los ranchos, saquearon prendas y muebles y cuando ya arreaban por delante los pocos rebaños de ovejas que habían, después de incendiar la ranchería, Unuki, tío de la madre de Echeto, ante el incendio de su hogar y el despojo de sus propiedades no pudo resistir la cólera, esgrimió la carabina, a pecho descubierto desafió la caballería, dirigió certero la pun-

tería al pecho del cacique Petnat. Este cayó inánime al suelo atravesado el corazón. Una rápida descarga de la caballería dió por tierra con el homicida y cuatro hijos y sobrinos que lo acompañaron a morir. A la caída de éstos los otros familiares salieron del monte, eran apenas quince valientes que estoicamente desafiaban el furor de la numerosa hueste del cacique muerto. Alcanzaron a herir y matar algunas unidades antes de ser **barridos por las descargas** simultáneas de las balas y las venenosas flechas. Se apearon los jinetes, se unieron a los arqueros y en una sola columna compacta se metieron a los bosques a cazar los sobrevivientes Jitnus, encontraron y dieron alevosa muerte a unos pocos, aprisionaron cuarenta mujeres y niños y cinco hombres. A estos los pusieron de blanco al tiro amarrados al tronco de un árbol, para que en ellos se entrenaran los menos tiradores, dejando allí atados los cadáveres para pasto de las aves de rapiña; violaron las impúberes y en las demás infelices dieron rienda suelta al hartazgo de su lujuria, llevándoselas después amarradas en las colas de sus caballos.

García, rencoroso por la muerte de su cacique primoy no contento aún con las deprecaciones consumadas, hizo montar nuevamente trescientos jinetes —que dispersos por los cuatro vientos de la Península dieran caza al resto de Jitnu sobrevivientes. Requisiaron por los sitios más recóndidos; llegando a las fronteras de Castilletes pudieron dar alcance a unos cuantos, los acosaron a bestia en plena sabana, cual cuadrúpedos de caza; a tiros de carabina, palos y flechas fueron muertos unos y aprisionados veinticinco mujeres y niños. Los más afortunados lograron llegar al pueblo de Castilletes, en donde el primer aventurero que los tuvo al alcance de sus manos los aprovechó para venderlos al traficante como mercancía averiada, pues nada le había costado. ¡Crueldades del caprichoso Destino! Lo que ellos en situación normal hubieran reprobado como un crimen lo bendecían entonces como bienhechora salvación; la ignominia de la esclavitud los libraba de la cuchilla del verdugo!

Wotconot logró escapar a la requisita, subió a la sierra y reconociendo que élla era la responsable del desastre de su familia, se ató una cuerda al cuello guiándose de un árbol. Su cadáver fue hermoso pasto de las carnívoras aves, y su Casta quedó totalmente extinguida.

Cuando la pobre Catalina fue informada de la tragedia macabra no pudo resistir al dolor, se guindó del tirante de

la Casa y murió ahorcada en Maracaibo. Echeto que trabajaba en un taller de mecánica, llegó a la hora de almuerzo, al contemplar el horroroso espectáculo prorrumpió en llanto quejumbroso que alborotó a todo el vecindario. Descolgó el hermoso cuerpo de su adorada, lo tendió sobre la cama, le estampó el último beso en la frente helada y se dirigió hacia una botica que había al frente, pidió una droga, retornó a la Casa, preparó un vaso, se tomó la dilución y se acostó y durmió para siempre al lado de Catalina. Su alma se remontó a la infinita inmensidad del mundo del Espíritu, a unirse allá en connubio eterno con el de su infortunada amada.

CAPITULO XII

EL VERANO

Los veranos del norte de la Península Guajira hacen recordar la leyenda Bíblica del sueño de los FARAONES y la interpretación de José, de las siete vacas gordas y las siete flacas, tal parece que al través del milenio de los siglos la fatalidad importuna y ciega, pero infalible, se ensañara en abatir esta infortunada tierra, reflejando en ella aquella época fatal. Siete años de llover sin escampar y siete de horroroso verano han venido caprichosamente alternando la vida inhóspita de la Pampa.

Ya pasaron los años de abundancia y ahora vienen los de escasez: Los graneros están vacíos; agotados por completo los pastos de la sabana; flacos, macilentos los ganados, yacen tumbados en hacinamiento lastimoso alrededor de los Jagüeyes reseco y en el contorno de las Casimbas que ya no manan dan vueltas día y noche, hasta caerse desplomados de sed y cruel inanición. El infeliz indígena, bañada la frente en sudor copioso, calcinada la bronceada espalda por los quemantes rayos del sol canicular y destilando lágrimas los ojos cava y cava sin cesar, un hueco aquí, otro allá y otro acullá y ninguno corresponde a sus heroicos esfuerzos. Las fuentes subterráneas de infiltración que almacenaba el subsuelo de la restostada Pampa se agotaron. Desesperado se dispone a cortar y rajar pencas de cardón (Cactus) y con la pulpa mitiga un tanto la sed y el hambre del ganado vacuno, cabrío y lanar, pero el caballar y el asnal se resisten a ingerirlo; despreciados éstos por el estado de flacura, única moneda con que cuenta para la provisión de víveres y vistuario, se declara en mortal insolvencia. Las familias más pobres, uno por uno van vendiendo al traficante los esqueléticos hijos, hasta agotarlos, no por que deje de amarlos, sino por evitarles una angustiosa muerte, en tanto que ótras emigran para el País vecino dejando desiertos los hogares, mientras las demás madres hambrientas, impotentes yá para prodigar al tierno hijo el néctar vital del pezón empobrecido, también se dedican a cortar cardón y comérselos asado en el afán de prolongar unos días más el martirio de su vida; ótras con los harapos requindados arriba de la rodilla, lánguidas, reseco, que más pare-

cían espectros de otros mundos que seres humanos, se arriman a las puertas del **ORFANATO** de Nazaret a implorar un rasgo de conmiseración; no quieren pan, ni ropa, sino únicamente que se les admitan los raquíticos niños en el Internado antes que ponerlos en subasta pública. Los Reverendos Misioneros le dicen que no hay dineros con que mantenerlos, que la mísera suma destinada por el Gobierno para el Instituto apenas alcanza para los niños que ya están internados.

No hay remedio! El veredicto fatal del infortunio para la desamparada Raza es inexorable! Todo ha de sucumbir bajo el peso del **dolor!**

Los Reverendos Misioneros informan al alto Gobierno del estado agónico en que yacían los indios y piden dinero para admitir los chinitos desamparados y se le responde que el Erario está vacío, que no es posible ninguna erogación. Ciertamente que esa era la realidad Nacional del período fatal; no primaba un sentimiento de egoísmo en contra de la Guajira por el partido de Gobierno, ni los grandes hombres que lo representaban eran insensibles al dolor de sus compatriotas, bien pudieron ellos haber sido Liberales o Conservadores, para el caso no había distingo de colores. Otras eran las causas que embargaban el ánimo del Gobierno, la lucha sin tregua de los partidos se había recrudecido en ese año, de 1.930, debido a la hecatombe de la Zona Bananera, en que fué ametrallada sin piedad la turba indefensa de hueiguistas por el Ejército Nacional representado por el General Cortés Vargas. El Gobierno del Doctor Abadia Méndez languidecía en sus postrimerías abrumado por la responsabilidad de la sangre y las lágrimas cruel e injustamente derramadas; despoblados los campos de trabajo de la Zona productiva, enlutados los hogares, enjuiciado el Presidente con sus dos Ministros principales, el Gobierno de la República estaba declarado en quiebra. Las periferias del País, en completo desgobierno, víctimas de todas las miserias y atropellos sucumbían en aislamiento lamentable. Los infortunados indígenas Colombianos de la región Amazónica agobiados por la misma suerte de sus compatriotas Guajiros, con Tarapacá, Leticia y la Pedrera eran entregados por el dictador Peruano Sánchez Cerro a la voracidad codiciosa de las Compañías caucheras, quiénes a su gusto explotaban ambas cosas: Indio y caucho a la vez.

Tal era el clima de convivencia y el estado de agonía en que se debatía el Gobierno cuando los Reverendos Misioneros de Nazaret imploraron misericordia en nombre de la Guajira y pedían la limosna que se les negó para salvar los indios.

El régimen caduco, impulsado por una fuerza fatal, caminaba

día a día hacia al abismo de su inevitable ruina, hasta que al fin, como el árbol milenario, carcomido por los edios se desmoronó. Fué entonces cuando el gran Colombiano, Doctor Carlos E. Restrepo, poniendo "la Patria por encima de los Partidos" e inspirándose en un noble sentimiento de alto civismo, dió su voto a favor de la candidatura Presidencial del Doctor Enrique Olaya Herrera, paréntesis glorioso en la **vía-crucis** que por más de una centuria había vivido la República; primera vez que desde la formación de la Nacionalidad, los dos partidos antagónicos se daban el abrazo de Cristiana confraternidad. El 7 de Agosto de ese año, los dos partidos fueron al poder: Representado el Liberal por el Presidente Olaya y el Ministro Restrepo personificando al Conservador, ambos partidos gobernaron al País dentro de las más puras normas de equidad y justicia. La divina palabra de Jesús al decir: "Amaos los unos a los otros", interpretada por los dos máximos gobernantes y llevada al lienzo de la realidad, dieron la paz y el sosiego a todos los Colombianos. Bajo ese hermoso clima de reconciliación fueron pacíficamente concluidas las cuestiones fronterizas Colombo-Peruanas. Todos los hombres de buena voluntad de ambos partidos trabajaron al amparo del ambiente saludable de la Democracia en la reconstrucción del Edificio Nacional.

CAPITULO XIII

LA EMIGRACION PARA LAS SABANAS DE MAICAO

Se acentúa el verano con caracteres alarmantes; como una epidemia mortal flagela todos los hogares; van diezmándose día por día los rebaños; la emigración para Venezuela es incontenible. Entre los dos países hermanos no existen fronteras para el indio, hijo común de las dos Repúblicas, en ambas patrias entra y sale cuando quiera. Mientras él no haya tenido la desgracia de asimilar los vicios de la civilización es un elemento sano, inofensivo, insospechable. Las autoridades fronterizas de Venezuela le franquean las puertas por que las Zonas agrícolas y pecuarias necesitan aprovechar la potencialidad de sus músculos. Las familias pudientes, con sus esqueléticos ganados se enrumban hacia las fértiles sabanas de Maicao; dejando tendidos a lo largo del camino la mitad de ellos consumidos por la sed, el hambre y la fatiga del penoso viaje, llegan al fin a la tierra promisoría.

! El cacique Talhúa fué de los últimos en moverse con su familia y sus rebaños; pensó mucho en resolverse a la emigración para la sabana fantástica de Maicao, no solo por tener que abandonar su morada apacible de Irotsima, sino por las versiones que se propagaban de que aquella Comarca era un tragadero de hombres.

Cuñado—le dijo un día a Santanawa—es menester que marchemos para la Guajira del Sur, no nos queda otro recurso que renunciar al amor de nuestra tierra para poder salvar siquiera la mitad de nuestros rebaños; ya es insostenible la mortandad y la merma de nuestro patrimonio es un mal diario; ordene que recojan tus ganados y reconcentren tus familiares para viajar dentro de tres días. Mi sobrino Jimaáy con los míos todos están listos.

Tendríamos que repetir lo que el cacique José Dolores hizo—objeto Santanawa—que en el año de 1.860, cuando se resolvió ir a tomar posesión de aquella tierra, limpió primero la brosa para después sembrar. Qué hizo él —replicó Talhúa un poco sorprendido. Tuvo que armar tres escuadrones: Uno de Venezolanos mercenarios, otro de Colombianos de la Provincia de Padilla y otro de Guajiros y con las tres fuerzas combinadas invadió una noche las

rancherías de sus malquerientes; arrazó con hombres, mujeres y niños; los muertos se los comieron los gallinazos por que no quedó quien los enterrara y así se hizo respetar de los que quedaron vivos. Y quiénes fueron las víctimas? —baibucoé Talhlua algo nervioso. Las rancherías de Olhonokiwou, del cacique Epinayú Wimana fueron las primeras que asaltaron—respondió Santanawa—que desapareció con toda su familia; luego invadieron las rancherías de Yamain, Warraralhain, Atuichen y Jepéin, arreando después de consumado los asaltos, los numerosos rebaños de ganados de toda especie, para repartirlos como justa recompensa a los asaltantes mercenarios. Qué razones tuvo José Dolores para ejecutar tan horribles crímenes?—objetó Talhlua profundamente conmovido. Cuenta que cuando él se estableció allá con sus rebaños y sus familiares, amanecieron una mañana tumbados en tierra todos los caballos corredores de su hatajo, clavados con la flecha envenenada; que otro día aparecieron muertas unas vacas paridas y algunos novillos, envenenados también con la flecha; mas tarde se encontró en el monte, comido de gallinazos a uno de sus vaqueros, muerto a palos según el reconocimiento que se le hizo; y después hallaron otro con una docena de puñaladas en todo el cuerpo, igualmente mutilado por las aves de rapiña. Investigado escrupulosamente el caso se descubrió que Wimana y su familia eran los autores de los crímenes repetidos—por que subterfugaban, según las declaraciones, que los rebaños de José Dolores acababan con los pastos de sus sabanas.

Hoy son distintas las cosas —replicó Talhua— por que tenemos una autoridad Comisarial, el Ejército Nacional y la Policía ante quien quejarnos en casos de violencias como aquellas, que tratan de molestarnos en alguna forma y por lo mismo no habrá necesidad de que apelemos a medios extremos. Está bien —dijo Santanawa—pero debemos tener en cuenta que allá existe actualmente un nuevo tipo de hombres que los Arijunas llaman Mestizos, que hablan el castellano, saben leer y escribir y que ante las autoridades pueden defender sus conveniencias, en tanto que nosotros no podemos entendernos con el Comisario sino mediante el auxilio de un intérprete, que las mas de las veces explicará las cosas mal traducidas, bien por que es fácilmente sobornable por la parte contraria o por falta de conocimiento suficiente de nuestro idioma. Todo éso ya lo tenemos en cuenta —confirmó Talhua— nuestra emigración es imperiosa, por que sino aquí nos arruinaremos, allá adelante veremos si el tigre es en verdad tan feo como lo pintan.

A los tres días los habitantes de Irotsima y los rebaños, como

las Caravanas Arabes atravesando el Gran Desierto, marchaban camino al Sur con una lentitud penosa, al paciente andar de las ovejas y los asnos. A lo largo de la Pampa abierta iban divididos en tres hileras zigzagueando el estrecho camino, cual si se contemplara una enorme Sierpe en tarda cacería. Adelante desfilaba el hermoso hatajo de cuatro mil yeguas y caballos; detrás se escalonaban seis mil vacunos; y más atrás el apretujado conjunto de diez mil ovejas y cabras cerraban el último eslabón de la larga cadena de semovientes en marcha. Los arrieros de las ovejas, con medio cuerpo desnudo hasta la cintura, indiferentes a los quemantes rayos del sol de la Canícula, chorreantes en sudor copioso la bronceína frente y los hombros musculosos, a pié enjuto marchaban al paso acompasado de una procesión fúnebre, mientras los vaqueros del ganado y las bestias, sobre la espina dorsal de sus valientes corceles, adoloridas las caderas y cansado el espinazo doblábanse vencidos por la pereza, soñolientos, hasta tocar con los rostros sudorosos la áspera crinadura de la asoleada bestia.

Seis leguas era la máxima distancia que podían ganar en el día los macilentos animales, para acampar y descansar dos días y después continuar el pausado viaje. Así emplearon una semana para llegar a la serranía de Cosina, frente a Cojoro, en donde fueron asaltados de improviso por una cuadrilla de indios que se hallaban emboscados en una cañada a un lado del camino—que según después se supo, eran unos restos dispersos de la familia Puhaina del combate de Mastau. Empeñóse allí un pequeño combate, del cual salieron muertos dos vaqueros de Taihua y levemente herido en un brazo su sobrino Rubén; los emboscados se alcanforaron por los montes dejando tendidos tres muertos. Los viajeros siguieron la ruta; acamparon en la tarde en Cojoro para dar sepultura a los muertos y descansar dos días, teniendo montada día y noche su guardia para prevenir un nuevo asalto.

Continuaron después hasta Murujuichon, frente a Maicac, al norte. Un mes emplearon en el pesado viaje; el estropec, el hambre, la sed y la fatiga consumieron en el camino la mitad de los rebaños; moribunda alcanzó a llegar la otra mitad, pero al par de semana ya estaba respuesta, transformada.

A los tres días de haberse acampado Taihua en la Sabana exuberante, llegaron a su tienda veinte indios jineteando gordísimos corceles, entre los cuales traía la delantera uno muy elegante que se distinguía por su rica armadura: Carabina "Winchester", Revólver Smith y Weesom" y puñal cache de plata Alemana, lujosa silla vaquera Venezolana con pico de Perro Buldoc incrustado en oro, pellón de lana franjado con pompones de colores, un

brillante "Shei" franjado también y "Quiara" empenachada, sobre el lomo de un brioso moro mosqueado. Se desmontaron y amarraron las bestias. Es Pompilio—dijo Rubén al reconocerlo—el rico cacique de Calhashua (Crazua) de la casta Epieyú. Talhua se apresuró a su encuentro, le dió un cordial abrazo y lo condujo hacia la enramada, en donde ya estaban colgados los lujosos chinchorros de hilaza.

Después de ingerir la fresca chicha de maíz y charlado algunos preámbulos, el cacique visitante le dijo a Talhua: "Me he complacido en venirme a visitar por que supe que habías llegado a estas tierras, para ponerme a tus órdenes y respaldarte con mis fuerzas en caso de un evento, puesto que somos familia por pertenecer a una misma casta. Esta tierra es muy peligrosa; aquí impera la envidia, el odio y la venganza implacables; hay que andar con el ojo abierto, por que al pestañar se cae; mantener el arma en la mano, estar siempre bien acompañado y mañanearle primero al malqueriente gratuito, que lo hay por demás a todo lo ancho de esta sabana. Aquí no se mira bien al rico por los que se creen dueños de esta Comarca; cuando menos se piensa le ponen alguna trampa y lo hacen caer fácilmente al hueco, y hoy mas que nunca se ha puesto temible la sabana, por estar poblada de una nueva generación de mestizos que no los había antes y comprenderás que ese injerto une a los vicios de su padre la malicia del indio, es un hombre de doble naturaleza para el mal o para el bien, según que se ejercite para una u otra ccsa. Con estas advertencias ya quedarás precabido y no te dejarás sorprender".

Concluída la lección, manifestó el honorable visitante que traía un novillo de regalo para el pariente, éste ordenó a su hijo Joúner que lo mandara recibir. Te quedo profundamente agradecido, mi querido parente—dijo Talhua—por tus generosos consejos, de los cuales no olvidaré detalle, así como por la oportunidad de tu regalo, por que en verdad—de los ganados nuestros no hay uno solo que sirva para comer, apenas son esqueletos.

Después de presentarle Talhua a Pompilio, uno por uno, todos los miembros de su numerosa familia, inclusive su cuñado Santanawa y su sobrino político Jimaáy Ipuana, el distinguido huésped arrojando una rápida y escrutadora mirada en su contorno exclamó emocionado: "Este—dijo refiriéndose al esposo de Jiwolhua—será seguramente tu brazo derecho—por que tiene la continencia de ser un hombre completo—". Tienes una bonita familia y suficientes unidades de combate para imponerte el respeto



Rubén y Sulhumuca, sobrinos herederos del Cacique Talhua.

de esta tierra alevosa—por qué aquí lo que vale es la hombría y nada más.

Realmente no se equivocaba Pompilio en su conjetura. Talhlua tenía en su sobrino político Jimaáy uno de los más firmes pilares de sus columnas de combate, poseía un valor temerario, distinguido tirador con toda clase de armas, sincero y leal.

Ensillaron sus bestias, se despidieron de todos y marcharon los honorables visitantes rumbo al Río de Carazúa.

CAPITULO XIV

ASPECTO GEOGRAFICO DE MAICAO

La población de Maicao, diseminada dentro de un perímetro de veinte kilómetros cuadrados, sobre la tersa superficie de la sabana abierta, la integran las rancherías de Cousholhijunay, Uyatpana, Majayutpana, Casutot, Culhiatchon, Shcrolhoma, por el lado oriental; el Salado, Mulhujuichon, Casiichi, Canásmana, Saima, por el Norte, La Paz, Arralhiajuv, Atnamana, Tolhuichirujunay, Meechenay, Marañamana, Walhawalhau, Olhonokiwon y Llamáin, por el Occidente; y por el Sur, Wosocorohijunay, Parrantialh y Mojupay, cuyo número total de pobladores monta a cinco millares, el treinta por ciento de los cuales lo constituyen tres grupos de mestizos: Uno producto del blanco Venezolano; otro, hijo del Mulato Colombiano; y el último, fruto del Antillano negro de Aruba y Curazao. Casi todos usan pantalones, hablan y escriben el Castellano, muchos de ellos bachilleres graduados.

Maicao, providencialmente situada al arrimo del ramal oriental de la cordillera Andina es la única faja de territorio Guajiro privilegiada por un eterno invierno. Sus hermosas praderas tendidas hasta las estribaciones de la Majayura—por el Sur— y por el Occidente, hacia las fértiles riberas del Ranchería; bañadas por el Paruachón y el Paradero, y ricamente vestidas por una inmensa alfombra de pastos naturales, alternada a trechos por abundosas huertas de cereales, forman la espléndida cornucopia de sus dones, adonde necesariamente acuden de todas las latitudes de la Península hambreadas muchedumbres de aborígenes y acopio de rebaños, a saciar allí la voracidad de su apetito.

A diez kilómetros de la línea fronteriza con Venezuela y a dos horas de automóvil con las poblaciones Venezolanas de Paraguaipoa y Sinamaica y cuatro con Maracaibo; punto de partida de la carretera de la Provincia de Padilla hasta Barranquilla y Santander; se comunica con Uribia, la Capital Comisarial, en una hora; con Río-hacha en tres horas; y en diez salva la distancia que la separa de Puerto-López y Puerto-Estrella; centro de gravitación comercial de toda la Península Guajira, se almacenan allí grandes cantidades de mercancías de toda especie, procedentes de

las Antillas Holandesas, de Barranquilla, Santander y Maracaibo, así como los productos Guajiros procedentes de las distintas latitudes del Territorio, de donde salen luego hacia los mercados de consumo, mediante múltiples transacciones, a base del "BOLIVAR" Venezolano, que corre a torrentes como el agua a todo lo ancho de la dilatada Pampa.

Tales eran los halagos de la tierra, donde el Cacique Talhlua llegó a radicarse con su familia y sus rebaños, lleno de optimismo por el pronto restablecimiento de éstos y por la felicidad de aquella, sin pensar que los caprichos de la fortuna inconstante burlan a menudo los designios del hombre.

Durante las primeras semanas de su arrimo fué visitado por muchas familias Epieyús, colmado de honores y regalos como huésped distinguido y aleccionado para que tuviese cuidado en advertirle a los suyos de los peligros que entrañaba la Sabana extraña, que no podía juzgarse menos que un misterioso **tremedal** hecho a tragarse los hombres de manera fantástica, sin saberse cómo, ni cuándo.

Una tarde, a la hora del crepúsculo nocturnal, llegaron cinco hombres de a caballo con seis asnos cargados de abultados sacos de fique. Se desmontaron, amarraron las cabalgaduras de los horcones, tumbaron las cargas y se dirigieron a la enrramada y se echaron a los chinchorros, que ya estaban tendidos.

Talhlua y sus sobrinos Rubén, Sulhuruca, Cuaiwa, Alhayat y sus hijos Jouner y Jimaáy salieron a saludarlos, al tiempo que unas esclavas traían en las manos rebosantes las Totumas de fresca chica de jugo de maíz. Terminando de ingerir la bebida, uno de los cinco visitantes, dirigiéndose al Cacique—dijo: "Ahí, dentro de esos sacos te traigo de regalo algunos víveres cosechados en mis huertas de "Los Playones" del Río de Taplamana, en donde de antaño vivo con mi familia; soy de tu misma casta Epieyú y por éso vengo a saludarte y ofrecerte mi apoyo y mis servicios e inteligenciarme contigo para algunas otras cosas del porvenir. .

Recojan esos sacos—le significó Talhlua a las sirvientas, los cuáles al descoserlos, cuatro contenían maíz en grano, cuatro estaban repletos de plátanos y los otros apretujados de yuca.

Muchas cosas conversó el indio visitante con Talhlua y después de todo, le dijo: "Uno de los principales móviles de mi viaje es ponerte en venta una pequeña posesión—que tu podrías ensanchar a tu gusto con el tiempo, hasta donde lo quisieras, por que está situada en las vegas del RANCHERIA, en los hermosos playones de Taplamana, en dónde tendrías terreno fecundo para colmar tus aspiraciones de expansión. Por el momento solo tiene diez hectá-



El Cacique Talhua con su hija Jú Waya frente al círculo de baile.

reas cercadas de alambre de púas y cultivadas en yuca, plátanos, maíz y pasto de buena calidad; haciéndola trabajar debidamente podrías hacer de élla una grandísima posesión de verano para tus ganados de leche y establecer allí una quesería en grande; teniendo en cuenta que el queso goza de un alto precio en el vecino mercado de Maracaibo—en dónde—si no estoy equivocado—actualmente se cotiza a doscientos bolívares el quintal. Quinientas vacas en plena producción, empotradas allí te darían una buena renta, en tanto que aquí en la sabana es infructuoso ese negocio”.

En cuánto estimas esa huerta?—respondió Talhua. Para Uds., por tratarse de que son mis familias, la daré barata—diez vacas paridas.

Mi sobrino Rubén—dijo Talhua—que está joven y rebosante de porvenir podría fácilmente hacer ese negocio—si es de su gusto—en cuanto a mí—ya soy viejo y me pesa meterme en esos montes. Habría que ir allá, ver la Posesión y conocer esos lugares—objetó Rubén. De aquí hasta allá hay apenas tres horas en bestia—recalcó el proponente. Está bien—pero tendría que consultar éso con mis padres y según lo que ellos me digan, ya tendremos tiempo para resolverlo por la mañana, mientras tanto Uds. pueden reposar tranquilos.

Retirándose todos dejaron los visitantes gozando a pierna suelta del apacible fresco oxigenado en la Enramada.

El indio Guajiro, distinto al civilizado, se recoge a dormir a las siete de la tarde, para estar despierto y levantado a las cuatro de la mañana. A esa hora Talhua, Santanawa, Moulhuanat y todos sus hijos, inclusive Jimaáy con Jiwolhua llegaron a la Enramada de los huéspedes a darles los buenos días. Rodeándolos en contorno empezaron una amena charla sobre distintos tópicos, hasta que ya al amanecer trataron de la hacienda de Taplamana: El primero en tomar la palabra fué el anciano Santanawa, padre de Rubén, diciendo: “Yo no quisiera que mis hijos se radicaran definitivamente en esta tierra, por que aquí no vale nada la vida del hombre; de la noche a la mañana cualesquiera se la quita sin saberse cómo ni cuándo, ni por qué y aun sin llegarse a saber nunca quien fué el criminal. Rubén es sóbrio, ajeno de parrandas y así tiene más facilidad de cuidarse de los peligros, pero en cambio, su hermano Cuaiwa le gusta más el aguardiente que el agua; se sale de la Casa a beber y dura semanas enteras de parrandas en las distintas rancherías de indios que él no conoce siquiera; temo que de un momento a otro me lo traigan muerto; yo prefiero mil veces la pobreza en mi tranquila morada de Irotsima y no la riqueza y la abundancia en una maldita tierra como ésta, en

donde el hombre sin haber ofendido^o a nadie se ve obligado a vivir con cuatro ojos y no quitarse el arma de encima ni para dormir, en espera de un imprevisto ataque.

Todo cuanto haz dicho es la verdad—respondió el indio de Taplamana—esta tierra es maldita y bendita a la vez; tiene el raro don de ser buena y mala al mismo tiempo; mala en el sentido que lo acabas de explicar, pero buena en demasía para criar, agricultural y enriquecer. Estas sabanas feraces, que son potreros regados por la naturaleza impulsan y prosperan los ganados de una manera asombrosa, sin que el hombre tenga que poner casi nada de sus manos y proporcionan cereales permanentemente para hartarse toda la Guajira, porque los inviernos aquí no saben fallar y además hay ríos corrientes, en tanto que allá en la región de Uds. nunca llueve, y se muere de hambre y sed la gente así como los animales de cría. El secreto de ésto está en cuidarse un poco, no saliendo de la Casa solo, sino con una compañía de media docena de hombres muy bien despiertos con el arma a la mano y mañanearle primero al gratuito enemigo—por que es preferible matar que morir miserablemente.

Es éso precisamente lo que yo no quisiera, —replicó Santanawa— que mis hijos se viesan en la necesidad de matar por primera vez—por que después les quedaría la gana de seguir matando—pués que al hombre le pasa lo que al **TIGRE**—que después de probar la presa le queda el gusto en los labios para seguir devorando todo cuanto esté al alcance de sus garras. Así sería muy penoso que después de haber tenido nosotros la fama de hombres pacíficos y laboriosos se propagase por toda la Guajira de que nos hemos vuelto unos come-gente.

Yo creo que las cosas tengan más de ponderación que de verdad—replicó Rubén al razonamiento de su padre—por que—la muerte ronda insomne por toda la redondez de la Guajira buscando todos los días la víctima que el destino le depare; aquí, o allí, el hombre lleva siempre el mismo peligro de que cualquier imprudencia o descuido lo haga morir y por lo tanto, la precaución debe acompañarlo donde quiera que vaya.

Estoy perfectamente de acuerdo con lo que dice mi sobrino --confirmó Talhua—interviniendo en la conversación—por que—en dónde y cuándo es que el hombre no carga la muerte detrás de la oreja? —Allá en nuestra Guajira del Norte, tan ponderada de pacífica y buena, no hemos visto repetirse con frecuencia asesinatos tan horrorosos como los que se consumaron en Bartolo González Jayalhiu, en Macuira, muerto por un miserable Pushaina, con todo y haber sido un cacique de linajuda estirpe? Luego la

muerte alevosa del meritorio y nunca olvidado cacique Petnat Woulhiu, ejecutada por un Jitnu de baja ralea, en el mismo Macuira? Más tarde el cruel asesinato de Edilia Epieyú, distinguida dama de la honorable familia de los Iguarán de Puerto-Estrella, llevado a cabo en Punta-Gallinas, por un indio anónimo? Después la muerte del joven cacique mestizo Pushaina Uribe Palmar, consumada a mansalva en Jarara Central por uno de sus mismos vaqueros? Y por último, la de mi sobrino Warralhamatn, en Irotsima, perpetrada por un traidor que creíamos amigo, sin la más leve causa? Y así, sería nunca acabar si fuese a contar todas las infinitas muertes que han bañado en un mar de sangre lo largo y ancho de la tierra Guajira. Así pues, que no nos debe sorprender que aquí se maten a los hombres como moscas en un panal, ni que sea imposible vivir en esta sabana; creo por el contrario—que si a Rubén le gusta la Posesión que se le ofrece debe comprarla.

No he dicho tanto que pueda impedir a mis hijos hacer el negocio que a ellos les guste; advertir no es pelear—replicó Santanawa al discurso de Talhua—que cada hebra de pelo cano que tengo en la cabeza es una experiencia adquirida en los ochenta años que llevo de vivir este mundo; Rubén puede en buena hora, irse con el proponente a Taplamana, ver y registrar la Posesión y cerrar negocio si así le parece bien.

Cuando Rubén con sus dos hermanos Cuaiwa y Alayat, su cuñado Jimaay y primo Jouner y una docena de tiradores ensillaban las bestias para viajar al Río con los visitantes, tres jinetes del lado Norte se desmontaban al frente de la Enramada, los aludaron, montaron y se fueron.

TERCERA PARTE

CAPITULO XV

MUERTE DE CHIRHALJA Y DE JULIECHEP

Talhua y Santanawa se arrimaron a la enramada a saludar los tres indios recién llegados, quiénes su aspecto taciturno y su humilde indumentaria denunciaban en ellos ser simples vasallos de algún cacique Norteño. Despojadas de los aperos las cabalgaduras y puestas a pastar en la pródiga campiña, aprisionadas con las maneas, los visitantes se tumbaron a pierna suelta, bocarriba en los chinchorros.

De dónde vienen Uds.?—Le inquirió Talhua. El de mas edad, que era un hombre de cuarenta años y que hacía de Jefe de la Comisión, respondió lo siguiente: "Venimos de Jurhlaj (Jarara del centro), enviados por el cacique Cañouy, de la casta Epieyú, la misma a la que tú perteneces, a ponerte en cuenta que el indio Wanéjechi Ipuana de Epits (Cerro de la Teta), le dió muerte alevosa a sus dos sobrinos herederos Chirhalja y Juliechep". Qué objeto llevó ese hombre a Jurrulaj y qué causas lo impulsaron al asesinato?

Ese indio se presentó un día montado en mula, solicitando por unas bestias que él dijo se le habían derrotado de Epits y que le habían informado que las vieron por esas sabanas de Jurrulaj. El difunto Chirhalja lo hospedó en su Casa prodigándole las más cordiales atenciones, inclusive alimentos y bebida alcohólica; en medio de la animada orgía se le ocurrió preguntar por Peira, un sobrino de Chirhalja, que apenas hacía dos meses había muerto. No pudo el preguntado sufrir tamaña ofensa, agarrando un enorme trozo de madera que tenía al alcance de sus manos se lo asestó a Wanejechi con tal violencia que le abrió en dos tapas el cuero del cráneo, derribándole a tierra sin sentido y derramando una laguna de sangre. Duró privado una hora y cuando volvió a reaccionar se levantó, ensilló su mula, se montó, sacó de la funda el Winchester, dirigió la puntería al pecho de Chirhalja, soltó el tiro y lo derribó atravesándole el corazón, y dándose simultáneamente al escape en su ágil bestia no se le pudo dar alcance". "Dos días después de enterrado el muerto, Juliochep salió con veinticinco jinetes en su persecu-

ción, llegaron a epits y allí le informaron que Wanejechi se había dirigido para la serranía de Cosina. Hasta allá fueron a perseguirlo, pero antes de llegar al sitio en el cual se decía que estaba, ya él tenía aviso de que éstos iban en su busca y calculando de antemano el camino por donde debían obligadamente entrarle, se le adelantó emboscándosele dentro de un zanjón al lado del camino. Al vérlos venir se les quedó quieto aguantando el resuello y dejando pasar a los compañeros de Juliechep, hasta que se le atravesó éste—que era el de último—le tendió el fusil y le pegó el tiro en el hueco del cerebro, rodando muerto instantáneamente al suelo. Amparado por la tupida maraña, el asesino, como la primera vez volvió a escaparse sin peligro, burlando una vez más las descargas de los proyectiles”.

Cuando Wanejechi nombró al difunto Peira—objetó Talhua—lo haría con la premeditación de ofender el honor de Chirhalja? O sería qué impensadamente se le salió la palabra sin el ánimo de herir la memoria del difunto? “Wanejechi, después de nombrar al finado Peira, rectificó en seguida diciendo que se le perdonase—qué lo había hecho inocente de que aquel sujeto—hubiese muerto, qué sinceramente lo creía vivo y qué por lo mismo preguntaba por él, pero Chirhalja, ciego de la ira, no reflexionó en acatar tales razones, sino que rápidamente le descargó el golpe”. Pues, en éso estuvo el mal, en haberle dado importancia a una simple equivocación, de la cual nadie está libre, muy bien se ve a las claras que Wanejechi jamás tuvo la intención de ofender a Chirhalja, quién en tal caso es más responsable de su propia muerte y la de su hermano Juliechep que el mismo que la ejecutó. Además, esa Ley que prohíbe entre nosotros nombrar a los muertos, es tiempo ya de que debe acabarse; tenemos mucho rose con el civilizado y algo debemos asimilarle; por lo menos no darle tanta importancia al asunto—que en realidad no es más que una tontería. Y Wanejechi qué rumbo tomó después de matar a Juliechep?

“Macep Ipuana—que así se llama el indio en donde buscó asilo Wanejechi, en Cosina, condolido de la desgracia de los muertos y al mismo tiempo queriendo demostrar su imparcialidad, a fin de que no se le juzgase como cómplice, le dijo a Cañouy que él estaba resuelto—si le pagaban bien—darle muerte al asesino Wanejechi, puesto que lo tenía de puertas-adentro”.

Cañouy se quitó en seguida el valioso collar de Tuúma que usaba de gargantilla y poniéndolo en las manos de Macep, le dijo: “Toma ésto como garantía del pacto y después de consumada la muerte del asesino puedes contar con cincuenta vacas”

y cincuenta caballos". Váyanse tranquilos para su casa—concluyó el proponente—qué en el menor tiempo posible daré ejecución al negocio y ya Uds. quedarán satisfechos de mi conducta.

"A los quince días de haberse celebrado el pacto, Macep invitó a Wanejechi para una cacería de venados y por mas esfuerzos que hizo en que un hermano de él no fuese con ellos le fué imposible hacerlo desistir del propósito de acompañarlos". "Salieron por un montículo no muy lejos de la casa, cada cuál con su fusil terciado al hombro trajinaron para uno y otro lado por diferentes puntos del bosque y cuando advirtió Macep que el hermano de Wanejechi se había retirado de ellos un poco, detúvose de golpe, le fulminó un tiro con el "Winchester", impac-tándole la bala en la tetilla izquierda cayó inánime instantáneamente al suelo". Jimaychon—qué así se llamaba el hermano—corrió al punto de donde había salido la detonación creyendo que se trataba de la caza de algún ciervo. Ya Macep estaba emboscado y con la puntería preparada lo dejó acercarse y a quemarropa le disparó atravesándole con la bala y cayendo muerto al suelo. Los dejó allí tendidos—mientras por un momento fué a la casa en busca de un par de peones y herramientas para hacer la sepultura, hecha la cual acomodaron los dos cuerpos en unas cajas de tosca madera, una encima de otra en un mismo hueco".

Tres días mas tarde—Jamatin Ipuana—tío materno de Wanejechi, acompañado de veinte jinetes se presentó a la casa de Macep para inquirirle por sus dos sobrinos. He tenido conocimiento—le dijo—de que mis sobrinos han sido muertos por tus manos; quiero saber si ello es cierto y qué razones te impulsaron a beber de tu misma sangre Ipuana? Oigame con calma para contarle—le replicó Macep: "Cuando tu sobrino Wanejechi mató en Jurrulaj a Chiralja Epieyú le dijiste que tú no le podías dar asilo en tus dominios; qué tú estabas resuelto a no res-pardarlo en ninguna forma; qué bien podía buscar para donde irse y esperar la represalia de sus criminales hechuras; viéndose él en tal desamparo recordó que yo era su familia por la casta aunque no por consaguinidad inmediata, resolvió venir a buscar mi asilo, el cual se lo prodigué a brazos abiertos, sin reparar cuanta responsabilidad me echaba encima comprometiendo incondicionalmente a toda mi familia, puesto que desde luégo, ya yo sería juzgado por la Casta Epieyú como cómplice y auxiliador del crimen.

Es el caso—pariente mio—que ese hombre, no contento con haber matado a otro sujeto aquí—dentro de mis dominios—se le antojó abusando de mi confianza, enamorarse de mi mujer y de

mi Señorita hija, no pude de ese modo sobornado resistir al peso de tanta infamia; mi vida estaba en peligro en las manos de aquel tigre carnicero y era menester precabermé curándome en salud, tal fué lo que hice, anticipándome en quitarle a él la vida antes que me arrebatase la mía. En cuanto a su hermano Jimaychon, mucho bregué para que ese día no fuera con nosotros, interponiéndole varios subterfugios—que él desechó todos, sin poder conseguir quitarle las ganas de ir a la cacería; contra él no tuve nunca ninguna predisposición, más, después de muerto su hermano, al tiempo que ya me iba a martillar el tiro con su carabina, yo le anduve mas presto y fué él la víctima en vez de ser yó.

Era éso lo que yo quería saber por tu propia boca—respondió Jamatn— ya quedo conforme y despreocupado. Las andanterías de ese muchacho no daban reposo a mi ánimo. Pocos días antes de matar a Chirhalja ya había asesinado a un indio de casta Ulhiana, de Maij, a consecuencia de lo cual me apartaron mis rebaños de ganados, dejándome arruinado; y en los primeros días del año pasado mató a su mujer y su cuñado, de la casta Pushaina, las cuales muertes también me costaron la mitad de mi patrimonio. Tales razones prevalecieron en mi ánimo para expulsarlo de mis dominios cuando me llevó la noticia de la muerte de Chirhalja. Así pués, pariente mío, quedo satisfecho de que me haz quitado para siempre un dolor de cabeza y un peligro para toda mi familia, así como doy gracias al Cielo por que en vez de su hermano no fuistes tú la víctima, por que si ello tal hubiese pasado me habría muerto de la pena”.

Después de todo lo expuesto, Jamatn y sus compañeros fueron al sitio en donde se hallaban enterrados sus sobrinos, y allí, sobre los féretros exhumados, rindieron el tributo de su dolor y de sus lágrimas y cargaron con ellos para Epits, su tierra natal.

Sobre los robustos lomos de dos mulas gravitaban las pesadas cajas fúnebres, que a una lenta y penosa marcha culebreaban el angosto camino de la serranía enmarañada de Cosina; dos indios tiraban del ronزال las cabalgaduras, a la vez que varios otros por ámbos costados servían de soporte a la inmóvil masa, fuertemente atada de la Silla. Las bestias, temblorosos los acerados remos, bañadas en sudor, jadeantes les arrancaba la fatiga desesperantes resoplidos—que de véz en cuando turbaban el silencio profundo de la fúnebre comitiva.

Apartado de los demás, a un buen trecho atrás, Jamatn jibado sobre la Dorzal de su caballo, inmóvil, cabizbajo, mudo,

meditabundo y melancólico² semejaba a una estatua. Un torbellino de ideas encontradas se arremolinaban en tropel en su cerebro atormentado; le asaltaban impetus avasalladores de revolverse y caerle de improviso encima a Macep y destruirlo, pagándole con la misma moneda: Atacarlo a mansalva, asesinarlo alevosamente como él lo hizo con sus dos sobrinos, y después dormir tranquilo el dulce sueño de la venganza. Estos eran los violentos impulsos a que lo empujaba la rebeldía indómita de su naturaleza animal; arranques terribles del **Potro Cerril** que todo Guajiro lleva escondido dentro de su envoltura humana; grito salvaje de su amor propio herido; rencor y odio de su negra sangre aborigen. Mas, al fin su ser racional se impone y vence el fiero instinto de la bestia humana sublevada; siente que del piélago de sombras tenebrosas de su alma enferma emerge el Yó íntimo que en lenguaje sonoro le dice al oído: “Tu sobrino Wanejechi era un criminal empedernido; había consumado cinco asesinatos repetidos, inclusive el de su propia mujer, y la ley Guajira sólo autoriza a la familia proteger al homicida hasta por segunda vez; a la tercera reincidencia, el individuo queda descartado de la sociedad, fuera de toda ley, rebajado a la escala de la fiera bruta, quedando así cada cual autorizado en propia defensa a eliminarlo, haciéndole con ello un bien a la sociedad amenazada. Tal fué lo que Macep hizo, sin el ánimo de ofender tu dignidad, curarse en salud, quitándose de encima la amenaza personificada en tus sobrinos”.

Con esta réplica de su conciencia, el ánimo exitado de Jamatn quedó un tanto sosegada y saliendo del ensimismamiento en que iba atontado, apuró un poco la bestia, haciéndose al lado de un hermano, que junto a los otros iba, como para desahogarse, le dijo: “Verdad hermano, que nuestro sobrino difunto se había convertido en una temible fiera viciada en beber sangre y comer carne de sus semejantes, su fuerte brazo era una amenaza para la sociedad; mi pariente Macep tuvo mas de razón que de capricho para matarlo. Pero en cuanto a su hermano que no se había manchado con el crimen, ha podido buscarle un ardid para retirarlo lejos de su dominio y evitarle la muerte”. Así dice que lo hizo, pero infructuosamente—replicó el hermano— Ya éso estaba para suceder, nadie puede detener la arbitraria mano del Destino—que lo llamaba a pagar su tributo a la muerte; no nos queda otro remedio que conformarnos con nuestra suerte.

CAPITULO XVI

UNA RESOLUCION SUPREMA

El sol moribundo comenzaba a fundir sus violáceos rayos tras los enhiestos picos de la nevada Cordillera; el Céfiro nocturno con su caricia apacible empezaba a refrescar la calcinada atmósfera Pampera, difundiendo en el ambiente el suave perfume de las flores; el manso Ranchería en ondulaciones dilatadas estampaba su ósculo amoroso en la tersa superficie de la arena ribereña. La diafanidad azul del límpido cielo de la Pampa sonreía dulcemente con lisonja de mujer enamorada a la ubérrima floresta de la hoya hidrográfica; la desapacible algarabía de las guacharacas turbaban de vez en cuando la quietud profunda de la selva virgen; el bronco ahullido de los macacos y los monos que haciendo coro con el tierno acento de las aves formaban la sugestiva filarmónica salvaje de la inmensidad bravía. Los vaqueros, curtida la epidermis por los quemantes rayos del sol, con el fusil terciado al hombro, transidos por el penoso trajinar en todo el día regresan conduciendo sus rebaños a los Corrales; el Toro-padre saluda el Aprisco con su atronador mugido y la vaca con maternal ternura se precipita desesperada sobre el hambriento becerro a lamerle y prodigarle el confortante licor de su fecunda ubre.

Fué a esta hora panorámica, a la caída de la tarde, cuando Rubén y sus compañeros se desmontaron al frente de la pequeña ranchería de Taplamana, del indio Cayra Epiyú—que así se llamaba el que le propuso el negocio de la Posesión—y quién los conducía hasta las fértiles riberas.

¡Ah Tierra bella! ¡Lástima que no haya tenido hombres de empuje que la hubiesen impulsado a la producción—exclamó emocionado Rubén al contemplar la frondosidad y la rica alfombra de pastos naturales que cubría la campiña!

Llegó la noche, y la luna para reemplazar la luz del Sol desaparecido comenzaba a ascender del Cénit, serena y radiante por un Cielo diáfano, infiltrando sus rayos melancólicos a las casitas achatadas de la ranchería del Playón.

Después del preámbulo del saludo y tras de ingerir la fresca

y jugosa chicha de maíz, Rubén y sus compañeros fueron conducidos a un Rancho en Zancos, con piso de madera arriba—a una elevación de cuatro metros— para evitar la picada de los zancudos.

A la hora del crepúsculo matinal llegó Cayra a darles los buenos días y después de largo conversar le dijo a Rubén: “Ahí tienes, primo, un torito para que ordenes a tus compañeros que lo beneficien y hagan temprano el desayuno y después salir a nuestra exploración por los Playones.

Maniataron y tumbaron en seguida la pequeña res; le clavaron el cuchillo en el hueco de la nuca y simultáneamente lo descuartizaron, y al momento yacían repletas las parrillas en los braseros, de pulpa y costillas, al lado de las arepas de maíz, plátanos y yucas asadas. Una hora más tarde estaba todo sazonado.

Sobre una larga mesa de rústica madera, sin mantel, alinearon dos docenas de plátanos de calabaza y cucharas del mismo género, rebozadas unas con la espesa sopa de maíz, otras llenas de carne guisada, varias otras con asados y las demás con plátanos y yuca.

Visitantes y caseros, en apretujado conjunto, rodearon todos la circunferencia de la mesa, sentados unos sobre banquillos de gruesa tabla y otros de pié empezaron a ingerir la apetitosa comida, terminada la cuál vinieron unas mujeres y barrieron todos los muebles de servicio, reemplazándolos en seguida con hermosas totumas de chicha unas y leche cuajada otras; unos preferían la chicha y otros optaban por la leche, según la variedad de gustos.

Haga ensillar las cabalgaduras—Insinuó Cayra—dirigiéndose a Rubén—que ya es hora de salir. Rubén dió las órdenes consiguientes y sus compañeros trajeron en seguida las bestias del vecino potrero, en donde las habían puesto en la prima tarde, las cuales aperadas en pocos minutos ya estaban dispuestas para la marcha. Estamos listos dijo Rubén, cabalgando al tiempo que sus compañeros hacían lo mismo. Bueno—siganme los pasos—respondió Cayra—dirigiéndose hacia al Sur, vega-arriba del Río.

A paso lento, apenas habían andado media hora cuando Cayra detuvo la bestia ante el portón de un cercado de alambre. Es esta la Posesión de nuestro negocio—dijo dirigiéndose a Rubén—, tiene cercado solamente diez hectáreas—que es lo que tengo cultivado—seis en pastos, dos en plátanos, una en yuca y una en guineo. Los linderos están extendidos con una longitud de diez kilómetros de frente y cinco de fondo, de montaña vir-

gen; por el medio le corre^o permanentemente el río Paradero. Con doscientos rollos de alambre podrías cercar quinientas hectáreas, hacerlas desmontar y cultivarlas en pastos, y así asegurar tu cría de ganados contra los embates del verano y estabilizar tus queserías durante todo el año. Como Uds., los Guajiros Norteños, son ariscos con la montaña, por que le tienen miedo a los mosquitos bravos y al paludismo, yo me prestaría para administrarte la hacienda aquí, y de vez en cuando—por lo menos cada quince días—podrías venir a darle tu visita.

Bueno —mi pariente—contando en esa forma con tu generosa colaboración queda cerrado nuestro negocio, puedes ir a recibir las diez vacas paridas cuando a bien lo tengas y ya nos dispondremos a emprender los trabajos de ensanchamiento.

Después de caminar todos los contornos de la Posesión volvieron a salir por el mismo Portón, dirigiéndose nuevamente hacia la ranchería.

No quieres dar una vuelta por los playones del Norte, río-abajo?—le dijo Cayra a Rubén—. Este le respondió que con mucho gusto quería conocer todas esas vegas, que le parecía tan fecundas que convidaban al trabajo. Volvieron a montar, después de refrescarse con un poco de chicha y se dirigieron para el lado indicado.

Anduvieron algunos ocho kilómetros y pararon de golpe en la orilla de una hermosa Laguna circundada de frondosos Palmichos, a pocos metros de la ribera del Ranchería. Fué aquí —dijo Cayra—en dónde se dió la memorable batalla de Carazúa, entre el Ejército del Gobierno Conservador Comandado por el General Amaya y los revolucionarios del partido Liberal, en la guerra Colombiana de los mil días, que terminó en el año de 1.903.

Ocho mil hombres de ambos bandos se jugaron aquí la vida bárbaramente con heroicidad fantástica, entre ellos tres mil Venezolanos que también pagaron su tributo al odio de los partidos políticos. Y cómo vinieron esos pobres hermanos nuestros —replicó Rubén— a meterse en un pleito ajeno para perder tan miserablemente la vida? Dicen que el General Cipriano Castro, Presidente entonces de la República de Venezuela era muy amigo de los Jefes de la Revolución y admirador del Partido Liberal, y quien sabe qué otros móviles ocultos tuviese en miras, el todo fué que organizó y despachó de Maracaibo un bien equipado Ejército de tres mil hombres, provistos de todos los elementos indispensables de combate, inclusive sesenta Carros de mula portando fusiles, proyectiles, cañones y ametralladoras,

bajo la dirección del General Dávila, quién en combinación con dos mil combatientes Liberales, que aquí lo esperaban, debían tomar la plaza de Río-hacha, fortificada por los Conservadores.

El Gobierno, sabedor de todo lo que se tramaba, fué presto en despachar con un Ejército de tres mil hombres al General Amaya para esperarlos aquí. Al avistarse las primeras avanzadas de los dos bandos contendientes se dió comienzo al combate, que después de "Palo-Negro", fué el más sangriento de todos los que se contemplaron en esa guerra de hermanos contra hermanos, según la gente comentaba.

Al rayar el alba de ese día, el brutal estampido del cañón y el sordo fragor de la metralla y la fusilería retumbaban en el ámbito de la montaña. A las once de la mañana, al través de cinco horas de incesante y rudo batallar, el Ejército Conservador estaba reducido a la mitad de sus unidades de combate; la otra mitad de sus mejores hombres se los había engullido las mortíferas bocas de fuego—que eran sesenta cañones y otras tantas metrallosas de que el bando contrario disponía, en tanto que el General Amaya, por la precipitación de no dejarse sorprender en Río-hacha, a duros esfuerzos sólo pudo traer en el hombro de sus soldados dos cañones medianos. Sus heroicas columnas, unas tras otras eran sucesivamente barridas por la terrible arma; el centro del Ejército estaba deshecho, solo quedaban las dos alas dispersas; una espantosa derrota era ya inevitable cuando Pacho Cotes, Guajiro mestizo de nuestra familia Epieyú, que con el grado de Sargento primero militaba agregado al Estado Mayor, se le presentó al General Amaya diciéndole: "Mi General, si Ud. me autoriza a seleccionar cien Río-hacheros tiradores, me pasaré con ellos a nado el Río, por la parte de abajo; circundaremos la ribera opuesta y en frente de los cañones, sin que nos vean, subiremos encima de los árboles y desde allí haremos blanco de los artilleros y silenciaremos en seguida esas destructoras bocas de fuego que nos acaban". Anda hijo y ejecuta en seguida ese plan salvador—le respondió el General emocionado por la idea heroica del Guajiro—y que Dios te ayude.

Pacho llamó los cien tiradores, haciéndoles desnudar con los fusiles atravesados sobre los hombros y amarrados por debajo de los brazos y las cartucheras enrolladas en las franelas sobre la corona de la cabeza se arrojaron al río. Hábiles nadadores con increíble rapidez ganaron en un instante la orilla opuesta, desamarraron las armas y fajándose las cartucheras corrieron hacia el sitio previsto; con la agilidad del Mono treparon arriba de los árboles ribereños, y empezaron a mandar las certeras ba-

las, que uno a uno iban derribando los artilleros, hasta terminarlos en cosa de diez minutos. La gruesa infantería situada a retaguardia de los mortíferos Arietes, cuando advirtió el no esperado desastre, creía que un mágico poder había metido la mano en favor de sus enemigos que ya lo creían derrotados, pues en verdad, no podían explicarse de dónde salían esos tiradores que no sabían pelar el blanco. En columnas cerradas embistieron con la furia del huracán, más—cuando pensaron llegar al emplazamiento de los cañones, ya éstos estaban tomados por las fuerzas del General Amaya, que rehechas de su anterior desastre habían aprovechado el **silenciamiento de los cañones** para dar una violenta carga a la bayoneta, barriendo la vanguardia revolviéron la puntería de las temibles máquinas para el frente del enemigo y en media hora exterminaron el Ejército Liberal y las invasoras fuerzas Venezolanas. Solo trescientos hombres de estas huestes salieron en derrota con el General Dávila, pero en un Arroyo muy encajonado que aquí adelante queda, el cacique José Dolores, que era un Conservador de marca K, con quinientos Guajiros emboscados los asaltaron y terminaron con ellos, salvándose únicamente el General por haber arrojado a su voracidad codiciosa doscientas "MOROCOTAS", que llevaba en el vientre de su cinturón de cuero.

De modo qué la mejor página de gloria de esa jornada memorable—objetó Rubén— le correspondió a un Epieyú nuestro? Sin la audacia del hijo de la sabana ya esa batalla estaba perdida para el partido Conservador, y quién sabe qué repercusiones hubiera tenido para el plan general de la guerra, pero las cosas pasan siempre como son, que el uno siembra y otro recoge la cosecha, Pacho fué el padre de la idea, expuso la vida, y la corona de laurel se la tomó el General Amaya.

Bueno primo Cayra—dijo Rubén—. Por qué esos Alhijunas que tanto se ufanan en darse el título de civilizados son tan bárbaros en matarse unos con otros? Por qué pelean como perros y gatos discutiéndose una Presa? Según me han informado los mismos Alhijunas que he tenido ocasión de preguntar y que combaten por el predominio del poder público, por obtener la Presidencia de la República. Por éso nada más llevan a la inmolación tantas vidas inocentes? Los que están bien informados me dicen que tales contiendas no llevan otra causa. Entonces ellos son mil veces más bárbaros que nosotros, y sin embargo tienen el descaro de llamarnos salvajes por que peleamos por la defensa de nuestra sangre y por combatir el principio de la impunidad?

Después de esta plática los jinetes se enrumbaron para la ranchería de Taplamana, y no bien habían andado unos pocos pasos cuando uno de ellos, al tropezar la bestia, dijo sorprendido: "Y estas tantas pelotas que ya me iban hacer rodar por tierra, qué son? Estos son los cráneos disecados de los soldados muertos, de los que pudieron escaparse al fuego, por que con la mayor parte formaron unas montoneras para quemarlos, pero aun quedan mas de dos mil calaveras rodando. Así son tan crueles y salvajes esos civilizados que no respetan a los muertos? qué aun se ensañan en ofender el cadáver de sus enemigos? Esa es la práctica de la civilización de ellos."

— A qué grado militar ascendieron a Pacho Cótes—preguntó Rubén—por tanto ingenio y audacia y qué fin tuvo ese digno consanguíneo nuestro por haber sido el promotor de que tanta gente muriera? En el mismo campo de batalla lo elevó el General Amaya a la categoría de Capitán de Infantería, y después de muchos años fué asesinado en Popoya en una emboscada que unos indios de la casta Jayalhiu le pusieron.

Entonces si es verdad lo que los Alhijunas dicen, que ese hijo de Malheiwa que se llamó Cristo, dijo: "El que a hierro mata, a hierro muere". En Pacho se cumplió la Divina sentencia? Sí, así fué. Y con el cacique José Dolores, que también hizo morir tanta gente—qué pasó?

Con José Dolores hubieron muchas versiones, unos cuentan que él y toda su familia murieron envenenados; otros que fué herido con la flecha envenenada en un encuentro que tuvo con unos indios Ipuanas, de sus enemigos y que mandó ocultar su muerte fingiendo que era natural; y los más comentan que murió de paludismo, pero el todo fué que él y su numerosa familia desaparecieron de la tierra, de un año para otro, sin que un solo renuevo quedara de su guerrera estirpe.

Caramba! No se sabe a qué creer—refunfuñó Jimaay—. Lo único positivo fué el cumplimiento de la santa palabra de Cristo.

De esa manera iban entretenidos los jinetes hasta que llegaron a los ranchos del playón de Taplamana, en dónde se desmontaron para almorzar un rato, y luego se despidieron dirección a la sabana de Maicao.

CAPITULO XVII

EL PAGO DE UN SERVICIO MERCENARIO

Bajo la atmósfera caldeada de un sol abrazador dibujábanse las siluetas de diez jinetes que de la serranía de Cosina se dirijían hacia las sabanas de Jurulaj. Enfilados únos tras de ótros, a un tardo y penoso andar, obstaculizados por la tupida maraña se les pintaba en los tostados rostros la melancolía y la pereza del pesado ambiente; enrolladas las mantas en la cintura por el calor irresistible, relumbraban las bronceadas espaldas insensibles a los quemantes rayos del Astro-rey que señorea la Pampa; mudos, meditados avanzaban temerosos de perturbar el majestuoso silencio de la hora angustiosa; los indómitos Corceles, hechos a la rudeza de la Comarca bravía, jadeantes destilaban sudor copioso, sin perder el brío, apenas manifestaban su desdén con fuertes y repetidos resoplidos.

Los jinetes hacen una parada en un pequeño valle, el de la cabeza de la comitiva, un hombre de alta estatura, de buen grueso, de mirada penetrante y una manifiesta agilidad física, de buena presencia y aire majestuoso, de cuarenta años, sacando un litro de ron de una de las bolsas del cojín de la silla le dijo a los compañeros: "Tomemos un trago para mitigar la sed, mientras llegamos a unas cacimbas que están aquí adelante, a una hora. Todos se acercaron y cada cual, a boca de litro fué ingiriendo la alcohólica bebida.

Sigamos—dijo el Jefe—que no era otro que Macep Ipuana, el matador de Wanejéchi. A los tres cuartos de hora, un poco antes de llegar a las Cacimbas volvieron a parar para tomarse el segundo trago, luego siguieron y llegados al abrevadero se desmontaron para darle de beber a las bestias y ellos también; después de cambiar algunas palabras con los indios que allí encontraron y pagarles el servicio del agua con dos litros de ron, prosiguieron la marcha, a pampa despejada, libres ya de las breñas de la Sierra.

Qué era lo que por allí se decía?—Preguntó Macep a uno de los compañeros—con relación a un indio que mataron los soldados del Ejército en Puerto-López?

Sí, oí decir por unos indios, que un día venían de Punta-Espada varios indios de la casta Jayalhiu, de Wincua, y que se les antojó enfrente de Puerto-López, ponerse a tirar un blanco y que en ese momento una de las balas rebotó del sitio en donde el blanco estaba, para el lado por donde venía un camión en el cual unos Señores venían de Castilletes; la bala les pasó muy cerca y se imaginaron que los indios les tiraban a ellos, precipitaron el andar del vehículo, llegaron a Puerto-López y denunciaron al Corregidor que aquellos indios los habían asaltado a tiros.

El Corregidor llamó en seguida a unos soldados, se embarcó con ellos en el mismo Vehículo y salió a perseguir los indios denunciados, los cuales alcanzaron enfrente de Castilletes y como ellos estaban inocentes de lo que pasaba, en vez de desviarse y huir de la carretera, se pararon a esperar los perseguidores, éstos se les acercaron a tiro de pistola, sin averiguarles nada les descargaron sus rifles, el Jefe de ellos, David Fernández rodó por tierra acribillado a balas y sus compañeros huyeron heridos varios de ellos.

Entonces lo que ahora días me contaba un individuo mestizo—replicó Macep—es todo mentiras—me decía que esos Cachacos los traía el Gobierno para amparar la vida y la hacienda de todos los que por aquí viven, ya fuesen ellos indios o civilizados, y ha resultado todo lo contrario, que vienen es a perseguirnos y asesinarnos impunemente con las mismas armas de la Nación Colombiana que nosotros tenemos por madre Patria, sin causa alguna.

Según el informante que me contó, el Corregidor estaba embriagado cuando le llevaron la noticia, y que en ese estado de inconsciencia ordenó el fusilamiento del cacique Fernández Jayalhiu y sus compañeros.

Está bien que el Corregidor estuviese borracho, pero los Cachacos o soldados no han debido obedecerle una orden tan bárbara, amén que todos fuesen borrachos.

Dicen que todos iban bebiendo ron.

Engolfados iban los jinetes en esta conversación cuando el ladrido de los perros les advirtió que estaban llegando a la rancharía de Jurulaj, las bestias pararon las orejas, las aguijonearon y apurando el trote llegaron presto al frente de la enramada, se desmontaron y las amarraron en las estacas y luego se tumbaron en los chimchorros que las activas manos de las indias tenían ya colgados al aire apacible del oxigenado ambiente.

Con el cortejo de su numerosa familia vino el cacique Cañouy a saludarlos y rendirle a Macep el justo homenaje de su agrade-

cimiento por el invaluable servicio de vengarle la sangre derramada de sus dos sobrinos Chiralja y Julhiechep, ultimándole el asesino Wanejechi y su hermano Jimaychon.

Ya estoy informado —dijo Cañouy— de que tú haz dado fiel cumplimiento al pacto que el otro día celebramos; ya daba por seguro el hecho, por que tenía ciega confianza en la dignidad de tu palabra y tu fuerte brazo, aquí tienes a tu disposición lo ofrecido: Cincuenta caballos y cincuenta novillos, que puede retirarlos cuando a bien lo tengas.

No es allí—respondió Macep—adonde llegamos, hemos avanzado un poco más allá de lo convenido, de mi cuenta le agregué un tantico más al negocio. Después de liquidar la vida del asesino Wanejechi, me vi obligado a matar también su hermano Jimaychon, quedando así de una vez vengados los dos muertos de Uds. Pagándome un servicio, aun me deben el ótro.

Muy bien, amigo mio—confirmó Cañouy—. Ya se te darán otros cien animales como justa compensación a tu poderoso brazo.

Con los cien vacunos y caballares del primer servicio ya quedo conforme, más, en cuanto al ótro, quiero que se me regale con una Majayud (Señorita), que sea de la cepa de Uds., con la cual quedaria por demás bien recompensado.

También se te complacerá en éso, pero no será en el acto, por que no tratándose ya de ganados, habrá que buscar y convenir con calma, entre unos y otros de la familia destacar una dama que sea digna de tu valor y de tu estirpe; tú podrás viajar ahora con los ganados y dentro de quince días volver por lo demás.

Está bien—confirmó Macep—aceptando sin objeción el plazo estipulado.

Ahí tienes—dijo Cañouy—un novillo para la cena y dos garrafas de ron para que tus compañeros entretengan las horas de la noche.

Mataron y beneficiaron la res, se hizo la cena y bebieron con éllos Cañouy y algunos de su familia hasta la media noche en cordial camaradería.

A las ocho de la mañana, los vaqueros de Cañouy que habían madrugado obedeciendo sus órdenes, ya tenían encerrados en los Corrales los numerosos rebaños.

Llaman a Macep para que venga a recibir por sus propias manos los animales—ordenó Cañouy a uno de sus vaqueros. Este trasmitió en seguida la orden y aquél vino a la puerta de los Corrales con sus compañeros, en dónde uno por uno, a su personal con-

tentamiento fué recibíéndolos escojidos de los mejores ejemplares. Le reemplazaron con otros más nuevos cinco caballos que rechazó por viejos y dos yeguas con porras. Completo el número cien, Cañouy le dijo: "Toma de ñapa esa buena mula, que es la especial de mi cabalgadura y destínala para tu silla. Así queda resuelto nuestro problema en su primera parte, y en cuanto a la segunda, te esperamos dentro de quince días para que también quedes satisfecho.

Tomaron el desayuno, ensillaron las cabalgaduras, montaron y se echaron por delante el hatajo, rumbo a la serranía de Cosina.

CAPITULO XVIII

REFLEXIONES DE RUBEN

De retorno a la sabana, bajo la agradable impresión del encantador paisaje de la riquísima floresta ribereña de Taplamana, Rubén reposaba en altas horas de la noche sobre los plácidos pliegues de su ancho chinchorro de fina hilaza de colores franjados. Al amparo de la infinita quietud de la dormida noche daba rienda suelta a su soñador espíritu hacia las regiones sin fronteras de la divagación: Creía haber encontrado el paraíso risueño de un nuevo mundo lleno de riquezas, que ya lo redimiría pródigamente de todas las pérdidas económicas ocasionadas por los veranos del Norte; que ensanchada su Posesión y convertida en la primera hacienda del Río, con la quesería organizada y el engorde de novillos y marranos, sería desde luego catalogado como el primer magnate afortunado de aquella tierra de promesas halagüeñas; que contando con el rico mercado de Maracaibo, a pocas horas, le permitiría atesorar en Bolívares, semana por semana, el producto de la hacienda, hasta formar la Caja fuerte, ante cuyo influjo todo mundo le rendiría homenaje de consideración y de respeto.

Así habría sido en realidad, siempre y cuando que se hubiera tratado de otra tierra que no fuese la sabana terrible, por que el trabajo dignificante, cualesquiera que sea el origen o linaje del hombre, es capaz de elevarlo a incalculables alturas pero desgraciadamente aquel optimismo emocional se estrellaría contra la intransigencia del medio desgarrador de la pampa salvaje, que como "la vaca loca" tira a ciegas, a diestra y siniestra a llevarse por delante todo lo que encuentre, todo lo que sea de peso, todo cuanto represente volumen material. Toda iniciativa generosa, todo esfuerzo laudable, toda actividad heroica habría de ser fatalmente atraída y engullida por el tremedal sombrío de la llanura voraz, insaciable siempre y feroz contra todo el que pretenda elevarse de su putrefacto seno.

Rubén, al obtener el dominio de las riberas de Taplamana, violaba con sus profanas plantas la virginidad del jardín de la naturaleza que hasta entonces se había mantenido puro, y con ello

desafiaba el furor implacable de las **DRÍADAS**, quiénes en su fiera rebeldía habrían de valerse del arma más vil que abrumba a la humanidad: Al punzante dardo de la cruel envidia reservaban ellas la terrible venganza del inaudito agravio. El se vería obligado a luchar a brazo partido, no solo con el enemigo manifiesto y digno que lo retase a campo abierto, en franca lid, sino con la medianía resentida, taimada y agazapada en traidor asecho, y no solo él sería la víctima del monstruoso encono, sino que su anciano tío Talhua y su octogenario padre Santanawa y sus hermanos todos serían también blancos del odio y vilmente perseguidos en sus personas y haciendas.

Qué hacer?—Se decía—cuando todas estas reflexiones pasaron por su mente—. Si yo no he cometido ningún crimen, no he robado a nadie—por qué entonces se me ha de perseguir? Comprar honradamente una propiedad bien habida—es acaso un delito? Y no es éso lo que yo acabo de hacer? Adquirir, trabajar y cosechar no son las sanas actividades de todo hombre que aspire a representar algo en la vida? Esta sabana abierta a todo horizonte y la inmensidad de la selva virgen no son campos suficientes para trabajar todo mundo, sin estorbarse los unos a los otros? De dónde entonces la malquerencia?

Rubén tornó a serenar su espíritu divagador y se dijo para sí en su monólogo interior—si estoy espantándome de mi propia sombra, si no tengo enemigos en esta tierra, por qué suponérmelo? Yo trabajaré sin descanso y me haré inmensamente rico, sin perjudicar a nadie. Satisfecho de sí mismo se entregó tranquilo en los apacibles brazos de Morfeo.

Al rayar el alba, Talhua y Santanawa ya lo esperaban en la puerta de la estancia.

Cómo te parecieron esas tierras del Playón?—le inquirió su padre.

Esas vegas son un verdadero jardín eternamente regado y cultivado por la bondadosa mano de Malheiwa (Ser Supremo) —que muy poco tiene que poner el hombre de sus manos para volverlas una permanente fuente de riqueza, estoy locamente apasionado de ellas; si las hubiéramos conocido unos años antes habríamos evitado la ruina de nuestros rebaños y tantas pérdidas económicas que nos infligieron los veranos de Irotsima; ya tengo resuelto vender unos novillos y adquirir alambre para cercar quinientas hectáreas, desmontar y cultivar pastos, engordar ganado de cuchillo y establecer las queserías, que creo el mejor de los negocios.

Un primo-hermano de Cayra tiene un poco más arriba, a orillas del Paradero, un Cnuco que también lo vende; mi hermano Sulhumuca podría comprarlo muy barato y convertirlo, a poco costo, en una colosal hacienda; espero que Uds. le den su asentimiento a ese respecto, que yo le haré la sugcencia, invitándolo a ser mi vecino del Río. Por que, en verdad, ya no podremos pensar en volver a nuestras áridas pampas del Norte, tenemos que radicarnos definitivamente en esta región.

Muy bien—aprobó Talhua—pero siempre hay que andar con cuatro ojos, por que de un momento a otro sale del monte un tiro, hace blanco en uno de Uds. y no se llega a saber quien fué el tirador. Yo también creo lo mismo—dijo Santanawa—. No desmienta mi opinión de creerme más feliz en Irotsima con el hambre de los veranos que con la abundancia de esta tierra, por que, según los decires, que mientras un hombre esté pobre nadie se acuerda de él, pero que al verlo con dinero ya todo el mundo le clava la vista y lo persiguen hasta hacerlo caer al hueco que de antemano le preparan. .

Convencido y optimista Rubén, marchaba a los tres días camino de Maracaibo, acompañado de una docena de vaqueros, con cincuenta novillos para la venta, con cuyo producto compró y transportó hasta Taplamana doscientos rollos de alambre de púa. Contrató brazos, tumbaron la montaña, extendieron la cerca, sembraron pastos y cereales, y al través de un semestre ya habían empotradas quinientas vacas en plena producción sustentando la gran quesería de "Mainñatuy"—que así era el nombre de la Hacienda. La producción de maíz, plátanos, yuca, frijoles y otros granos daban abasto para mantener toda la Tribu de Talhua.

Sulhumuca compró la huerta que vendía el primo-hermano de Cayra, la ensanchó, la mandó cercar y cultivar, y formó en pocos meses una hermosa Posesión tan grande y famosa como la de su hermano. Organizada con sus departamentos para la ceba de novillos, marraneras y queserías, producía al año un rendimiento económico altísimo, solo comparable con la renta de Rubén. Con el nombre de "Piishimana" se distinguía esta nueva Posesión.

De uno a otro confín de la sabana y en todos los ámbitos de la Guajira entera repercutió la sensacional noticia de la prosperidad económica y pecuaria de los herederos del cacique Talhua. Todas las familias pudientes de la sabana vinieron a su Casa a rendirles vasallaje y merecerles favores de todo orden: Unos a exigirle dineros prestados para solventar sus apuros, ótros a que les acreditara novillos, caballos y mulas, por que eran ellos los que

especialmente poseían los mejores ejemplares de corredores para los Hipódromos de Maracaibo y Barranquilla, de dónde los pedían con frecuencia, así como para cabalgaduras de paseo en las grandes plazas. Tales préstamos lo hacían con pródiga largueza, incondicionalmente, la mayor parte de los cuales nunca le llegaron a devolverles.

De todas partes les venían invitaciones para festejos, bailes y carreras de caballos; las núbiles damas del cortejo de los potentados les prodigaban el regalo de su sonrisa atrayente y sugestiva. Un preponderante cacique del Río, de la casta Pushaina le brindó a Rubén en matrimonio, una de sus primeras herederas; se casó con ella y se la entregaron con un dote de cincuenta vacas paridas, otras tantas yeguas de cría y mil ovejas.

Dos hijas de Sulhumuca fueron inquiridas para la unión conyugal con unos jóvenes mestizos de indumentaria civilizada, de la casta Apshana, quienes cedidas por su padre y por Rubén, aunque contra el querer de Talhua, fueron sustraídas al hogar paterno con ricos dónes representados en ganados de toda especie.

La encantadora Jiiwaya, hija de Talhua, fué solicitada y casada con un cacique mestizo, catalogado como el primer magnate de la casta Epinayú de la sabana. Previo el depósito conyugal acostumbrado de cien novillos y cien caballos, fué también sustraída al hogar de su padre con abundantes dotes.

Tales fueron los lazos de afinidad que vincularon la familia del cacique Talhua con los principales de la sabana de Maicao, lazos que él creyó indestructibles como prenda de seguridad para convivir tranquilo en el nuevo estado a que lo empujaba la caprichosa incostancia de la fortuna.

CAPITULO XIX

MUERTE DE YON CALATAYUD

Al siguiente día de haber partido Macep para Cosina, el cacique Cañouy congregó su numerosa familia para darle solución al problema que él le dejaba entremanos, ante cuya concurrencia manifestó lo siguiente: "Nuestro amigo Macep ha recibido satisfecho el ganado que se le dió en compensación del servicio que nos prestó matando al asesino Wanejechi, quien tantas lágrimas nos hizo derramar, pero que habiendo ultimado también a su hermano Jimaychon, pide justamente que se le regaie con una dama que sea digna de su fuerte brazo".

Mis dos sobrinos difuntos, cuya sangre ha vengado Macep, no tienen más hermana que Fidelia, casada con el negro holandés Yon Calatayud, de quien tiene apenas dos niñas, quiero y así lo ruego, que mi prima-hermana Carmelina coopere dando una de sus dos Señoritas hijas para que se una en matrimonio con Macep. Por qué Fidelia no pide su divorcio? —refunfuñó Carmelina— y sea élla quien se ofrezca en nuevas nupcias? —Por que élla es la que está obligado por ser hermana de los difuntos que Macep ha vengado.

El divorcio no puede exigirse, ni concederse sino cuando hay agravio manifiesto y comprobado, y en ese caso, Fidelia no tiene ninguna queja de su marido—replicó Cañouy a la insinuación de Carmelina. El Negro—interpeló ésta—No depositó más que una miseria de diez vacas de mala muerte, muy lejos de satisfacer las exigencias de nuestra cotería, y por lo mismo, puede cuando quiera su mujer repudiarlo extralegalmente.

Está bien que mi pobre Negro—intervino Fidelia—no haya satisfecho las cien reses que nuestro linaje exige para la formalidad del matrimonio, pero yo aprecio al padre de mis hijos, quién nunca me ha dado resentimiento alguno. De nada nos sirve ese negro aquí—replicó Juan Julio, un menor hermano de élla que apenas tenía catorce años—es preferible que renunciés a su amor y te cases con Macep, que es un pro-hombre, que con su valor y sus ar-

mas sabe defendernos en cualquier trance. Fidelia se retiró resentida, muda y sombría.

Bueno—yo tengo que consultar a mis hijas—dijo Carmelina—para ver si una de las dos se resuelve al negocio.

A media noche retumbó en la ranchería un tiro de carabina, toda la vecindad se levantó alarmada, dirigiéndose a la estancia donde Yon Calatayud dormía con Fidelia y allí la encontraron prosternada, bañada en lágrimas al pie del cadáver de su marido. Su hermano Juan Julio acababa de atravesarle de un balazo, dormido en su hamaca. Fidelia loca del dolor intentó dos veces suicidarse, tuvieron que montarle guardia para evitarle el criminal designio. Al amanecer le dieron sepultura al negro y todo quedó tranquilo en la ranchería.

A los diez días, cuando ya iba pasando la pesadumbre se le acercó Cañouy a Fidelia, sentándose cariñosamente a su lado, le dijo: "Sobrina, yo he sentido como propio tu dolor, pero ante la severa verdad tenemos que inclinarnos y reconocer el hecho cumplido, no hay otro remedio más que conformarte, la suerte fatal te ha privado de tu buen compañero, más al mismo tiempo te ha capacitado para poder cumplir con un deber sagrado, cual es el de recompensar el brazo heroico del hombre que mató el asesino de tus dos hermanos difuntos y aun se presta para ser un baluarte y vengador nuestro en el futuro; es un cacique de méritos reconocidos, digno de nuestra estirpe; te recomiendo, aunque no te impongo reconocerle y amarle, él te será bueno y tú con su compañía serás feliz.

Fidelia, con la paternal reconvencción de su tío quedó un tanto halagada en su amor propio y seducida para someterse a la voluntad de Macep, tan pronto él viniese a procurarla.

La noticia de la muerte de Yon Calatayud circuló con celeridad increíble por toda la extensión de la ancha pampa, clasificándose como uno de los más monstruosos crímenes hasta entonces ejecutado, la Península entera lo contempló atónita, aterrorizada. Las autoridades Comisariales fingieron investigar el hecho, llevando las vanas fórmulas que siempre hacen en tales casos, sin el ánimo sincero de perseguir, aprehender y castigar al delincuente empedernido, quien día a día, autorizado por la impunidad ostenta francamente a toda pampa su título de **MATON**.

El hecho criminal llenó de pesadumbre y luto el hogar del honorable ciudadano Río-hachero residente en Manaure, con quien a título de padre adoptivo convivía el negro, hasta el día en que se enamoró de Fidelia y se fué con ella. Mandó una comisión a in-



Macep y Fidelia conversan amorosamente.

vestigar las causas que promovieron el suceso desgraciado y élla declaró que su marido nunca llegó ofender a nadie, que lo mataron por antojo.

Cumplido el plazo convenido con Macep, éste vino a Jurulhaj a recibir la dama ofrecida; entre oscuro y claro, acompañado de una docena de Jinetes se hospedó debajo de la misma enramada que en su visita anterior le había servido de estancia. Vino Cañouy con varios de sus familiares a saludarlos y después de cambiar unas pocas palabras, le habló en la siguiente forma: "Aquí hemos convenido que ninguna dama era más digna de tus buenos servicios que la propia hermana de los difuntos, cuya sangre habéis vengado, Fidelia está dispuesta a casarse contigo para dar cumplimiento al compromiso contraído, y para el efecto ya es viuda, su marido es difunto".

En seguida Fidelia se presentó en escena, encantadora, seductiva. Ella frizaba en los veintitres años, los dos partos que había hecho del insular Holandés no le restaban nada de su belleza física; esbelta, de color trigueño, cabellos largos, ojos negros como la noche tenebrosa de la Pampa indómita, boca pequeña, dientes blancos y finos; al través de la tela enlutada de su traje de viuda transparentábase sus pequeños senos como picos de paloma torcáz, incitantes, juguetones; sus piernas musculosas, sus torneados brazos, su cadera estatuaria en armónico conjunto con la sombría palidez de sus mejillas tostadas por el calcinante fuego de sus lágrimas y su mirada taciturna le daban un realce majestuoso a sus encantos femeniles. Macep la contempló extasiado, con respeto, con amor y con dolor a la vez, y luego dirigiéndose a Cañouy—le dijo: "Si Fidelia me ama voluntariamente yo me creeré feliz".

Yo soy tu deudora y tu esclava—interpeló élla en tono melancólico—estoy dispuesta para acatar tus órdenes. Si acaso me debes algo—replicó Macep—esa deuda no será capaz de obligarte hasta la esclavitud, solo tu generoso corazón te impone la esclavitud del deber, que es la más honrosa de las servidumbres, nos casaremos, y tú serás la única dueña de mi hogar, yo guardaré tu corazón dentro del mío como una reliquia inviolable; por hoy respetaré tu luto, volveré dentro de cuatro meses para celebrar nuestras bodas, cuando ya estés con el ánimo más tranquilo.

Se despidieron de todos, montaron sus compañeros y desfilaron camino de Cosina.

CAPITULO XX

LAS CARICIAS DE LA SABANA

Con la próspera posición económica y social de la familia de Talhua, empezó el roedor gusano de la envidia a minar el alma de sus vecinos, impulsándolos en su encono febril a practicar las más bajas ruindades. Un día desaparecieron del hatajo de Rubén dos de los corredores más famosos, sin que nunca se llegara a saber qué rumbo tomaron. Después hubieron versiones de haber sido matados y enterrados en sitios desconocidos; otro día se acharon de menos unas mulas; mas luego se encontraron muertas a plena sabana unas vacas paridas; mas tarde desapareció un vaquero, cuyo cadáver hallaron a los tres días podrido en un Zanjón; en seguida otro en análogas circunstancias; y finalmente aparecieron picados los alambres de la cerca de la Posesión del Río.

Las versiones, los enredos y los comprometedores cuentos llenaron los ámbitos de la sabana; iban y venían a turbar la tranquilidad de los hogares con la encendida chismografía provocadora.

Una mañana de primavera, plácida y serena, en que las campanillas blancas llenaban el ambiente sabanero con su perfume delicioso y la brisa tierna con su arrullo cariñoso besaba la curtida frente de los ordeñadores que en vaivén constante se agitaban en los corrales inquiriendo de la vaca el divino manantial de su ubre maternal; hora contemplativa y poética en que el espíritu del hombre renovado y confortado por el descanso nocturnal se torna alegre y satisfecho de sí mismo.

Talhua y su familia se hallaban congregados contemplando los corrales de sus rebaños y el ajetreo del ordeño, cuando del lado del Norte apareció un jinete, que por la agitación y el abundante sudor de su cabalgadura y la nerviosidad pintada en su rostro, podía juzgarse que era portador de una alarmante noticia. Refrenó la bestia al pie de la reunión, y dirigiéndose al Cacique—dijo: 'Vengo a darte la noticia de la muerte de tu hija'. Mi hija!—Balucoó el anciano derramado en un mar de lágrimas. Sí, tu querida hija ha muerto, el marido la encontró a media noche ahorcada,

guindada del tirante de la casa.

Mi hija tuvo pleito con su marido? Ellos se retiraron al descanso sin haber tenido ninguna discusión—respondió el jinete.

Cómo puede ser posible que mi hija se suicidase por puro anejo? —se decía en su monólogo interior el inconsolable anciano—no cabe duda que hubo algún motivo poderoso, o mi hija no ha muerto por sus mancs, sino asesinada por otro.

Cuatro horas después Talhua marchaba con cien jinetes camino al hogar de su malograda hija Jiiwaya. En la mitad del camino encontraron la fúnebre comitiva en que la muerta venía en la caja amarrada sobre el lomo de una mula, conducido por su marido revolviéronse con élla y siguieron hasta el hogar de sus padres. En Murujuichon, en la propia Casa de Talhua, sobre una larga mesa fué puesto el féretro, en donde toda la numerosa familia prosternada en contorno derramó el torrente de sus lágrimas.

Se despacharon mensajeros con la fatal noticia por los cuatro vientos de la sabana, invitando a las familias de distintas castas para que concurrieran al velorio—que Talhua dispuso prolongarse hasta treinta días. Durante ese término vinieron parcialidades de todas las regiones a rendir el tributo de sus lágrimas ante el cuerpo yacente de la distinguida dama.

Hubieron versiones y comentarios. Pero, según dicen—la muerta ha sido matada—decía una buena mujer—conversando con otra—que una de sus propias sirvientas ha confesado que su marido después de derribarla de un punta-pié en los Ovarios, la guindó amarrándole un pañueio en el cuello del tirante de la casa, para hacer ver a los demás que la difunta había muerto ahorcada por asuntos de celos. Y qué interés tenía el hombre en darle muerte alevosa a la mujer de su hogar? Dice la gente, que tanto escudriña y tanto descubre, que su marido estaba quejoso de la difunta, por que, y que no la encontró en su estado de virginidad cuando se casó con élla y le daba golpes cada vez que se emborrachaba, sacándole en cara la falla del depósito sagrado. Esto cuentan los deires, pero como del dicho al hecho hay mucho trecho, su padre Talhua, que es un hombre de tanto juicio no ha querido adelantarse a los acontecimientos, sino dejar que la fruta se madure; él está recogiendo datos positivos para después resolverse a cobrar el daño.

Dicen que Jouner, el hermano de la difunta le ha pedido autorizaciones a su padre para vengarla, pero le ha dicho que se espere que aclaren las cosas.

Qué más espera Talhua que no le echa sus huestes a los cri-

minales que le han matado a su hija?—le decía Jimaay a Rubén—por que si se va a meterse a tonto y deja pasar por alto este tiro sería autorizar entonces que le sigan matando su gente impunemente; el que en esta tierra no se avispas se lo tragan; ya deberíamos estar acabando con el enemigo—por que el que pega adelante pega dos veces dice el dicho—y debemos tener en cuenta que somos mucho más que los que nos malquieren. Mi tío es muy pasivo—respondió Rubén—y él nunca procede contra nadie sino cuando está rebozado de razones y con todas las pruebas por delante. Pero, qué más razones que la muerte de su hija y qué más pruebas que la confesión de la propia sirvienta que dice que vió con sus ojos cuando el marido de la difunta le dió un punta-pié que la mató?

Tales eran los comentarios que circulaban alrededor del asunto, pero Talhua, hombre honrado y de conciencia pura no se conformaba con una sola declaración y de una esclava, persona fácil de desviar la verdad por algún interés oculto o prejuicio preconcebido; pensó y vaciló muchas veces deteniéndose ante el borde del tenebroso abismo que se le abría por delante. Después de todo resolvió seguir investigando la verdad y esperar pacientemente un resultado cierto.

Cumplidos los treinta días del velorio, Talhua mandó sacar de la casa el Ataúd, llevado a un sitio de la sabana y colocado allí dentro de una bóveda construída al efecto, los cuatro mil jinetes de la fúnebre comitiva le prodigaron los honores póstumos.

Quinientos novillos, mil doscientos carneros y cuatro mil litros de ron recibieron ellos en compensación de sus lágrimas vertidas y por paga de su congoja infinita.

El dolor volvió a entenebrecer el hogar de Talhua lo mismo que en los días de la muerte de su sobrino Warralhamatn en Irot-sima. Insondables arcanos de la Providencia! Caprichoso y arbitrario destino! Con la muerte de su amada hija se abría apenas el prólogo fatal de su historia tenebrosa; todavía le faltaba ver las páginas sombrías de sangrientos dramas que habrían de apurar aun más el cáliz de su amargura.

CAPITULO XXI

UN ACONTECIMIENTO INESPERADO

El caballero mestizo Río-hachero, José Barroso, que así se llamaba, padre adoptivo del Antillano Yon Calatayud, inconsolable en su dolor por la horrible muerte del pasivo y obediente hijo, cuya filial ternura le había captado todo su paternal amor, conocedor de las leyes del Guajiro, se dispuso mandar un emisario ante el cacique Cañouy, representante del asesino, para exigir su cabeza o la conmutación en cien novillos y cien caballos, a fin de que su hijo no figurase en el infamante concepto de "Perro que no tiene quien lo llore". Buscó al efecto un abogado indígena, quién con lógica inapelable demostró ante el cacique demandado la inocencia de la víctima, su intachable conducta y su honestidad de padre de familia, así como la sevicia y premeditación del asesino.

Cañouy interpelló manifestando que todas esas circunstancias las tenía en cuenta, pero que al mismo tiempo había que reconocerse que la víctima estaba en la escala de un individuo advenedizo y anónimo en la sociedad indígena, de procedencia y estirpe desconocidas, concepto que desde luego, mermaba a una décima parte el valor económico de la indemnización; que de las doscientas cabezas de ganado pedidas solo podría satisfacer la demanda con veinte, las cuales ya estaban a la órden.

Yo no le he mandado a pedir limosnas—replicó Barroso—rechazando con energía las veinte reses—le he reclamado un asunto de honor y de sangre. Toma ese ganado—le dijeron sus amigos—y abónalo a la cuenta—que él no te quitará el derecho de pedir más tarde la cancelación definitiva; refrena tu odio y guárdalo para luego—que como dice el indio—"muchos días van y vienen", ya te llegará el de tu venganza. Así es—balbuceó Barroso reservándose el desquite.

A los cuatro meses de haberse despedido Macep para Cosina, regresó a Jurulaj, con un acompañamiento de veinticinco jinetes, incluyendo seis mujeres de sus familiares, y conduciendo diez novillos para la celebración de sus bodas con Fidelia, como él le prometió a su partida.

Se le hizo un recibimiento pomposo; Cañouy dispuso ponerse un baile e invitar a todos los vecinos. Retumbó en los ámbitos de la sabana la monotonía de la Caja, congregando en torno del Piouy abierto al aire libre, a los bailadores con su QUIARA empenachada los hombres, y las mujeres luciendo el rojo coral de sus pulseras sobre la muñeca y contorneando sus tobillos musculosos. Se repartió carne de res para la cena y hubo derroche de bebidas: "Ron WAYU" para los hombres, y vino traído de Maracaibo para las damas.

Fidelia, desvanecido de su memoria el triste recuerdo del infortunado negro Yon, y vuelta a las dulces alegrías de la vida, se mostraba a la altura de la fiesta, satisfecha y juvenil. El dolor como el placer, son destellos fugaces que entenebrecen o resplandecen por un instante el sombrío abismo del alma humana; transitoria fosforescencia espiritual que con relativa intensidad enciende o apaga las facultades latentes emocionales de la personalidad; pasado el relámpago queda la cavernosa obscuridad o la clara y estrellada noche. Así quedó el alma de Fidelia como la serena y despejada noche de la pampa abierta, después de ido el lacerante dolor que la abrumó por un momento.

A la media noche, en medio del bullicio de la alegre orgía, un joven jinete refrenó al pie del Cajero. Este silenció la Caja, los bailadores y espectadores se volvieron todos hacia el recién llegado, haciéndole un rol. Su hermoso caballo moro-mosqueado, la rica armadura y lujosa manta de fina tela y su imponente majestuosa revelaban en él una persona de alta alcurnia.

Ya llegastes?—le dijo Cañouy—acercándosele del lado de montar de su cabalgadura y conduciéndole en seguida a un hermoso chinchorro que ya estaba tendido al amparo de la fresca enramada, se le sentó a su lado. De dónde vienes y qué nuevas nos traes—le preguntó—.

Vengo de la sabana de Maicao, soy sobrino heredero de Talhua y que contar les traigo la noticia de la muerte del indio Couwoulhe de casta Epínayú y su hijo Jimaihetay Jusayu, quiénes fueron fusilados ayer por la Policía de aquella localidad. Fusilados por los Agentes del Gobierno? Sí, fusilados por orden del Corregidor Roberto Iriarte. Y ese Corregidor tiene la facultad de disponer de la vida de los ciudadanos a su antojo y arbitrio?

La tendrá seguramente.

Qué causas graves ocasionaron ese fusilamiento? Esos indios llegaron borrachos queriendo formar pependencias con un indio de la casta Epieyú de nombre Walherki, que vive en Casiichi, a cinco

kilómetros de la población de Maicao. Elvira, una hija de Walherki, al ver que su padre era injuriado por los indios en acalorada discusión, se fué en carrera hasta Maicao para informar al Corregidor de lo que pasaba. El Corregidor Roberto Iriarte, para complacer a Elvira que llevaba relaciones amorosas con él, hizo destacar de la Guarnición seis Agentes de la Policía, embarcándose con ellos se dirigieron en seguida al sitio de la pendencia en un Auto-camión, Couwoulhe y su hijo, que ya se habían aquietado, al advertir que los que venían en el Carro eran Agentes Policivos, tomaron sus fusiles y corrieron a esconderse en un bosquecillo vecino. Al verlos Iriarte que huían con las armas en la mano le ordenó a los Agentes que les dispararan, quiénes sin más allá, ni más acá les descargaron sus bocas de fuego, cayendo instantáneamente muertos los dos, padre é hijo.

Caramba! Qué es lo que está pasando! Entonces hay que creer que el Gobierno ha mandado esa gente para acabar con nosotros—interpeló Cañouy sorprendido del cuento que le echaba Cuwaiwa—que no era otro que el caballero del caballo moro-mosqueado, que en las eternas travesuras de sus incansables borracheras se había dejado rodar hasta Jurulaj, sugestionado por la noticia de las bodas de Macep con Fidelia.

Y después de muertos los dos indios—qué más pasó? Los mismos Policías recogieron los dos cadáveres, los embarcaron en el carro y se los llevaron para darles sepultura en Maicao.

De modo que hicieron como los cazadores de venado que recojen la caza para llevársela, solo que en ellos faltó el apetito de comérselos.

Apenas hará tres meses que el Corregidor de Puerto-López ordenó el fusilamiento del joven cacique David Fernández Jayalhiu; el año pasado los Cachacos que estaban de guarnición en San José de Bahía-honda, uno de ellos que dicen que estaba enamorado de una joven india, quien no habiendo querido acceder a sus sugerencias y viéndola después en retosos con el indio Onésimo Epieyú, mordido por el celo, le disparó un tiro con el mausser, rompiéndole un muslo y fingiendo después que había sido un tiro salido involuntariamente; otro Cachaco mató en esos mismos días, en la salina de Manaure, a la india Yawalhakir Ulhiana, por que tampoco quiso ceder a su presión amorosa; más tarde otra india fué muerta en la vecindad de Uribia por otro Agente; y así por el estilo sería largo contar la sucesión indefinida de crímenes ejecutados por los Agentes del Gobierno, sin causa justificativa alguna.

Si las cosas siguen así—replicó Cuawaiwa—no nos quedaría o-

tro recurso que emigrar para Venezuela, en dónde sí tendríamos garantías, por que los Gobiernos de allá son muy distintos a los nuestros; ellos proporcionan agua para el indio, luz, médico, medicina, Escuelas con Restaurantes, amparo y seguridad en vida y hacienda. Las sabanas de Perijá, que en extensión y lozanía son como la Guajira serían propicias para nuestros rebaños.

Siempre sería una gran calamidad tener que renunciar a esta tierra, en donde hemos nacido, crecido y vivido toda la vida,—objetó Cañouy un poco acongojado por la sugerencia de Cuawaiwa—creo que más son los abusos que la mala voluntad que pueda tenernos el alto Gobierno, que la más de las veces estará inocente de todo lo que por aquí pasa; lo que debemos hacer es buscar órganos de información que ilustren el criterio del Gobierno sobre la verdad y conseguir que se establezcan autoridades conscientes y honestas que correspondan al magisterio que desempeñan.

En eso es que está el secreto—objetó Cuawaiwa—que desde el Comisario para abajo acomodan todos los empleos de acuerdo con el compadrazgo y no con la honestidad; con ese funesto sistema no llegaremos nunca a ningún resultado positivo; siempre estaremos del tumbo al tambo, velándole el sueño el uno al otro, cazándonos mutuamente como el tigre y el león en la montaña. Por que mientras no haya autoridad legítima no podrá haber justicia, ni sosiego, y sin justicia no hay ciudadanos sino fieras, cada cual se ve obligado a cobrar con la fuerza de sus brazos el daño que se le hace, y el que más fuerza tenga dominará a los demás la hombría y el **brazo armado** serán eternamente los Dioses Tutelares de esta tierra, y a nosotros se nos seguirá considerando como tribus salvajes indomables.

Avanza la noche silenciosa, serena y estrellada de la Pampa grave y severa; solo la monotonía melancólica de la Caja rompe de vez en cuando la infinita quietud del majestuoso imperio de **Merfeo**, bajo cuyo sugestivo influjo los bailaradores dominados y vencidos, taciturnos se retiran al amparo apacible de la mullida hamaca.

Macep y Fidelia bajo el fresco techo de apartado rancho se entregan al tierno idilio de su naciente amor; allí, al abrigo de la blanca y suave hilaza del típico chinchorro, en besos y abrazos los dos amantes, en delirante frenesí se hacen el mutuo juramento de nupcial fidelidad.

Los Cajeros fatigados, soñolientos y medio-borrachos también buscan el reposo.

A los dos días de terminadas las fiestas, después que los com-

pañeros de Macep se fueron y los invitados al baile, se presentó a las puertas de Fidelia una india que frizaba en los treinta años, de rostro melancólico, macilenta y cubierta hasta las rodillas de mugrientos harapos, que por detrás le dejaban ver las nalgas desnudas y por delante las rajadas de la inmunda tela descubrían los duros senos, las cotizas rotas y el pelo empegostrado denunciaban claramente la extrema pobreza de la desvalida mujer.

De dónde vienes?—le inquirió Fidelia haciéndola avanzar— que te presentas en un estado de ruina tan lamentable?

Vengo de Río-hacha—respondió la desconocida—en donde vivía con mi marido del producto de su trabajo; él traía agua del río para vender a la población y con lo que ganaba nos manteníamos tranquilos, pero hace hoy seis meses que se me enfermó y murió de paludismo, y desde entonces vengo dando tumbos para allá y para acá, hasta venir a reducirme al estado en que me ves.

Durante ese tiempo que llevas de viudez no haz podido conseguir trabajo? Ni nadie ha llegado a enamorarse de ti?

Ese Pueblo de Río-hacha es muy pobre; allí todo mundo está muerto de hambre, nadie tiene trabajo en que ganarse la vida, solo pueden vivir los empleados con sus sueldos; muchos enamorados tuve, pero reconocí que nadie tenía como regalarme nada, a excepción de los cuatro ricos que hay, y tú sabes que el rico no se enamora sino de las ricas; así es que no quise profanar en vano la memoria de mi buen marido, he preferido arrastrar sola esta vida miserable.

Entonces quieres emplearte aquí de cocinera? Aquí no te faltará comida, ropa y algo más.

Eso es lo que yo busco, algo en que ganarme la vida.

En tales condiciones se quedó la advenediza en la casa de Fidelia; era muy ágil y voluntaria, desempeñaba con suma habilidad todos los quehaceres domésticos, inclusive ser excelente cocinera y aseada en extremo; lavaba la ropa de Macep y de Fidelia, y hacía todas las tardes la mazamorra para la chichía, la cual sabía preparar muy bien. Fidelia la tenía rebozada de todo cuanto se le antojaba, prendas de vestir, haretas, pulseras, sortijas y collares de oro.

Un día, a media noche, Fidelia despertó y se levantó mareada—Corre que me caigo—le dijo a Macep. Este se precipitó del chinchorro y antes de darle la mano ya se había desplomado al suelo, muerta, con una espesa baba en los labios. Corrió al rancho vecino, en donde su hermano Juan Julio dormía y lo encontró revolcándose en tierra con los mismos síntomas mortales, cuando se

agachó para levantarlo expiró en sus⁶ manos, y al dirigirse al rancho de una tía de su mujer también la halló contorsionada en horrible agonía, y luego oyó gritos desesperados en los demás vecinos ranchos; todas las estancias estaban infectadas del terrible mal.

Se trata de un envenenamiento—exclamó Macep—. Dónde está la cocinera? La buscó por todas partes y no pudo encontrarla.

Preparen unos mechones de Yotojoro—intervino Cañouy— y sigan las huellas de esa mujer hasta darle alcance. Macep alistó rápidamente diez hombres y marcharon en persecución de la asesina; caminaron toda la noche sin poderle aprehender; llevaron el rastro hasta las puertas de la población de Manaure, de donde retornaron fracasados.

Cinco hombres y siete mujeres, inclusive Fidelia, fueron las víctimas del mortal veneno que la cocinera mezcló con la chicha de la tarde y que Macep no quiso ingerir, por que según la superstición indígena, su **LANIA** de origen guerrero, que eternamente cargaba pendiente de la faja con su atributo sobre-natural, lo mantenía inmunizado de todo peligro.

CAPITULO XXII

CRUELDADES DEL DESTINO

Después de la muerte de Jiiwaya, Talhua se había encerrado en su estancia como la fiera herida en su cubil, envuelto en un mutismo sombrío; no recibía visitas de nadie, apenas cambiaba pocas palabras con su cuñado Santanawa, que era el único que tenía el privilegio de penetrar a su escondite. Hablándole de su niija, le decía: "No puedo creer que mi yerno haya matado a su mujer y que después tenga el valor de revestirse de tanta hipocrecía, fingiéndose inocente".

El es mestizo—replicó Santanawa—y del hombre de sangre vuelta todo puede esperarse. Eso de matar frente a frente, de hombre a hombre ó de Casta a Casta, en franco desafío, sólo lo hacían nuestros antecesores cuando eran de pura sangre india; hoy todo ha cambiado con la penetración de esos Alhijunas, que junto con venir a envenenar el cuerpo de nuestras mujeres con enfermedades que antes no conocíamos, también le producen hijos perversos que vienen a provocarnos dolores de cabeza, corrompiendo nuestras costumbres y leyes de antaño. Ya vez lo que acaba de pasar en Jurulhaj, que un mestizo, padre adoptivo del negro Holandés Yon Calatayud, en una sola noche extinguió una familia entera con el veneno, sistema de ataque empedernido, producto funesto de la depravación del civilizado contagiado al indio, que jamás conocieron nuestros padres.

Es verdad que fué el padre de Yon quien mandó a envenenar esa gente?

Según cuentan, y que él mandó una sirvienta vestida de harapos a la Casa de Fidelia solicitándole trabajo de cocinera, y que de consigo llevaba en su cuerpo guardado el veneno.

¿Y por qué se le antojó a ese negro, siendo de tan lejos, venir a convivir con una india, en cuya unión conyugal hay tanta disparidad como la que puede existir entre el burro progenitor y la yegua? Pero que en esta unión hay una atenuante, y es que élla ha sido obligada por la cruel y profana mano del hombre, en tanto que aquélla es consumada por un acto voluntario?

Es la fuerza mágica de la CONTRA —interpeló Santanawa— con la cual las indias obtienen un dominio completo sobre el hombre, sin respetar nacionalidad—por que— Colombianos como Venezolanos, Italianos como Holandeses, Costeños como Andinos, indistintamente envueltos en esa Malla misteriosa del **WAYUCO** nadie ha podido salir nunca a echar el cuento a otra parte; todos han sucumbido aprisionados como el pez.

Tal fué lo que le pasó al infortunado negro Yon, que después que olfateó el perfume sugestivo de la poderosa CONTRA le fué imposible acordarse más de la tierra que lo vió nacer; en cuerpo y alma se quedó para siempre adorando al Idolo profano de la pampa indómita, personificado en la Beldad Indígena.

El cacique Talhua era de índole benigna, de suave carácter, pacífico y tranquilo, a la vez que era filántropo y popular; busca las relaciones sociales con todo el mundo, indios y civilizados, comerciantes y empleados del Gobierno eran atraídos por su poderco influjo personal. Esas bellas y múltiples cualidades que adornaban su personalidad refrenaban los apasionantes impulsos de su alma febril en los momentos en que era víctima de las convulsiones internas que lo agitaban en la soledad de su estancia, en donde se le presentaban mil problemas insolubles. Hacia comparaciones y deducciones relativas a la situación que lo atormentaba, y concluía con este monólogo: "En mis manos está armar mis huestes, lanzarlas sobre mis supuestos enemigos y destruirlos a todos en una noche, pero después, cómo quedaría ante el público, qué dirían mis amigos y qué pensarían de mí los representantes del Gobierno?" "Aparecería como un miserable, bandido, salteador; destruiría en un momento todo un pasado honroso; tendría que huir a los montes con toda mi familia y abandonar el control de mis haciendas, y eternamente martirizado por la secreta voz de mi conciencia no podría dormir, ni comer, ni reposar tranquilo".

Bajo el influjo bienhechor de esos pensamientos el espíritu racional del venerable anciano vencía siempre la terrible furia de ia bestia aborígen agazapada en el fondo de su alma resentida; pasaba noches enteras sin dormir, absorto, contemplativo, delirante, hasta que lo sorprendía el alba sin pegar los ojos, y entonces su mujer, sus hijos y sus sobrinos entraban a consolarlo un tanto con unas pocas palabras lisonjeras y llenas de filial cariño; pero él era inconsolable en su desgracia, la presencia de aquellos seres queridos le reflejaba la imagen de su adorada y perdida hija, y entonces lloraba como un niño sollozando, no de cobardía, ni por debilidad afeminada, sino de verse cohibido para desenfrenar su

implacable venganza sobre los que lo hacían sufrir. El poderoso brazo de la razón detenía siempre su vengadora mano: El instinto salvaje le decía mata y véngate, y su generoso corazón le replicaba, no puedes proceder contra nadie, y estos contradictorios pensamientos eran los que le hacían apurar el cáliz de su amargura; el dolor de la impotencia voluntaria, como un acusador fantasma le perturbaba eternamente el sueño.

Toda su gente lo instaba a la venganza, sus hijos, sus sobrinos y sus leales esclavos le pedían con insistencia la autorización para atacar y destruir a sus enemigos, y él era inflexible en su resolución pacífica; nadie podía contrariarlo en sus designios.

Fué en ese período fatal de abatimiento cuando la mujer de Talhua acercándose a su estancia, le dijo: "Ahí te traen muerto tu sobrino Cuawaiwa". El anciano, como movido por un resorte eléctrico, de un salto ganó la puerta, miró hacia afuera y se dió cuenta que una compacta comitiva se aproximaba con un cadáver envuelto en mantas, amarrado sobre el lomo de una bestia.

Rubén, Jimaáy, Joúner—gritó ofuscado y ebrio de ira—. Ahora sí, armen toda la gente, marchen y maten sin compasión a todos los que nos han ofendido; arracén, arruinen, que ya no hay más tolerancia.

Padre—No hay enemigo contra quien proceder—respondió Joúner—es el alcohol quien ha matado a su sobrino—aquí están los que lo han traído, puede informarse con ellos.

Uno de los de la comitiva avanzó y de pie ante Talhua, le dijo: "Nos consta a todos los que aquí habemos que el difunto tenía como diez días de estar bebiendo ron en una ranchería de Jepéin, tomaba día y noche sin descanso y no quería comer nada, hasta que ayer tarde le sobrevino un vómito de sangre; nos confesó antes de expirar que era el ron quien lo mataba, que él era esclavo de ese vicio, que no podía sustraerse a su maligno influjo".

No se tratará de un envenenamiento o un golpe?—inquirió Talhua, ya un poco más calmado—más, si ésto así fuese, tiempo habrá para descubrir todo y castigar a los culpables, por que ya no habrá más contemplaciones con nadie; estoy convencido de que en esta tierra el que no mata no es considerado, ni respetado.

Ya yo lo había pronosticado—intervino Moulhuanat, madre del difunto—, que a mi hijo me lo iban a traer muerto, así es que esto no me sorprende; no había remedio de quitarle ese vicio al difunto; sea que lo hayan matado de un mal golpe o que lo hubiesen envenenado, de todas maneras el principal criminal es el ron y nadie más responsable que él mismo de su propia muerte.

No creo que persona alguna haya podido atreverse a dañar al difunto, por que todo mundo lo quería y él no sabía pelear con nadie—interpeló el de la comitiva—.

Precisamente, en éso es que está el secreto—objetó Jimaay— que al primero que procuran hacerle mal es al manso—al guapo matón le temen y nadie se atreve contra él; esa es la condición de esta tierra, por éso es que hace tiempo venimos bregando con mi tío Talhua para que nos autorice matar a todos los que tienen fama de guapos por aquí, y él es inexorable en su obstinada terquedad, pasiva, hasta que una por una acabaran con las mejores unidades de su familia.

Pero ahora sí, parece que ya ha perdido la paciencia—intervino Rubén—pues que hace poco se resolvió al fin a darnos esa autorización, por que creía que el difunto había sido asesinado.

Después de tres días de velorio, la Caja mortuoria de Cuawaiwa fué llevada al mismo sitio en donde yacía la tumba de su prima-hermana Jíwaya. En el instante en que el féretro se acomodaba en el depósito de la bveda, el ruido sordo de un auto-motor llamó la atención de los circunstantes. Un camión cargado de Cachacos!—gritó un indio—todos clavaron la vista hacia el punto por donde el vehículo venía, refrenó al pie de la muchedumbre, y un indio ayudante se desmontó, dirigiéndose directamente a Rubén, le dijo en voz baja: "Estos Cachacos acaban de matar a un indio anciano en Majuyurpana, que sentado en su chinchorro encontraron en la ranchería, adonde fueron con el Corregidor de Maicao con el objeto de capturar a los criminales que le dieron alevosa muerte a Juan Iriarte, sobrino del anterior Corregidor Roberto Iriarte. Y quiénes mataron a Juan Iriarte—interpeló Rubén. Lo mataron unos mestizos Norteños de la misma casta Epieyú, de Uds., quienes después de ejecutado el crimen huyeron, y los soldados, no habiéndolos podido aprehender desbocaron su rabia en el pobre viejo, de la casta Jusayú que allí encontraron, matándolo a mansalva, inocente, sin ser parte, ni arte de los que mataron a Iriarte.

Y ahora vienen también a matarnos a nosotros, por ser Epieyús? Por lo menos vienen a inquirir si los criminales han buscado el arrimo de Uds. Qué rumbo ha tomado Roberto Iriarte? Después que mandó matar a Couwoulhe y su hijo Jimaalhetay, toda la población de Maicao y las rancherías de la sabana lo denunciaron ante la Comisaría como un malhechor asesino, y el Comisario por quien había sido nombrado, que era su compadre y pariente, para disimular el caso lo promovió de la Corregiduría, dándole la Al-

caldía del Distrito Capital de ⁹Uribia, en donde aun se encuentra gozando de sus arbitrarios designios.

De modo que fué aplaudido y ascendido por el señor Comisario? Por lo visto fué glorificado por el horroso crimen.

Pero lo peor no es éso, por que ante el hecho consumado no nos quedaría más recurso que resignarnos, lo grave está en que no tenemos ante quien quejarnos para prevenir la sucesión indefinida de mayores crímenes en el futuro, con el silencio no hacemos otra cosa que autorizar la impunidad como medio lícito de vida; adónde llegaremos? El Cielo no nos oye! Y qué secreto tiene Roberto Iriarte para hacerse adorar del Señor Comisario?

El otro día le oí diciéndole a otra persona que Iriarte era muy buen Conservador, que el Gobierno tenía que complacerlo siempre, por que recogía muchos votos en los pueblos en tiempos de elecciones.

Entonces estamos irremediabilmente perdidos, no nos quedará otro recurso que viajar para Venezuela y dejarle aquí al Gobierno Comisarial la Pampa con sus tuneros y cardonales.

No crea, compatriota—nuestro Malheiwa, que a toda hora vela por sus criaturas, no sabe perdonar, como los hombres ninguna mala acción, su castigo mudo es implacable. Cuando los soldados regresaron a Maicao después de ejecutado el crimen del anciano indio Jusayú, al desmontarse del camión, en la puerta del Cuartel, a uno de ellos, dicen que fué el primero en martillarle el disparo a la víctima, se le soltó un tiro al Mausser y se mató instantáneamente atravesándose el corazón; el indio y él fueron sepultados el mismo día.

Y qué resentimiento tenían de Juan Iriarte esos mestizos Norteños.

Según dicen, le cuentearon a ellos que Iriarte los amenazaba de muerte por alguna otra cuestión vieja, y que queriéndose curar en salud, dijeron: "Vamos a mañanearle primero a ese perro que nos ladra, antes que nos muerda".

Los soldados, después de preguntar y requisar se montaron en el vehiculo, éste pitó y el ayudante cuentista corrió y montó; los del entierro marcharon camino de la ranchería de Murujichón.

CAPITULO XXIII

UN TIPO NUEVO EN LA RAZA

El mestizo, hijo sublevado de la llanura, es el producto complejo de la lujurante voracidad del civilizado ó blanco en la tenebrosa sensualidad de la india; contagio impuro de una horrible mezcla, trae desde el vientre materno el gérmen del virus letal de los funestos vicios de su progenitor, que desarrollado en el organismo de su naturaleza salvaje, forma de él un tipo bastardo, nuevo modelo en el conglomerado étnico de la RAZA, enérgico, violento y temible en el libre-albedrío de la dramática llanura. Los apasionantes impulsos que lo mueven tienen toda la potencialidad abrumadora del **INJERTO** y el impetu y coraje incontenibles del **CERRIL** indómito de la Pampa; altanero, orgulloso, iracundo y audaz no reconoce límites a su temeridad combativa.

Privado de la luz bienhechora de la razón, creado y endurecido a todo viento bajo el calcinante sol de la sabana abierta, en él no se ha desarrollado más que el lado animal en toda su plenitud intransigente; la parte humana encubierta en el velo tenebroso de la ignorancia se mantiene pura, aletargada como una tenue luz latente en el fondo de su alma sombría.

El observador consciente, al dirigir la escrutadora mirada espiritual hacia el fondo obscuro de la envoltura semi-humana del mestizo, podría fácilmente descubrir en él al fiero tigre en transfiguración estúpida, con su felino instinto y sus enormes garras, con cara humana en traidor acecho; pero si encendéis la luz en ese antro humano, si cultiváis su inteligencia con cariño y con esmero desaparecerá la bestia, tornará el hombre, del cual recojereís óptimos frutos; el raciocinio vencerá al instinto; recojed, encausad y dirigid esas fuerzas dispersas y muy pronto veréis el éxito superar vuestros esfuerzos.

Tal es en estado de rudeza la individualidad compleja del mestizo, que sin cultura es el terror de la Pampa.

Inteligencias privilegiadas! Estadistas insignes que a la vez que habéis tenido la dicha de otorgaros el Cielo el Don de la sabiduría, también os ha encomendado la noble misión de conducto-

¡Patriotas y probos gobernantes que con el brillo de vuestras benéficas luces sostenéis la República, obtened la bendición de un pueblo! Conquistad para vuestra esclarecida frente la aureola gloriosa de la redención de una Raza que sucumbe bajo el peso abrumador del dolor, la ignorancia y la miseria! ¡Dirigid una compasiva mirada al corazón de la Pampa que late con violencia en requerimiento de la mano generosa que la levante a un nivel más alto de superación! Estableced Escuelas con Restaurantes confortables, que a la vez que alimenten el espíritu robustezcan los músculos de la Raza; instituid Universidades, fomentad y organizad industrias que la emancipen de la miseria, creándole vida propia!

¡Imitad el noble ejemplo del altruista Imperio Británico que de sus antes salvajes Colonias de ultramar, como las Indias Orientales, Australia y Nueva Zelandia, ha formado Nacionalidades potentes, que en progreso y civilización han emulado a la Metrópoli!

¡Inspirándoos en Cristianos y patrióticos sentimientos podéis hacer un tanto con esta parcela humana bastardeada de la República y abandonada al acaso de su infortunio, pero destinada quizás, en cercano futuro, por su importante posición Geográfica y su valiosa reserva humana, a representar un grandísimo papel en el conglomerado mundial. Así podréis hacer del mestizo cimarrón conscientes y dignos ciudadanos, templados soldados para la República y obreros laboriosos!

Tened en cuenta que el ser humano, como la planta, cultivado con paciencia y con esmero es susceptible de todos los perfeccionamientos; ninguna Raza es inferior a otra por razón congénita; la superioridad de un grupo étnico sobre otro es más o menos relativa⁸ según las circunstancias que influyan en su desarrollo ó las causas que determinen su atrofiamiento ó decadencia. Hechos históricos contemporáneos dan elocuente testimonio de esa severa verdad a propósito de la persona del mestizo. El Conde de Breet, de nacionalidad Francesa, produjo un hijo con una india Guajira de la casta Uriana, ribereña del Ranchería; se lo llevó pequeño para Europa, lo hizo educar en París, siguió la carrera de la Aviación, y en la guerra mundial de 1.914, cuando el terrible cañón Alemán "BERTA" bombardeaba la capital Francesa, sin conocerse su emplazamiento, después que los más afamados aviadores fracasaron en descubrir el nido de la máquina mortal, fué el atrevido hijo de la Pampa quien ciñó la frente con la corona del laurel, disputándole la gloria a los grandes técnicos de la Europa civilizada. Desde la infinita altura, traspasando con la aguda zaeta de sus pupilas la densidad de las nubes, localizó el punto incógnito, le im-

factó sus bombas, voló el oculto nido y salvó a la Francia.

En la etapa actual, Leonardo Fernández, hijo del cacique honorable José de la Rosa Fernández, de la casta Uriana con una distinguida dama aborígen de la casta Jayalhiu, sustraído del rudo ambiente pampero en temprana edad y llevado a la Universidad de Caracas, fué graduado médico-cirujano. Retornado al Zulia, con su exquisita educación, su cuitura científica y su intachable honestidad, honra al cuerpo médico de Maracaibo.

José Antonio Barroso, hijo del digno ciudadano Rodolfo Barroso, de Maracaibo, con una aborígen de linajuda estirpe de la casta Ipuana, llevado por su progenitor y educado bajo el ambiente Cristiano en aquella Urbe, ha venido prestándole a su patria Venezolana importantes servicios públicos en la Frontera; fué honra del Vice-Consulado de Maicao; dejó huella meritoria en la Gobernación del Distrito Páez y actualmente dirige el ramo de Agricultura y Cría, donde todos le rinden homenaje a su ejemplar probidad pública y privada.

Esto prueba que no hay planta improductiva, ni tierra estéril; lo que ha faltado siempre es la voluntad y la mano generosa que impulsen el desarrollo progresivo de los pueblos.

Los transportes indiscretos de una tierna efusión que nos ha sido imposible controlar, nos ha sustraído un tanto de la línea de nuestra narración histórica; pedimos excusas al amable lector, y arudemos de nuevo el hilo de los acontecimientos.

En una noche oscura, jineteando su corcel fogoso. Sulhumuca venía de su hacienda "**PIISHIMANA**" con un chinito de once años, que al paso sosegado de su cabalgadura le seguía a la espalda; había salido tarde por que había empleado todo el día en despachar para la plaza de Maracaibo trescientos novillos y cien quintales de queso. A media noche, cuando ya habían pasado la montaña, un camión refrenó de golpe a sus pies, apagó la luz, saltó un hombre de pantalones, y avanzándole dijo: "Cuñado, de dónde vienes?" Sulhumuca reconociendo en la voz a un mestizo, primo-hermano del marido de su hija Hermelinda, le tendió la mano, aquél se la apretó con la siniestra mientras le fulminaba con la diestra un tiro de revólver, con el cual le atravesó el corazón, cayó derribado sobre la nuca de la bestia, ésta dió un salto, y el cuerpo inmóvil rodó por tierra; el hombre montó en su vehículo y le dió viaje, camino de Maracaibo. El chinito compañero de Sulhumuca se precipitó de la bestia, se le acercó, lo examinó y reconoció que estaba muerto; tomó la manta de lana que traía doblada sobre la silla, la desdobló y cubrió con élla el cuerpo yacente y siguió camino de la ranche-

ría de Murujuichón.

Acaba de ser muerto mi amo—dijo al desmontarse en la puerta del hogar de Santanawa—allí en el lindero de la sabana y el monte lo dejé envuelto en la manta. Quién mató a mi hijo?—balbuceó el anciano acongojado.

Un mestizo de pantalones, primo-hermano del marido de Hermelinda lo atravesó con una bala de revólver en el momento en que el difunto le tendía la mano para saludarlo.

Tuvieron alguna discusión? Nada, no tuvieron tiempo de entablar conversación, sólo le dijo al difunto al enfrentársele: "Qué hay cuñado, de dónde vienes?", y le martilló en seguida, sin darle tiempo para defenderse. Avisen a Talhua de la muerte de su sobrino—profirió el anciano.

Jimaáy corrió a la estancia de su tío y ahí encontró a Talhua que incesantemente se paseaba de uno a otro rincón de la pieza, el enrojecimiento de los ojos y el rostro abotagado traslucían en él la tormenta, que agitaba su alma; ya eran las cuatro de la mañana y sus párpados aun no los había cerrado el sueño; su espíritu herido doblemente con la muerte de su hija Jiiwaya y su sobrino Cuaiwa no le daban reposo a su ánimo; le era imposible resignarse a creer la dura realidad que lo abrumaba, lo martirizaba la idea de que Cuaiwa podía haber sido asesinado y no muerto por el ron como se aparentaba.

Ya te mataron tu otro sobrino —le dijo Jimaay— venimos a solicitar tus órdenes expresas para matar a todo individuo que pertenezca al asesino, culpable o inocente debemos acabar con el enemigo y establecer el terror en esta sabana alevosa; ya yo te lo había dicho cuando mataron a tu hija, que si no te hacías respetar matando, acabarían con tu familia y así ha sido; con la muerte de tu sobrino Sulhumuca te han quitado el brazo izquierdo, en Rubén te queda solamente el derecho, que si te sigues descuidando también te lo quitarán.

Quién ha sido el asesino de mi sobrino? —profirió Talhua con frases entrecortadas, que casi no se le podía entender por la fuerte emoción que lo ahogaba.

Según dice el chinito que acompañaba a tu sobrino difunto, que salieron muy tarde de la hacienda del Río, por que emplearon el día en despachar para el mercado de Maracaibo un lote de trescientos novillos y una camioneta con cien quintales de queso, que a las nueve de la noche, en el lindero de la montaña y la sabana, un camión refrenó al frente de

ellos, saltó un hombre, saludole y teniéndole la mano agarrada con la izquierda le fulminó un tiro de revólver con la derecha, atravesándole y matándolo instantáneamente, y dándose en seguida al escape en el carro.

El chinito no pudo reconocer quien fue ese hombre? Sí, dice que fué un primohermano del yerno del difunto, llamado Temístocles Passini, hijo de un inmigrante italiano que vive en Maracaibo. Qué ofensas le hizo mi sobrino a ese asesino para que le diera una muerte tan vil y cobarde? Según la gente dice que no podía soportar que el difunto sacara de la hacienda los productos, que le daba cosquillas de verle llegar de Maracaibo los montones de Morocotas, como si se las hubiese robado a él; qué muchas veces le oyeron decir: "Esas Morocotas las gozará otro". Persigan en seguida a ese bandido y denle muerte. Ya él seguramente estará descansando en Maracaibo, pero aquí, a pocas cuadras de nosotros tenemos a sus tíos que aún no se han dado cuenta del suceso, podemos sorprenderlos inocentes y darle muerte a todos, y así quedaría vengada nuestra sangre, por que al mismo tiempo que nosotros lloramos ellos también se verán obligados a llorar sus muertos. Esa era la ley de nuestros antecesores —interpeló Talhua— por que entonces no había Gobierno, hoy tenemos una Comisaría y el Ejército a quienes respetar y a cuyo encargo queda la persecución del asesino y el condigno castigo, es a él sólo a quien debe perseguirse y dejar tranquilos a sus familiares, que seguramente son inocentes. Pero si ya él se fue y no volverá más y al Gobierno le será imposible capturarlo y castigarle, qué hacer entonces? Aceptar la impunidad como regla de conducta y esperar pacíficamente que se nos extermine? Ya el Gobierno verá la manera de garantizarnos.

Un enjambre de jinetes diseminados por los cuatro vientos de la sabana salieron en persecución del asesino, no le pudieron dar alcance, regresaron desconsolados, sólo trajeron el cadáver, le hicieron el velorio con las mismas ceremonias que ya el lector conoce, y colocado en un blanco mausoleo en la sabana de Murujuichon, espera ahí eternamente la justicia.

Hubo alguna ofensa manifiesta que impulsó al asesino a consumir el atentado inaudito? Fue pago por algún tercero para la ejecución del crimen? Era envidia y apetito de deber sangre humana? —Son interrogantes que aún permanecen en el vacío sin respuesta.

Jimaay era uno de los brazos más fuertes con que contaba Talhua; el lector no habrá olvidado que él era Ipuana, miem-

bro de una de las más aguerridas castas de la Guajira; familia allegada del célebre Macep, que a un tiempo, en un pestañar, sabía matar criminales empedernidos como Wanejechi y su hermano Jimaychon, con su temerario valor comprobado habría acabado con los enemigos si se le hubiera dado la autorización que pedía.

A ese respecto decía él: “El Mono sabe en que palo sube, nunca busca para encaramarse al espinoso Cardón; así es el hombre, siempre procura matar a los tontos, por que Tigre no come Tigre”, si el dueño de la sangre derramada hubiera sido yo, para esta hora no hubieran quedado vivos ni los niños de pecho de esa familia, por que hasta Caracas los hubiera perseguido”.

Tanto Talhua como su sobrino Rubén eran la más viva personificación de la honestidad, nunca consentían nada que estuviese fuera de la línea de la legalidad y la estricta honradez; ellos tenían prohibición rotunda impartida a toda la familia de que nadie hostilizara en ninguna forma a sus enemigos. Cuando dos de sus esclavos más adictos y leales se le arrimaron un día a implorarle como favor que los dejase ir a Maracaibo para perseguir y matar al asesino de Sulhumuca, garantizándole que le darían muerte hasta dentro de una Iglesia, aún cuando los fusilasen a ellos después, él les contestó con estas sencillas palabras: “Hijos, no piesen en eso, olviden esa maligna intención, renuncien a ese odio, que la sangre vertida no les pertenece a ustedes”. Este es un tonto y un cobarde —sentenciaron en voz baja los esclavos, retirándose con las lágrimas derramadas—. El vulgo lo llegó a bautizar con este mismo epíteto infamante.

CAPITULO XXIV

UN ASALTO EN PLENO POBLADO.

La alevosa muerte de Juan Iriarte, cruelmente ejecutada en Majayurpana sin antecedentes visibles que la justificasen, suscitó los más variados comentarios en los círculos hogareños de la sabana y enardeció el encono de su familia, no sólo en las personas que consumaron el inaudito atentado criminal, sino contra toda la casta Epieyú. Desde aquel momento todo individuo que perteneciera a esa parcialidad fue señalado y perseguido como enemigo de la familia Iriarte.

He aquí las conversaciones que al rededor del asunto sostenían unos indios de diferentes castas, que al calor entusiasta de una camaradería de tragos alcohólicos, daban expansión a su libertino espíritu en una ranchería vecina de Maicao: "La culebra debe matarse por la cabeza" —decía un malqueriente de la familia de Talhua, de casta Epinayú— Rubén es uno de los más pesados Jefes de la casta de los matadores de Juan, Roberto Iriarte debe vengarse en él haciéndole morir, inocente o culpable no encontraría mejor presa para saciar su sed de sangre. Es cierto que Rubén es Epieyú —interpeló un indio de la casta Pushiana— pero no es de la familia de los que mataron a Juan Iriarte, y además él es un hombre muy ajeno de ser cómplice de lo mal hecho. Según afirman personas que presenciaron el hecho —arguyó el codiciado Epinayú— un hijo de Rubén y qué se encontraba entre los asesinos de Iriarte. Sí, es verdad que un hijo de Rubén estaba metido en la cuadrilla homicida —intervino un circunstante de la casta Jusayú— pero me consta que él (Rubén) vituperó la intervención del hijo y protestó enérgicamente en contra del horroroso asesinato.

Epieyú la hizo, Epieyú la paga —afirmó de nuevo el cizañador Epinayú— cualquier individuo de esa casta debe pagar el daño.

Tales eran las versiones que agitaban el ambiente de la sabana de Maicao, alrededor del sangriento drama, cuando a Roberto Iriarte le llegó la noticia infausta de la muerte de

su sobrino Juan. Ciego de la cólera y sediento de venganza solicitó permiso para separarse de la Alcaldía de Uribia y perseguir los asesinos; acompañado de algunos Agentes de Policía marchó en un camión al sitio del acontecimiento trágico, requirió minuciosamente a todas las rancherías vecinas de Majayurpana, con revólver en mano, y no habiendo podido encontrar a ninguno de sus enemigos, por que todos se habían marchado para la Guajira del Norte, fué a la casa de Rubén y no le encontró, preguntó por él y le informaron que estaba en Maicao haciendo el mercado de unos novillos; siguió en su persecución con el propósito deliberado de darle muerte, llegó al Pueblo, acuarteló los Agentes de Policía y buscó la asociación de dos hijos y dos sobrinos, y se fue con ellos a la plaza del mercado de ganados.

La quintuplicidad fatal como fantasmas siniestras con fruición asesina avanzaba lentamente hacia el sitio en donde se hallaba la presunta víctima; la inquisidora mirada criminal y el rostro torvo fácilmente denunciaban en los foragidos asaltantes los propósitos malignos que los impulsaba; metidos los revólveres en el bolsillo de los pantalones y agarradas con la diestra las empuñaduras, detuviéronse de golpe a los pies de Rubén, a una señal convenida con el que los capitaneaban esgrimieron a un tiempo las mortales armas, descargándolas sobre las idefensas víctimas. Rubén y un sobrino que lo acompañaba fueron simultáneamente derribados, inánimes, cosidos a bala no pudieron proferir un ay!

Roberto con sus dos hijos y uno de los sobrinos corrieron a ampararse en el Caurtel del Ejército, quien conduciéndole hasta Buena-Vista les facilitó el camino de la fuga, el otro criminal atribulado marchó hacia el monte, camino de la frontera Venezolana, el cual perseguido y alcanzado por sus enemigos fue acibillado a bala en Paraguachón, descuartizados sus miembros por el filo del cuchillo, encontraron en él las carnívoras aves abundante pasto.

Alarmado el pueblo por los disparos de los revólveres corrió a la plaza y ahí encontró tendidos los cadáveres sobre la arena. Justicia ¡Alcancen a los criminales! —Vociferaba la turbamulta en derredor de los muertos.

Unas piadosas mujeres se les acercaron, los envolvieron en mantas y les hacian ronda mientras llegaba su familia, que un chinito sirviente de Rubén salió para Murujiuchón a informarles.

Ha muerto inocente como un Angel el más inofensivo y

bueno de los hombres—! —decía un anciano de la espectante muchedumbre, qué melancólico y lloroso se arrimó donde las mujeres hacían la ronda fúnebre? Qué se le metería en la cabeza a Roberto para hacer morir tan miserablemente a este Santo Varón? —Balbuceaba otro derramado en lágrimas de conmiseración ante el inmóvil cuerpo yacente. Fué tal la locura que se apoderó de él que ni siquiera tuvo en cuenta su propia conservación —porfería otro buen hombre— porque ha debido reflexionar que al matar a Rubén, donde quiera que se meta lo han de alcanzar siempre las balas de sus enemigos; ha debido pensar una migajita y perseguir solamente a los que le bebieron su sangre y no desfogar su rabia en un inocente.

Ahorita no cambiaría mi vida miserable por la de él —intervino un patueco mendigo que a la sazón también se hallaba presente —él se cree muy seguro por que lo va amparando el Ejército, pero luego andará sólo y entonces su vida no valdrá dos cuartillos.

Eso de recriminar una casta entera por el delito aislado de un individuo o de un grupo reducido debe ya pasar a la historia —decían varios individuos de la multitud. Para qué entonces están las autoridades Civiles, el Ejército y la Policía? No son para amparar al inocente y castigar al perverso? Con las autoridades no hay que hacer cuenta —interpelaban otros— no vez lo que acaba de pasar? —qué los asesinos, después de consumir el crimen se metieron al Cuartel, y de ahí quien los saca? —El muerto al hoyo y el vivo al bollo, y lo demás son niñerías.

Con estos y otros términos la turbamulta de la Plaza entretenía las horas, rondando a los muertos, cuando súbitamente oyose un ruido sordo como de trueno lejano, la inquieta muchedumbre dirigió la vista al Norte, se divisó un compacto enjambre de jinetes que avanzaba con rapidez; Talhua, Santanawa y Jimaay venían a la cabeza, obtusos por la melancolía profunda que consumía su alma atormentada llegaron a la plaza conducidos más por el instinto de las cabalgaduras que dirigidos por sus sentidos. Se desmontaron a los pies de los cadáveres, Talhua no pudo contenerse, las lágrimas corrieron a torrentes por el surco de sus tostadas mejillas al contemplar la faz lívida de su predilecto heredero; Moulhuanat, precipitándose de la bestia se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su amado hijo, le estampó un ósculo en la pálida frente, fulminada por un síncope y ahogada en el piélago profundo de sus lágrimas quedó muerta abrazada del cadáver.

Recojan esos muertos y móntenlos en las bestias —balbu-
ceó Talhua lleno de infinita congoja ante el horroroso espec-
táculo con que el caprichoso destino se ensañaba en ironizarlo.
Cawalhoulhe, su leal Mayordomo, llamó una docena de hom-
bres, levantaron los cadáveres, los montaron y amarraron so-
bre la espina dorsal de las mejores mulas y marchó la fúne-
bre comitiva rumbo a la ranchería de Murujuichón.

Durante una semana concurrieron al velorio distintas par-
cialidades de indios de todas las latitudes; una cuarta parte
de la fortuna de Rubén se derrochó en ganados y bebidas al-
cohólicas repartidas a los veloriantes. Toda la Guajira estaba
conmovida ante el suceso infausto; desde las riberas de la Ran-
chería hasta Punta Espada vinieron indios de diferentes castas
amigas a ofrecer sus servicios al cacique Talhua para vengar
la sangre derramada, y él con serenidad estoica rechazaba esas
adhesiones de viva simpatía, diciéndoles a sus amigos y pa-
rientes, con palabras llenas de dolor y paternal cariño: “Hoy
no podemos hacer lo que hicimos en Irotsima y Mastau en
otros tiempos, ya tenemos una Comisaría Especial y un Ejér-
cito; ellos están encargados de impartirnos justicia y vengar
la sangre inocente en nombre de la Ley de la República”.
Pero el asesino Roberto Iriarte no debe seguir echando el
cuanto —objetó uno de sus parientes— habemos muchos hom-
bres y algunos deben resolverse en alcanzarlo donde quiera
que vaye. Ya estudiaremos lo más pronto la manera de que
Iriarte no prosiga alabando su hombría— recalcó Talhua sas-
tisfecho de sí mismo.

El cadaver de Rubén y el de su malograda madre fueron
puestos en un mismo hueco de la bóveda construída especial-
mente para ellos.

Talhua y Santanawa, como Moctezuma ante la pérdida del
Imperio Azteca, se condenaron al hambre, encerrados en sus
estancias no hubo poder humano que los obligara a ingerir
alimentos.

Talhua con la muerte de Rubén y la de su hermana Mou-
lhuanat había llegado al colmo de su desesperación, los días y
las noches los pasaba sin pegar los ojos, pasébase sin cesar
por todos los rincones de la estancia, se sentaba en el chin-
chorro, se recostaba, cerraba los párpados, los volvía a abrir,
tornaba de nuevo a levantarse y trajinar como un sonámbulo,
se resistía a creer lo que le testimoneaban sus sentidos, sen-
tía desfallecerse, la cabeza se le iba y doblegaban sus piernas,
el ayuno y el dolor moral consumían lentamente la potenciali-

dad de su fortaleza física, su alma se le escapaba como el hilo tenue de una moribunda luz que poco a poco se apaga en el vacío, le dió un vahido y se echó al chinchorro, permaneció largo rato inmóvil envuelto en el piélago de sombras que lo rodeaban fingía soñar. Después reaccionaron sus facultades y se puso a divagar, cómo puede ser posible que todas las fuerzas de la naturaleza se hayan conjurado contra mí? —Se decía— qué males he llegado a ocasionarle a nadie? Por el contrario, siempre he procurado hacer todo el bien posible, por qué entonces mi buen MALHEIWA me somete a pruebas tan terribles? La horrorosa muerte de mi hija Jiiwaya, la problemática desaparición de mi sobrino Cuaiwa, el inaudito asesinato de Sulhumuca y el de Rubén, más alevoso aún, no son acaso máximos castigos que solo puede merecerlos un bandido? Por medio de un proceso de bienes he descendido a esa escala miserable? Por qué Dios invierte contra mí la razón? No podía darse cuenta qué era lo que en realidad pasaba, por primera vez dudaba de la Omnipotencia Divina, su fé vacilante, incierta, alternativamente se apagaba y encendía en su pecho como la débil luz de una lámpara de gas que le fallace la mecha. Existe o no en el mundo esa Divinidad Suprema? Hay o no esa Providencia Tutelar que guía y ampara los designios del hombre, sin cuya luz oculta navegaría el mundo el mar de las calamidades humanas como la embarcación sin brújula en el inmenso Océano? El Juez infinitamente justo, inexorable que castiga el mal y premia el bien, ya no existe, no ha existido nunca? —se decía Talhua en el paroxismo de su angustia. Y lo que más le mortificaba aún era la oculta intervención que parecía tener el Gobierno en apurarle el cáliz de su dolor, le parecía aberrante y contrario a toda razón el nombramiento de Roberto Iriarte para la Alcaldía de Uribia después de haber consumado el monstruoso asesinato de Couwoulhe Epinayú y su hijo Jimaaletay, y luego ampararlo el Ejército, facilitándole el camino de la fuga al travez del crimen de Rubén, todo eso le parecía un absurdo inexplicable. Premiar el crimen y glorificar al criminal, no es traducir a las claras que hubo complicidad Oficial en la tragedia? Pensaba el acongojado anciano. Si Roberto Iriarte era un elemento útil para el partido de Gobierno, porque sabía recoger abundantes votos en las Elecciones y siempre se quería tenerle grato, por qué el Señor Comisario no le buscó un empleo en que ganara harto dinero sin per-

judicar los intereses de la sociedad? No estaba en sus manos haberle hecho dar un Consulado en el Exterior, en vez de investirlo del magisterio de la autoridad y ponerlo en posesión de las armas Nacionales para que las utilizara para el crimen. Así se me habría sustraído a tanto dolor y el Señor Comisario se habría evitado mancharse la conciencia —decía el buen anciano al analizar la situación agonizante que lo tenía como sumido en una cueva oscura, sin salida. Envuelto en ese tenebroso manto de cavilaciones lo sorprendió la aurora, la claridad que penetró por las endijas de la estancia le hizo ver que ya se aproximaba la salida del sol del séptimo día de su ayuno, sintió flaquear sus fuerzas, las piernas se le doblaron, anublada la vista cayó desplomado en el chinchorro. La sirvienta de guardia corrió a llamar su familia, un momento más tarde entraba Jimaay seguido de Jiwolhua y Alhayat, únicos sobrinos sobrevivientes y su hijo Jouner, cuya madre también ya había muerto. ¡Tío de mi alma! —exclamó Jiwolhua precipitándose sobre su convulsionado pecho, estrechó su inmóvil cuerpo entre sus brazos, le estampó un ósculo filial en la pálida frente y con el calor de sus lágrimas que bañaron el lívido rostro del venerable anciano despertó del sueño letárgico, volvió por un momento a la vida, abrió los ojos desorbitados, respiró y en tono balbuciente dijo: “Hijos amados, me muero con el dolor de dejaros solos en este mundo corrompido! No puedo sobrevivir a la deshonra de mi Casta y al dolor de la impotencia! El Gobierno Comisarial y el Ejército no saben hacernos justicia, ni permiten que la ejecutemos por nuestras propias manos; ellos arman a nuestros enemigos y los protejen y a nosotros nos manejan las manos para que no podamos vengarnos; cuando el partido de Gobierno es Liberal, todo asesino que pertenezca a esa agrupación es inmune, y cuando es Conservador, las puertas de la Cárcel se le cierran al criminal y goza de todas las franquicias, con uno ú otro Gobierno estamos perdidos, no podemos vivir sino dentro de nuestro peculiar ambiente y bajo el imperio de las leyes de nuestra tradición. Tomen posesión de todas mis haciendas y márchense para Irotsima, aléjense de la vista del Gobierno, pero no olviden perseguir al asesino Roberto Iriarte, que está gozando de libertad en la Provincia del Magdalena, hasta allá deben alcanzarle”.

Y mi cuñado Santanawa, cómo está? —profirió Talhua, acordándose en la hora postrera de su compañero de infortunio —Sostuvo su juramento? Si, respondió Jimaay— hace

dos días el hambre acabó con su vida. Qué bien !confirmó satisfecho el heroico anciano.

Cuando el moribundo pronunció estas últimas frases era presa ya de la agonía terrible, de golpe estiró las piernas, llevó atrás la augusta cabeza, puso el morado rostro al Cielo, dejaron de brillar sus grandes ojos, cerró los párpados helados y su alma generosa y noble, emancipada de las ligaduras de la vil materia, en vuelo apocalíptico se remontó a las regiones supra-sensibles de la inmortalidad.

La devoradora sabana de Maicao acabó con el Cacique Talhua y sus herederos; las haciendas de Pishimana y Mainyatuy volvieron de nuevo a lo que fueron antes: Montañas vírgenes. Jimay, Jiwohwa, Alhayat y Joúner recogieron sus rebaños y se fueron para Irotsima.

Tres meses después de estos sucesos vino a Maicao una noticia que daba cuenta de que un transeunte encontró en un recodo de la sabana de "EL BANCO", Provincia del Magdalena, un cadáver con descomposición muy avanzada que no permitía reconocerle. Denunciando a la autoridad, ésta vino a recogerlo, y por el examen que se le hizo se le encontraron varias heridas de bala, entre las cuales una que le perforó el cerebro y pudo indentificarse que era el cadáver de Roberto Iriarte.

Quién o quiénes lo mataron? Nunca llegó a saberse!

¡Lisonjeras PAMPAS Guajiras, llanuras promisoras; Fecundas para el crimen, pródigas para el drama y la tragedia, que hasta hoy sólo han vivido para el DOLOR, mañana o pasado, tarde o temprano, al fin ha de sonarles en el Reloj del tiempo la hora de su ansiada redención!

SALVADOR CUPELLO & CO.

Cincuenta años sirviendo al país
Joyería — Relojería — Óptica.
Teléfono N° 2180 — Maracaibo - Venezuela

PLATERIA, JOYERIA Y AGENCIA DE EMPEÑOS

"LA PRECIOSA"

Venta de Prendas de Oro Garantizado
EJECUTAMOS TRABAJOS ARTISTICOS
ESPECIALES PARA REGALOS

PEREDA & BALZAN

Calle 100 N° 7-24 (antes Av. Libertador) — Maracaibo

ALMACEN FENIX, S. A.

Calle 99 (Comercio) N° 8-51 — Teléfono N° 5219
MARACAIBO - VENEZUELA

Distribuidor Autorizado RADIO-TELEVISION
y todo lo relacionado con el hogar
SIN CUOTA INICIAL

STANDARD MOTOR COMPANY
AUTOMOVILES FORD CAMIONES
APARTADO N° 407 MARACAIBO - VENEZUELA

Zulia... Sabrosa!! Incomparable!

Pida Zulia... y le darán Cerveza!
(Puchumta Zulia apunecchi amuin pía Cerveza)

BOTICA POPULAR

SAULO ABREU & CIA.

Calle 99 N° 7-23 — Teléfono 4822 — Maracaibo

DEPARTAMENTO DE PERFUMERIA

**Todas las especialidades de este ramo, mejor preparados que
nunca para servir a usted**

BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO - B DE LA R



2 9004 02441214 9

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS
TALLERES DE LA TIPOGRAFIA

La Columna